

LJ/11

**Literatura Joven
2011**



LJ/11

Literatura Joven
2011



JURADO:

Ramón Acín Fanlo
Olga Bernad Pardillos
Antonio Pérez Lasheras
Antonio Royo Oliván (Secretario)

EDITA:

Gobierno de Aragón
Departamento de Sanidad, Bienestar Social y Familia
Instituto Aragonés de la Juventud
C/ Franco y López, 4. 50005 Zaragoza

COORDINA:

Servicio de Programas y Prestaciones

DISEÑO Y MAQUETACIÓN:

Versus Estudio Gráfico, S.L.

PREIMPRESIÓN

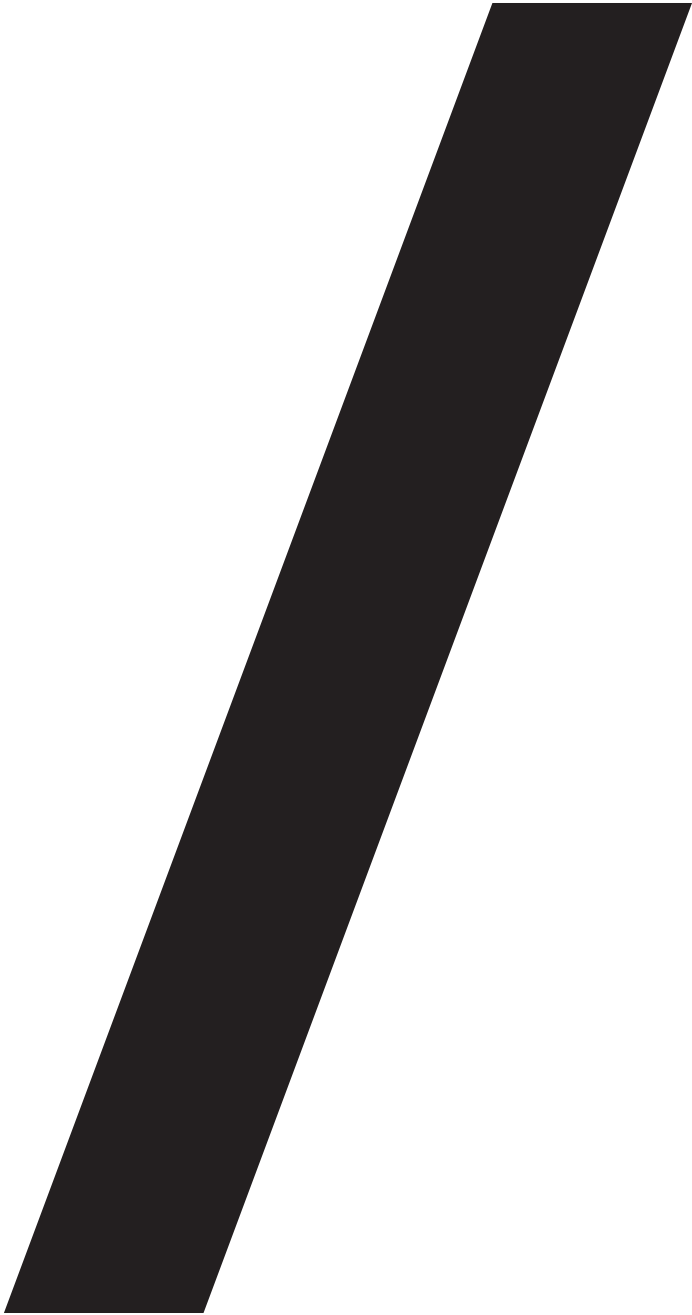
Solugraf

IMPRESIÓN

Octavio y Félez, S.A.

I.S.B.N. : 978-84-8380-299-1

D.L.: Z-3997/11





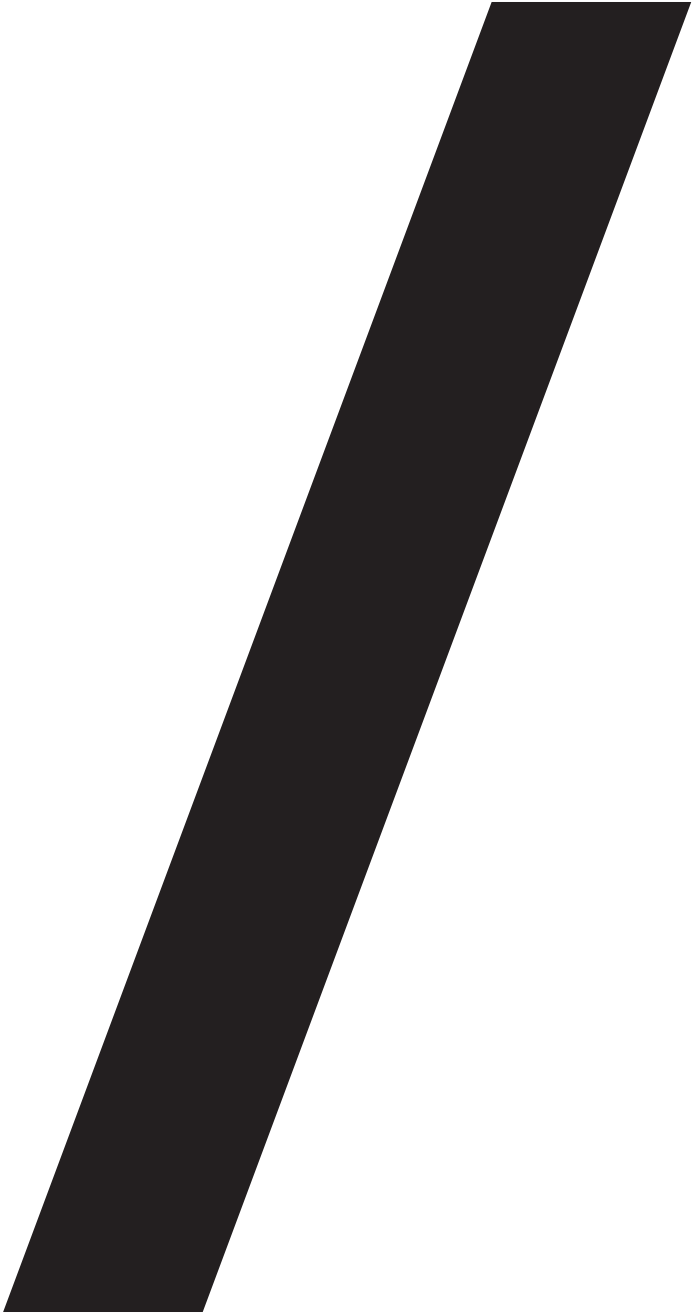
LJ/11

**Literatura Joven
2011**



Índice

Primer premio	9
Juicio a un escritor	
Carlos Alberto Gamissans López	
Segundo premio	69
Los sueños del viajero	
Ángel José Martínez Longás	



Primer premio

Juicio a un escritor

Carlos Alberto Gamissans López,

Calatayud, 1989.

Faltaban apenas unos minutos. Otra vez tendría que enfrentarse al examen cuya reválida no se acababa ni se aliviaba nunca. Intuía que las oportunidades para aprobar no eran infinitas, pero también que no se podía conocer cuántas le restaban. Lo único evidente era que, año tras año, iba quedándose más solo. Algunos de sus amigos (los menos) ya habían superado la prueba en sus años de instituto, otros lo lograron durante su periplo universitario o de formación superior y los más rezagados lo consiguieron con posterioridad a sus estudios.

Entró en la Sala del Examen guiado por unas flechas dibujadas en el suelo. En aquella ocasión se encontraba en un parvulario. Aunque siempre tenía el mismo aspecto, la Sala del Examen nunca se hallaba en el mismo sitio. Su ubicación no se conocía hasta unas horas antes de la prueba. Cómo se trasladaba de un lugar a otro, no se sabía: formaba parte del misticismo de la evaluación.

La Sala del Examen era un espacio cerrado de paredes blancas, lisas, con carteles marrones que ponían “prohibido tocar”. Sin embargo, el techo de la estancia era rojo carmesí, con dibujos negros de geometría absurda; figuras cuadradas coronadas por un triángulo o rectángulos que se iban cerrando sobre sí mismos hasta replegarse en un círculo. El suelo asomaba color carne, como una piscina inocente.

Debía afrontar la prueba en solitario. El silencio que se respiraba era inaguantable, como si todo el ruido de la ciudad se hubiese disipado, y todas las voces, los coches e incluso el aire se hubieran detenido para observarle. Suspiró y empezó a avanzar con precaución hacia el folio que habían dejado sobre una mesa añil, sin silla que la acompañase, en el centro de la sala. Antes de coger el papel trató de serenarse. Aquello no podía resultar tan difícil, si lo analizaba bien. La pregunta del examen siempre se repetía y, además, las respuestas correctas eran infinitas. ¿Cómo demonios no podía hallar siquiera una contestación salvadora?

Suspiró de nuevo, sacó un bolígrafo del bolsillo del pantalón con los dedos temblorosos y agarró el papel. El folio amarillento, mal reciclado, tenía un tacto áspero y un tufillo a sudor. Quizá esa misma hoja se había empleado antes para otros muchos examinados que no lograron responder. Él mismo empezó a sudar y el bolígrafo se le escapó de entre los dedos. Sin recuperarlo leyó la pregunta, escrita con tinta roja: ¿Qué quieres hacer con tu vida? Dejó el folio en la mesa con la suavidad de la derrota. Una vez más, no tenía respuesta.

El inventor mental

Lord Matthew Clever nació en 1752, año de la invención del pararrayos. Estudió en el colegio Think About (uno de los más prestigiosos de la ciudad de Londres), donde logró más sobresalientes que amistades. Su inteligencia le granjeó tantos celos como la constante ostentación que hacía de ella. El primer día en que ingresó en la Universidad de Oxford se presentó ante el rector con una libreta, en la que había apuntado doce sugerencias para mejorar su funcionamiento. Ninguna se aceptó mientras formaba parte de la facultad, pero todas se adoptaron más tarde, tras arduas deliberaciones de la Congregación.

Matthew Clever se sintió muy ofendido e infravalorado, así que decidió que jamás lucharía por nada ni por nadie. Comenzó cinco carreras científicas en Oxford y no terminó ninguna; no lo necesitaba. Heredero de la fortuna de su padre, un noble terrateniente del norte de Inglaterra, su única motivación consistía en demostrarse a sí mismo (y muy de vez en cuando a los demás) lo inteligente que era. Llevaba una vida retirada en una mansión campestre donde la hiedra se acumulaba en las paredes, a la vez que unas canas prematuras se adosaban a su pelo. El único contacto que mantenía con el exterior era la lectura de las gacetas científicas que, por aquel entonces, comenzaban a proliferar.

En una de esas publicaciones, fechada en 1769, leyó que un tal James Watt había patentado un ingenio al que llamaba “máquina de vapor”, capaz de transformar la energía térmica en energía mecánica. Sorprendido de que aquello supusiese una revolución, reunió a diez lores que conocía su padre para demostrarles que él ya la había inventado cinco años antes. Les enseñó su libreta, en la que había trazado unos planos que explicaban sus principios. Después de echarle un vistazo, el lord de mayor edad tomó la palabra:

—Como sin duda habrá leído, Watt no solo ha presentado la patente. También ha fabricado un modelo que funciona, o al menos así lo creen los técnicos. Si usted lo tenía tan claro, ¿por qué no intentó producir la máquina?

—Producir máquinas es una labor que carece de interés para mí, señor Wiggins. No pretendo ser el primero en construir ingenios revolucionarios, sino en concebirlos. Si analiza la Historia, comprobará que todas las creaciones se estropean en cuanto salen de la mente de su inventor. Se estropean al producirse y se estropean al utilizarse, manchándose para siempre el honor de quien las ha ideado. Yo no me expondré a semejante oprobio.

Nadie fue capaz de convencerle de que obrase de otra forma. A partir de entonces,

cuando Clever leía que alguien había patentado un artilugio cuya primacía intelectual creía pertenecerle, enviaba una carta al Registro de Patentes con las siguientes palabras: “Yo lo concebí primero”. Después adjuntaba los planos y apuntes que, según él, demostraban su autoría. Pero, por muy detallados y precisos que fueran o parecieran, los documentos no tenían fecha. En el registro pensaban que se trataba de un mentiroso que intentaba usurparle el mérito al auténtico inventor y los desechaban nada más verlos.

Cansado de escribir esas breves cartas, Matthew Clever decidió ir un paso más allá. Corría el año 1787 cuando ordenó al mayordomo –su único criado– que copiase lo siguiente:

“Yo, Lord Matthew Clever, inventor intelectual de la máquina de vapor Clever (decisiva evolución de sus rudimentarias predecesoras), el globo de aire caliente, la lámpara de aceite y la hélice, les anuncio que recibirán en los próximos años la petición de una nueva patente relacionada con el vapor y un medio de transporte ya conocido. Estimo que los ingenieros que produzcan el invento tardarán al menos una década en adquirir los conocimientos que he alcanzado. Estén atentos.

De no haberla visto primero Wilfred Jamison, el destino más probable de la carta hubiese sido la hoguera. Jamison trabajaba en el Registro de Patentes y, aunque su deseo era ser fabricante de máquinas, carecía de la capacidad necesaria. Mas no carecía de sagacidad y ciertas habilidades técnicas. Decidió enviar una carta a Clever prometiéndole que le otorgaría la patente si le mostraba las pruebas. La firmó con el sello oficial del registro, pero no con la rúbrica del jefe como era costumbre, sino con la suya. Clever no esperaba esa respuesta ni ninguna otra, de modo que invitó a Jamison a su residencia para hacerse una idea más clara de sus propósitos.

Al contemplar la mansión, Jamison comprendió por qué Clever no se había molestado en patentar sus inventos. Se imaginó fumando un puro en los amplios pasillos de hierba, mirando por las quince ventanas blancas que jalonaban el edificio y acariciando sus paredes color caoba. Clever debió de leer los ojos ambiciosos de su invitado y le instó a sentarse fuera, en una mesa ubicada en mitad del jardín. El mayordomo trajo una segunda silla y les sirvió té.

–Bien, señor Jamison. Déme una razón para que le enseñe los planos de mi invento.

–Señor Clever, la razón es tan cristalina como los beneficios que supondría la patente.

El anfitrión chascó la lengua, bajó la barbilla y habló en tono desdeñoso mientras negaba con la cabeza.

—Veo que es tan estúpido como sus compañeros del registro.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Jamison en un tono de curiosidad científica.

—Por varias razones. En primer lugar asegura que mi patente me proporcionaría beneficios, cuando ni siquiera sabe qué es lo que he inventado. En segundo lugar supone que me interesa el dinero, cuando si así fuera me habría molestado en patentar mis creaciones anteriores. En tercer lugar (y esto es lo más grave y lo más estúpido) pretende engañarme.

—¿Por qué lo dice? —repitió Jamison, con la boca semiabierta y las cejas levantadas.

—Usted no acude en nombre del Registro de Patentes, sino a título personal. Es tan obvio... incluso su expresión de incredulidad es lo más ridículo que he visto nunca.

Jamison apuró su taza de té antes de contestar.

—Usted supone que soy estúpido. En cambio, yo supongo que usted es inteligente. No albergaba la esperanza de engañarlo por mucho tiempo. Le pido disculpas.

—Muy bien, pero le recuerdo que no estoy haciendo suposiciones, sino afirmaciones. Y ahoga dígame, ¿qué es lo que pretende? ¿Para qué desea ver mis planos?

—En parte es por curiosidad. Mi padre fue maquinista. Siempre se quejaba de su trabajo: horas y horas guiando los carros por tablas de madera que se torcían o partían con frecuencia... Solía llevarse a mi madre porque era la única forma de que estuvieran juntos. Fui engendrado entre los caballos que se utilizan como fuerza de transporte. Por lo que dice en la carta, intuyo que usted podría mejorar eso, ¿verdad?

—¿Mejorarle a usted? Lo dudo mucho. En cuanto a los carros, tal vez podría mejorarlos. Y también podría equivocarse de plano, o de pleno. No sería la primera vez.

Jamison ignoró las ironías de su interlocutor y continuó hablando con tranquilidad.

—Me he apostado una semana de rondas cerveceras con uno de mis compañeros del registro. Él dice que usted es un majadero; yo digo que quizá sea un genio. Tal vez ha inventado de veras el globo, la lámpara de aceite, la hélice y la nueva y mejorada máquina de vapor. En tal caso, me gustaría saber por qué ha guardado esas maravillas... encerradas en su propia mente.

—Es donde mejor están, a salvo de los políticos y de los curiosos.

—Señor, ¿no cree que es obligación de todos contribuir al progreso? Algunos solo aspiramos a pequeñas cosas. Pero usted, con su cabeza... podría hacernos avanzar diez años en el tiempo.

—Y entonces seríamos todos más viejos. No veo motivos para...

Clever iba a tomar un sorbo de té; una sucesión de estornudos se lo impidió. Un movimiento reflejo de su brazo provocó la caída de la taza, que se partió en numerosos fragmentos.

—Oh, maldita sea.

—No se preocupe.

Jamison se acuclilló, recogió con cuidado los trozos y los dejó encima de la mesa, ante la mirada indiferente del dueño de la mansión.

—Gracias, pero no requiero de nuevos sirvientes.

—No soy su criado, pero puedo convertirme en su colaborador. Mi padre me enseñó mucho acerca de las máquinas. Si de verdad ha encontrado una forma de optimizar los carros, o algún otro medio de transporte, me encargaría de la aplicación de esas mejoras. ¿No le gustaría ver cómo su creatividad se convierte en la admiración de todo el imperio?

Clever se pasó el dedo índice por los labios durante unos segundos, mientras fijaba su vista en el cielo gris que amenazaba tormenta. Después entrecerró sus ojos afilados y escrutó el rostro de Jamison.

—Así que pretende hacer un trato conmigo. ¿En qué condiciones?

—Repartiríamos los beneficios a partes iguales. Solo ha de prestarme los documentos en los que detalla su creación. Yo me encargo de todo lo demás. Por supuesto, usted figurará como el inventor en el Registro de Patentes.

Clever se levantó de pronto, con tanta brusquedad que tiró varios de los trozos que Jamison había recogido.

—¿Qué clase de trato es ese? Yo le ofrezco mi inteligencia y usted, a cambio, su mano de obra. ¡Y pretende repartir las ganancias a partes iguales, como si valiera lo mismo la una que la otra!

—Las cifras son negociables.

—No me interesa. En ese acuerdo solo ganaría usted. Ahora márchese de mi casa y no vuelva nunca más.

A la semana siguiente, Matthew Clever vio por primera vez su nombre en una gaceta. The Sensationalist publicó un artículo protagonizado por “un demente que se considera autor de algunos de los inventos más importantes de las últimas décadas”. Como prueba se reproducía la última carta que el loco había enviado al Registro de Patentes. Ningún lord volvió a visitar a Clever y las hiedras siguieron campando en su mansión.

Un gato con mucha cabeza

La primera vez que lo vimos nos pareció un gato muy mono. Por eso mi hermana lo recogió sobre la capota del automóvil. Nos sorprendió que no se escondiera, como hacen casi todos los gatos. Daba la impresión de que deseaba ser adoptado, con su larga cola contorneándose en el aire para llamar la atención. Nos asombró el tamaño de su cabeza, de unas dimensiones cercanas a las de un niño pequeño. Después comprobamos que pesaba más de ocho kilos. Mi hermana lo acunó igual que a un bebé y le sonrió. El felino maulló varias veces con un tono agudo, imperioso. Supusimos que padecería hambre o algún otro sufrimiento, así que decidimos refugiarlo en casa.

Como ya sabes se nos murió un gato hace unos meses, ni muchos ni pocos, los justos para que nos apeteciera tener otro sin que le perjudicara el recuerdo del anterior. Enseguida nos encariñamos con él. Poseía un pelaje suave, combinado en blanco y negro de un modo peculiar, muy retro. Unos pelos blancos cubrían la mayor parte de su cuerpo, pero aquí y allá tenía unos cuantos mechones oscuros: uno grande cerca de la cola, otro en la cabeza y algunos sobre el lomo. Decidimos bautizarlo Dálmata, aunque mi madre dijo que era nombre de perro y que debíamos haberlo llamado Gary o Bobby, porque en su pelaje se podía improvisar una partida de ajedrez. A ninguno se nos ocurrió llamarlo Cabezón, pese a que esa era la característica más llamativa de su aspecto.

El gato se comportó de manera muy extraña desde el primer momento. Tendríamos que haber sospechado algo, pero quién iba a imaginarse una cosa así... Lo dejamos desenvolverse por la casa a su libre albedrío; mas no había manera de alejarlo, como si se hubiera enamorado de nuestra hospitalidad. Nos acariciaba las piernas con sus patitas, incluso la cara si podía alcanzarla: Ha debido de sufrir mucho en la calle, el pobre, dedujo mi hermana mientras le rascaba la cabeza en el sofá.

Comía poco, tan solo restos de alimentos humanos. Pensé que se mostraba un poco caprichoso, si tanto había sufrido, pero no lo dije porque aquel animal me fascinaba y me parecía casi tan listo como para entender mis palabras y ofenderse por ellas. Averiguó sin ayuda dónde debía orinar y a los diez minutos ya se orientaba por los pasillos con plena soltura. Pero sobre todo tenía una mirada capaz de conmovier a un alérgico. Sus ojos azules destellaban una luz triste con la que reclamaba algo indescifrable.

Pronto empezó a hacer el intento de andar sobre sus patas traseras. Resultaba de lo más cómico ver cómo se desplazaba a trompicones unos centímetros, apoyándose en las paredes, y resbalaba a los pocos segundos. Pero, para ser justos,

18/ enseguida hizo rápidos progresos. A las pocas horas ya podía cruzar el salón de punta a punta en un ballet ondulante. Después de cada tropezón nos escrutaba con los ojos muy abiertos y movía sus patas arriba y abajo.

Se convirtió nada más llegar en la atracción y el asombro de la casa. Interrumpíamos cualquier actividad por verle. Otro suceso increíble ocurrió un día en que se subió encima de la mesa a la hora de comer. Mi hermana y yo acabábamos de terminar el plato de sopa cuando vimos a Dálmata saltar primero del suelo a la silla, y luego de la silla a la mesa. Entonces se acercó a la cuchara y trató de cogerla con las dos patas de delante. Consiguió levantarla un poco e impulsarla hacia el plato, como si quisiera apurar con ella el sorbito que quedaba, pero pronto le resultó imposible sostenerla y se le cayó al suelo con estrépito.

Imagínate la cara de mi hermana y la mía. Esa pretensión era antinatural e inconcebible en un gato. Si hubiera querido chupar la sopa le habría bastado con lamer el recipiente. Solo ahora entendemos el mensaje que el pobre Dálmata intentó lanzarnos y que se nos escapó entre el asombro y la perplejidad.

Lo que pasó al día siguiente excedió todos los límites de la lógica felina y humana. Dálmata (aunque yo propuse que lo llamáramos Einstein, por las habilidades formidables que mostraba o insinuaba) empezó a maullar con desesperación justo al comenzar la publicidad del programa televisivo que nos distraía. Adelantó la pata delantera derecha y enseñó una garra, señalando con ella nuestros rostros y después a sí mismo. Avanzó unos pasos hacia la puerta del salón. Como seguíamos mirándolo estupefactos, se tumbó bocabajo y se echó las patas a la cabeza mientras pronunciaba un maullido quejumbroso y prolongado. Me levanté del sofá; el gato recuperó enseguida su posición y repitió sus gestos. ¡Cuánto nos costó comprenderle!

El felino nos condujo hasta el cuarto de baño y empujó la puerta entornada con su cabeza. Dio un pequeño salto para encender el interruptor de la luz y otro parecido para encaramarse en la taza del váter. Tambaleó al filo de la caída, pero logró mantener el equilibrio. Debía de haberlo ensayado cuando no mirábamos, o de lo contrario era un acróbata inigualable. Entonces levantó la cola, preparó el pene sosteniéndose sobre las patas traseras y empezó a orinar de un modo muy similar al que ejecutaría cualquier hombre. La orina sonó suave, apenas unas gotas que no removieron el fondo del desagüe. El felino no logró aguantar mucho tiempo el peso de su cráneo y cayó en el agua estancada. Corrimos a sacarlo y a secarlo y no volvió a abrir la boca durante el resto del día.

No me mires con esa cara de incredulidad. Nosotros también miramos así a Dálmata mientras se sacudía y temblaba de frío en el salón. Sus pelos puntiagudos se desbocaron en todas direcciones y sus reiterados estornudos aumentaron

mi sentimiento de culpa. Me sentía frustrado porque intuía que trataba de lanzarnos un mensaje con esas demostraciones. Sabía que existía un móvil para todo aquello, pero lo ignoraba.

Debatimos lo que podíamos hacer con el felino. Mi madre barruntó que padecía un trastorno de conducta. Algún gen gatuno debía de habersele perdido en el tránsito hacia la vida, por lo que el animal se hallaba desconcertado e imitaba el comportamiento de los hombres. Dálmata, todavía húmedo, se marchó cabizbajo cuando oyó aquello y se refugió en un lugar fuera de nuestra vista. Yo lo defendí tenazmente. Afirmé que era un elegido, un eslabón entre el gato común y el *catus sapiens*, el felino inteligente y definitivo. Mi hermana propuso que lo lleváramos al veterinario para que lo juzgase; los tres accedimos.

Encerramos al gato en una jaula, lo cargamos al hombro y fuimos hasta la clínica. El animal no decía ni una palabra (no maullaba, quiero decir). Se dejó agarrar sin oponer resistencia y se quedó quieto, mirando a través de los barrotes desde las plazas traseras del vehículo. Mi madre conducía, mi hermana ocupaba el otro asiento delantero y yo acompañaba a Dálmata. Me pareció que de sus ojos, apenas entreabiertos, se deslizaba una brizna de humedad.

El veterinario nos recibió sonriente. Tal vez lo conozcas, es ese hombre ya mayor sin un pelo en la cabeza y sin apenas grasa en todo el cuerpo, equipado con unos anteojos naranjas que ha utilizado para examinar a cientos de animales: Veo que tenéis un nuevo miembro en la familia, nos dijo. Le contamos lo que te he contado a ti; nos escuchó con una cara aún más pasmada que la tuya. Se quitaba las gafas y volvía a ponérselas cada pocos segundos mientras lanzaba miradas furtivas y fruncidas al gato, que seguía encerrado en la jaula. Al principio tampoco dio crédito, creyó que le gastábamos una broma, pero pronto percibió el tono serio de nuestro testimonio: Es un gato extraordinario, no cabe duda, murmuró.

Miré a mi madre y a mi hermana con expresión de triunfo. Sabía que tenía de genio más que de loco. El veterinario sacó al felino de la jaula y lo puso en el centro de una mesa rectangular para explorarlo de cerca. Encendió un flexo azul y dirigió la luz hacia la cara de Dálmata, que permaneció con los ojos cerrados y se dejó manosear por el especialista. Le acarició la cabeza, susurrando para sí; le cogió los dedos, forzándolo con la presión de los suyos a mostrar las garras; le acarició sus delicados bigotes; le obligó a ponerse con la tripa hacia arriba; cotejó el estado de sus dientes y, por último, indagó en sus partes íntimas. Su rostro se arrugó en un rictus de concentración y los anteojos casi se le deslizaron por debajo de la nariz: Parece sano y, desde luego, es muy cortés. Suelo llevarme unos cuantos arañazos siempre que hago esto.

Abrió una puerta al fondo de la estancia y se metió tras ella con el felino entre sus brazos, asegurando que no se demoraría. Esperamos en silencio y de pie, pues no había ningún asiento. Eché un vistazo a la habitación. Era pequeña, un poco agobiante por el olor mezclado de gatos, perros y pájaros y por la acumulación de pastillas, jarabes, cremas, piensos, galletas y latas en una amplia estantería de caoba. Mi madre abrió la única ventana –situada a la altura de su estómago– y respiró en la calle, donde la gente se cobijaba de una lluvia incipiente.

Oímos provenientes del cuarto donde se hallaba el veterinario unos sonidos similares al obturador de una cámara fotográfica. Mi madre supuso que le estaría practicando unas radiografías. Miré la jaula con un nudo de aprensión en el estómago y empecé a dar vueltas, cabizbajo y nervioso. Tanto me abstraí que me golpeé la pierna con la mesa y por poco no derribo el flexo.

La espera se me hizo eterna. Debí de ser media hora, pero se me agotaron allí la tarde y el ánimo. Al final no pudo contenerme y llamé tres veces a la puerta. El veterinario se disculpó, dejó al gato en el suelo y sacudió dos diapositivas enmarcadas en fondo negro: Observen esto, es lo más asombroso que he visto nunca.

Encendió otra vez el flexo, modulando el chorro de luz plateada para realzar la primera diapositiva: Como podéis ver este es un cerebro humano, casi idéntico al vuestro y al mío. Cogió una varilla de madera y señaló sus partes. Empezaba a preguntarme a qué venían esas explicaciones cuando sacó la otra diapositiva: Este es el cerebro de un gato normal. No hay comparación posible, es mucho más pequeño y con una forma diferente. Pues bien, en la anterior imagen habéis visto el cerebro de vuestra mascota. Por increíble que parezca, no hay duda de que posee el cerebro de un hombre.

Los cuatro callamos durante un par de minutos. Mi madre, mi hermana y yo pasábamos la mirada de una diapositiva a la otra, hechizados por la revelación. El veterinario tenía los ojos perdidos en el techo. Su mente tal vez se extraviaba imaginando los logros científicos que anticipaba el descubrimiento.

Sentí vergüenza y la necesidad de disculparme de algún modo ante Dálmata. Nunca volví a verlo. El *catus sapiens* se había esfumado. Mientras nos asombrábamos de su inteligencia, debió de saltar por la ventana y escurrirse bajo la lluvia, dejando como único recuerdo un mechón de pelo oscuro en su jaula.

José Borlaz era conocido en la ciudad por ser un honrado mecánico, provisto de una boina roja y unos brazos todavía ágiles que se abrazaban a los bajos de los coches y se manchaban con gusto de la grasa vehicular. Jamás retenía un automóvil más allá de lo necesario y cobraba a buen precio sus horas de obstinado tesón arrodillado junto a las carrocerías, inclinado sobre los motores o entreverado con los neumáticos. Ya se hallaba próximo a la jubilación e instruía en el taller a dos muchachos carentes de su vigor y de su vitalidad. Los dirigía con la determinación de un general, pero su condescendencia era más propia de una madre: la que habían perdido.

Sin embargo, de espaldas al mundo (y de frente consigo mismo) José Borlaz se consideraba un mecánico correcto irradiado de una invisible vocación de poeta. Desde los veinte años dedicaba al menos una noche de viernes al intento de escribir poesía, aunque en realidad solía borrar no más de tres o cuatro versos que repasaba con incurable obsesión. Sus temas eran variopintos e inconexos. Si el primer verso trataba sobre la nostalgia del futuro, acaso el siguiente lo transformase en espía infiltrado en una guerra de flores.

José Borlaz solo llegó a compartir sus anhelos poéticos con un ser de carne que, a los pocos días de su confesión, murió a causa de un accidente de tráfico. La noche en que falleció su mujer, escribió: “Si, como aventuran ciertos literatos, una novela es comparable a una esposa y un poema a una amante, hoy me he quedado sin novela, sin poesía, sin esposa y sin amante”. Pese a su decaimiento nunca faltó a la cita ajedrecística de los viernes, en la que el combate versificado casi siempre concluyó en rendición suya.

En sus últimos meses la vida de José Borlaz habría transcurrido en una monotonía soportable, modulada por los progresos de sus hijos en el taller y los de la enfermedad terminal en su cuerpo, de no ser por las enigmáticas cartas que comenzó a recibir cada viernes por la noche en su buzón: lacradas, sin remitente, con un sello en el que se dibujaba el Coliseo de su Roma natal. Una caligrafía montañosa describía caligramas de flores, pechos femeninos, animales, ruedas, etcétera. Al principio supuso que su llegada se debía a un error, pero la puntual reiteración de los envíos le convenció de que alguien, acaso procedente del Más Allá al que se acercaba a ritmo presuroso, le estaba enviando un mensaje en clave.

El mecánico poeta abandonó por primera vez en cuarenta años su hábito de enclaustrarse cada viernes en su habitación para escribir versos. Ese tiempo lo dedicaba al análisis de los poemas recibidos. No sacó nada en claro. Al igual que los suyos,

22/ trataban de abarcar diversos temas sin apenas precisar ni profundizar en ninguno. Solo el caligrama ofrecía pistas acerca de la verdadera intención del autor... o tal vez contribuía a oscurecerla, pues no era excepción el poema cuyos versos dibujaban la forma reconocible de un pájaro o una amapola, por ejemplo, sin referirse en ningún momento a ellos. En cualquier caso resultaba más inteligible el dibujo que las palabras, embadurnadas en ocasiones de saliva, tinta o sudor, como si el poeta las hubiera horneado pocos minutos antes de que él las recibiera.

Su inquietud lo llevó a convocar a un viejo amigo calígrafo. Este se inclinó con una lupa sobre los versos y los leyó en todas direcciones, de atrás hacia delante, en orden alterno o sin orden. Su mayor descubrimiento fue que el autor siempre evitaba escribir la J mayúscula y la B mayúscula. Desistió de ulteriores averiguaciones, desesperado por la combinación demente de líneas y espacios; al menos no le cobró.

Cinco semanas después de haber recibido la primera carta, José Borlaz sintió un dolor sordo en el páncreas que le obligó a cambiar de estrategia. En contra de sus convicciones, según las cuales un misterio es más interesante cuanto más se dilata y aleja su resolución, resolvió zanjarlo como si se tratara de un problema mecánico. Calculó la hora en que el mensajero depositaba cada viernes la carta sobre el agujero de su buzón. Dedujo que tal vez el autor no se arriesgara a entregarla en persona, por lo que se armó con un martillo y unas tenazas, determinado a amenazar con ellas al ejecutor del enigma. Transcurrieron tres horas de aguardo en las escaleras hasta que el sueño le venció, se le cayeron las herramientas de las manos y, derramándose sobre la pared de enfrente, durmió: el buzón amaneció yermo de poesía.

El mecánico aprendió la lección y no volvió a desafiar lo sobrenatural con martillos ni tenazas. A la semana siguiente observó un cambio en la sexta carta: el sello no representaba El Coliseo de Roma, sino una iglesia perteneciente a la ciudad donde se había trasladado con sus padres en su sexta semana de vida (y en la que seguía residiendo).

José Borlaz no perdía las esperanzas de comprender el misterio antes de morir. Los poemas comenzaron a aclararse un poco. Cada semana los descifraba mejor, ya fuera por la mayor firmeza de sus trazos o por los progresos de su entendimiento. Pero, por desgracia, cuando pudo leer la mayoría de las letras se desdibujaron los caligramas.

Renunció a los hospitales y decidió que moriría en su dormitorio. Se propuso resistir un viernes más. Entre sufridos estertores, suplicó a sus hijos que acudieran al buzón y le trajeran la última carta. La sujetó con sus manos amarillentas y la leyó con ojos llorosos; en esas lágrimas se condensaba su vida. Sus dedos temblaban de anhelo, su corazón trotaba como un niño. Dos únicas palabras escritas en letras mayúsculas, inconfundibles, trazaban un caligrama límpido: José su cara, Borlaz su cuerpo.

Otra vez se ha encerrado en su cuarto. Oigo cómo aporrea el teclado de su ordenador. Lleva dos o tres horas sin parar y probablemente seguirá así toda la tarde. Las palabras son la única grieta de su hermetismo.

A mí siempre me ha gustado escribir, pero soy un tipo sensato y sé que la literatura no da de comer. Ya lo dijo Azaña hace muchos años: “En España la mejor manera de guardar un secreto es escribirlo en un libro”. Sin embargo, existe un lugar todavía más seguro para conservar un secreto: dentro de uno mismo.

Mi hermano guarda en su interior suficientes secretos como para redactar una enciclopedia. O tal vez carezca de emociones. No lo sabe nadie, salvo quizá él. Apenas habla, pero escribe mucho: se pasa los días en su habitación leyendo libros, mezclando situaciones novelescas, inventando personajes y estudiando gramática. Escribe con verbo grácil, nombre concreto y adjetivo preciso. Aunque es difícil juzgar a un miembro de la familia, yo diría que lo hace muy bien. No es un genio, pero tiene un don —lo que a veces se le parece mucho— y posee la capacidad de expresar emociones que jamás ha experimentado, al menos de un modo perceptible para el resto del mundo.

Yo, que soy su único apoyo desde que murieron papá y mamá, solo le había vislumbrado un atisbo de sentimiento en una ocasión. El milagro ocurrió cuando le conté que había logrado que le publicaran su novela *La soledad de un ángel*. Me pareció que alguien del Más Allá le dibujaba una sonrisa en sus labios pálidos, que una luz se encendía en sus ojos negros y que su carrillo adquiriría un leve tono sonrosado. Pero la ilusión se disipó en menos de un segundo. Enseguida volvió a encerrarse en su cuarto a teclear con mayor ímpetu si cabe.

Sale muy poco de casa, solo para comprar el pan si se lo pido. Todos mis amigos se llevan una sorpresa cuando les revelo que tengo un hermano. No sé si es feliz, pero al menos ahora se halla tranquilo. Los problemas surgieron (no en él, sino en mí) cuando llamaron de la editorial para decir que el libro se estaba vendiendo muy bien y que iban a publicar una segunda edición. El éxito de la novela no se apaciguó en los siguientes meses. Las ediciones se sucedieron, pero eso no es todo. Escribió dos libros más que no tardaron en situarse en la temible lista de los superventas.

Quiero pensar que la calidad literaria se correspondía con el valor comercial de la obra, aunque no veo en qué podría afectarme lo contrario. De todos modos, el nombre de mi hermano empezó a sonar con fuerza en algunos círculos. Tuve

24/ que convertirme en su agente. Ya no bastaba con revisar mínimos aspectos de ortografía, llamar a un amigo editor y enseñarle el producto como la primera vez. Debía acudir a muchas editoriales y negociar las condiciones: los porcentajes que se llevaría el autor, el tiempo de duración del contrato y el número de ediciones que comprendería, el precio mínimo, el anticipo...

La anécdota de la primera publicación transformó mi vida. Nunca abandoné el oficio de abogado, pero lo confiné cada vez más porque trabajar para mi hermano me daba mayores beneficios. Podía disponer con libertad de su dinero, pues nunca quiso gastarlo en nada salvo en algunos libros. También tuve que doctorarme en disculpas ante los periodistas: enfermo, cansado, ausente, ocupado, estresado... ya no sabía qué aducir para negar las entrevistas.

No sé en qué momento ocurrió. Durante toda mi vida solo había sentido compasión hacia él. Pero su inesperado éxito y el trabajo que me ocasionaba empezaron a frustrarme. Al principio intenté descifrar los códigos de su literatura. ¿Cómo podía provocar tantas emociones en los lectores, si no habría sido capaz ni de mirarlos a la cara?

En mi ceguera, en mi envidia... le presioné. Invadí su cuarto, un espacio rectangular, pequeño y con las persianas siempre cerradas que resulta agobiante, por el calor y la acumulación de libros desde el suelo hasta el techo. Miraba como hipnotizado sus propias letras, con la nariz a escasos centímetros de la pantalla.

Le dije que se acabó, que ya no iba a ser más su agente, ni a responder por él ni a buscarle ninguna editorial. Entonces creí percibir en su rostro una segunda emoción. Bajó la vista como suele hacer cuando se le termina de hablar. Pero lo hizo de un modo distinto, más lento, más pronunciado... Su cabeza descendió a la altura del pecho y sus ojos se abismaron en la contemplación de las baldosas. Esperé un rato y lo observé con severidad. Lo único que dijo fue “entiendo”, con un tono que podía ser triste, indiferente o glacial, pero nunca alegre.

Me enfurecí. Sabía que conocía muy bien el lenguaje; sin embargo, a mí nunca me dedicaba más que unas pocas palabras. Le señalé con el dedo índice extendido y grité:

– ¡Tú no entiendes nada, maldita sea!

Salí pegando un portazo, me eché en el sofá del salón y me conecté a internet con mi ordenador portátil. No quería saber nada de él, pero enseguida recibí noticias tuyas. Las teclas sonaron nerviosas: tatatata, pausa, tatatata, pausa. Tomé una decisión repentina.

–Falta pan y yo estoy muy ocupado. Ve a la panadería ahora mismo —ordené desde el otro lado de la puerta.

Mi hermano salió corriendo. Huyó de mí. Penetré en su habitación, sin preocuparme de derribar varios volúmenes que cayeron al suelo. Armado con un Pen Drive, rebusqué en sus archivos y copié lo que se me antojó más prometedor. Justo salía de su cuarto cuando llamó a la puerta.

En cuanto volvió a encerrarse inspeccioné uno por uno sus documentos. Varios títulos incluían la palabra ángel, si bien en la mayoría apenas había escrito unas palabras: montaña, desierto, rivera, locura, silencio. Pero encontré uno titulado La soledad de un demonio, de 252 páginas. Supuse que era la novela en la que había trabajado durante los últimos meses y comencé a leer con avidez.

La historia la protagonizaba un joven huérfano al que reclutaban en la Guerra Civil Española. La crueldad del conflicto lo transformaba en un lobo hambriento de sangre que ejecutaba por cobardes a varios de sus compañeros en el frente. El título de todos los capítulos provenía de episodios históricos (el último La batalla de Cartagena). Por el desarrollo de los acontecimientos me pareció que faltaba poco para el final.

Resolví que ya bastaba de hacer el trabajo gris para mi hermano. Por una vez yo tendría un papel decisivo en la creación: me encargaría de terminar su obra. Durante las semanas siguientes me taladré la cabeza en busca del desenlace más adecuado. Sé que él hacía lo mismo. A veces nuestros teclados sonaban simultáneamente, pero con distinto ritmo: el mío disperso, irregular, como una sinfonía cuyo director vacila; el suyo firme, tenaz, decidido.

Dudaba entre matar al protagonista u otorgarle las condecoraciones más altas de la mano del Generalísimo. Opté por lo segundo, confiando en que los lectores clamarían de indignación y eso les pondría contentos. Cuando quedé conforme envié las 303 páginas a las editoriales con las que ya tenía tratos. Todas rechazaron la propuesta. Dijeron que el final rompía el tono de la obra; lo demás estaba impecable.

La frustración creció dentro de mí como un tumor. Lo mandé otra vez a comprar el pan para descubrir de qué forma había resuelto su libro. Él mató al protagonista en la batalla final de Cartagena. Su compañero más allegado le arrojaba una granada por la espalda después de haber prometido cubrirle. Tras leer aquello, fui a buscar a mi hermano a su reducto y lo abracé con todas mis fuerzas.

Una extraña alergia

En los instantes previos al nacimiento del bebé, el padre supo que había llegado el momento más trascendental de su vida. Mientras tanto la madre trataba de dominar la exigencia de la situación. Un coro de voces la aturdió; sus intentos por empujar a la criatura no parecían suficientes. Pero poco a poco se abrieron puertas en su cuerpo. De su interior brotó primero una cabeza, después un cuerpo de brillante palidez, al fin unos pies leves como algas.

El dolor y la tensión en el rostro de la madre se tornaron en una sonrisa todavía incrédula. Él lo había planeado todo: sujetaría al bebé entre sus brazos nada más se desligara en su totalidad, lo elevaría como un estandarte y lo besaría antes de entregárselo a la mujer que amaba.

Sin embargo, cuando la criatura quedó tendida en la camilla esas intenciones se apagaron cual febril alucinación. La frente del padre se arrugó de pronto, se afilaron sus ojos y se endureció toda su expresión. No pudo acercarse al bebé, que le produjo de inmediato una repulsión aterradora, como si su mujer hubiera engendrado al demonio.

Se marchó del hospital a la carrera. Solo se atrevió a volver al día siguiente para permanecer junto a su esposa. No preguntó por el niño, pero aun así le explicaron que le habían hecho algunas pruebas rutinarias y que pronto podrían llevárselo. “Es una criatura preciosa”, añadió con una sonrisa afectuosa la enfermera que atendía a la madre. “Estarás ansioso por verla”. El padre asintió poco entusiasmado y se inventó una dolencia para justificar la huida ante su mujer. Ella no le prestó atención y le relató el modo en que lo había acariciado y besado en sus primeras horas: “Ojalá hubieras estado conmigo”.

La situación se agravó cuando la familia dejó el hospital y se estableció en el piso. El padre no podía permanecer a menos de cinco metros del bebé. Su cercanía le provocaba estornudos, fiebre y picores, además de un temor inexplicable. La pareja se sentía muy desconcertada. Sus sueldos no permitían lujos y la vivienda era reducida, de modo que el sofá se había convertido en la odiosa reclusión del esposo. La convivencia se hizo difícil y la tensión se incrementó. Consultaron a pediatras y psicólogos, pero ninguno encontró una explicación racional para los problemas del padre. A todos resultaba obvio que el bebé era normal y, por tanto, inocente.

La pareja concluyó que debían solucionarlo entre ellos. Acordaron que la madre lo ataría a una silla y le traería al bebé, obligándole a aceptarlo. El hombre

la ayudó a sujetarle las piernas con cinta americana. Ella le besó en la frente, le acarició el rostro y trató de infundirle fortaleza con una sonrisa reparadora. “Todo se va a arreglar, cariño. Vamos a ser muy felices los tres”. Él asintió, cerró los ojos unos segundos, asió con fuerza sus manos al asiento y se irguió todo lo que pudo en el respaldo.

La madre regresó enseguida con el niño envuelto en un pañal azul. El bebé, arrancado de la placidez de la cuna, gimoteaba y protestaba. La mujer lo besó y balanceó suavemente. Al mismo tiempo que se relajaba el hijo se agitaba el padre: se convulsionaron sus rodillas, se multiplicaron sus espasmos y sus dedos apenas podían resistir la tentación de desatar la cinta americana.

La madre se acercó dando pasitos cortos. Alternó su mirada del bebé al marido, cada vez con mayor frecuencia. El hombre se inclinó hacia su hijo todo lo que le permitía su cuerpo amarrado. La mujer lo deslizó en sus brazos abiertos y se alejó unos centímetros para deleitarse en la unión... pero el miedo pudo más que la lógica y el deseo. Al notar el suave contacto de la carne del niño, su padre lo dejó caer, se arrancó la cinta americana y corrió hacia la puerta de salida, abandonando a un bebé ensangrentado en el suelo y a una mujer doliente junto a él.

Debatido entre la angustia, el remordimiento y el alivio, no se atrevió a volver en tres días. Un nuevo temor, el de la reacción de su esposa, se sumó al que le profesaba a su hijo. Temía que sintiera como propia la ofensa e interpretara el rechazo del bebé como un rechazo implícito a la madre. Pero no estaba dispuesto a renunciar de un modo tan pusilánime a la felicidad, así que regresó a casa y llamó tres veces a la puerta, suave y despacio. Se le eternizaron los segundos que la mujer tardó en abrirle y se le aceleraron las pulsaciones al enfrentarse a su seriedad. Masculló una pregunta acerca del estado del niño. Ella lanzó un suspiro: “Podría haber sido peor”.

Lo invitó a entrar con un gesto de su mano, o más bien se lo exigió. Los ojos del padre dieron un repaso completo al salón, sin resultado. “Ven a mi dormitorio”, dijo la mujer. En cuanto puso un pie en él le recibieron unos berridos tremendos. “No quiere ni que te acerques”. Contuvo el deseo de cumplir la aparente voluntad del niño y se inclinó sobre la cuna, estremeciéndose al descubrir el amplio vendaje que cubría su frente. Los lloros se desbocaron a la vez a un lado y otro de la barandilla. El hombre retrocedió y la madre consoló al bebé, olvidándose de la presencia de su esposo hasta que arreciaron sus estornudos, acompañados de flemas y mucosidades incontenibles. “Enseguida voy contigo... de momento será mejor que esperes fuera”.

El padre agotó sus reservas de pañuelos, se sentó en el sofá y observó su propio reflejo difuminado en la pantalla oscura del televisor. Encima del aparato destacaban las fotografías del viaje de novios, correspondientes al pasado verano. Las amplias sonrisas de los enamorados parecían presagiarles largos años de felicidad.

La madre reapareció todavía sonriente después de tranquilizar a su hijo. El padre intentó decir algo, pero apenas salieron de su boca unos balbuceos. ¿Cómo explicarle que no podía acercarse al bebé, que no lo odiaba sino que lo temía igual que un niño pequeño teme al coco y al hombre del saco? La mujer se sentó a su lado y le besó en la mejilla: “Sé que no es culpa tuya”.

Cuatro semanas más tarde, el hombre se dirigió a un parque próximo a la vivienda de la madre de su hijo. Ella le esperaba en un banco de piedra, con las piernas cruzadas y la mirada serpenteando entre los hierbajos del suelo. Él se detuvo unos segundos y la contempló escondido en la sombra de un árbol. Suspiró y se encaminó hacia ella. Nada más verlo la mujer se levantó para abrazarlo. Deslizó los dedos por su espalda en una lenta caricia mientras él se aferraba a su cintura.

—Te quiero —le susurró el hombre a la oreja.

—Y yo a ti, cariño.

—Necesito verte más.

La mujer deshizo el enlace y lo miró con los ojos muy abiertos, llenos de compasión.

—A mí también me gustaría, pero sabes que no es posible. Por ahora solo tengo dinero para pagar a la niñera un día a la semana.

El sueño de la serpiente

Cuando Faizah soñó por primera vez con la serpiente, el poblado de Monesa vivía una época de prosperidad. La cosecha había sido buena y las guerras con otras tribus habían concluido desde el nombramiento de su padre como líder. Faizah soñó que una serpiente enorme, venida de otro mundo, atravesaba las nubes y se acercaba a Monesa, deslizándose por el cielo como si se arrastrara a través del aire.

Esas imágenes se repitieron tres noches seguidas; notó que la serpiente se aproximaba cada vez más. La cuarta noche no soñó con ella, pero la despertó un siseo. La bestia era tan grande como en sus pesadillas: medía al menos veinte metros de largo y unas escamas coronadas por pinchos negros recubrían su piel verdosa.

La alarma cundió en Monesa. Nunca se había visto a un animal parecido. Nada más llegar golpeó las cosechas con su cola, echándolas a perder. Después se enroscó lentamente, entrecerró sus ojos del color de la sangre, miró a las gentes del pueblo —apenas cincuenta hombres y mujeres— y sacó su lengua bífida, burlándose del infortunio que causaba. Durante la noche siseó con su tono agudo como la muerte y les privó de todo reposo.

Al caer la mañana el padre de Faizah organizó a los guerreros, equipados con lanzas hechas de marfil y con flechas y escudos de madera. No portaban otra armadura que sus cuerpos oscuros y musculosos, curtidos por el trabajo de la supervivencia. Dispararon primero las flechas, alcanzando de lleno su objetivo, pero las puntas rebotaron en las escamas. La serpiente volvió a sacar su lengua. El jefe de la tribu ordenó una ofensiva frontal que la obligara a retirarse. Los hombres agitaron sus armas, se encomendaron a los dioses de la naturaleza y entonaron sus cánticos de guerra, graves y profundos. El monstruo se desenroscó y respondió con un siseo que sacudió ramas y arrancó hojas.

Ambos sonidos lucharon en el aire durante unos minutos en anticipo de la batalla. Los guerreros avanzaron. Cuando ya habían atravesado los campos destrozados y se encontraban apenas a unos diez metros de ella, la serpiente se irguió, levantó la cabeza y dilató sus grandes ojos. Fijó la mirada en el hermano de Faizah, que encabezaba el ataque. Se derrumbó herido por un sueño súbito. El escudo y la lanza que esgrimía se convirtieron en una trampa para los que iban detrás. Algunos tropezaron con las armas y los que lograron esquivarlas se encontraron con los ojos de Morfeo de la serpiente. Ninguno pudo acercarse. Libres de sus temores, todos roncaron y empezaron a soñar.

Entonces la serpiente se acercó, los atravesó con sus pinchos y se los tragó uno a uno. Faizah vio desde su choza de paja cabaña cómo engullía a su padre y a su hermano. Lloró con amargura, sintiéndose responsable de haber traído aquella bestia al poblado. No le había hablado de sus sueños ni siquiera a su madre, que sollozaba junto a ella. Solo sobrevivían las mujeres y los muchachos, agotados en extremo por la ausencia de comida y descanso. ¿Qué podían hacer para alejar al monstruo?

El cansancio de Faizah rivalizaba con su pena. Solo era una chica de catorce años cuyas ensoñaciones no solían causarle grandes miedos: con frecuencia las protagonizaban flores o plantas exóticas que a veces emprendían el vuelo rumbo a las estrellas. Únicamente conocía la pesadilla de quedarse encerrada en una cueva oscura que en aquel momento incluso le habría resultado acogedora.

Antes de que anocheciera, cerró los ojos y deseó recuperar los sueños de su infancia y perderse en ellos para siempre. Pero no pudo liberarse de la terrible realidad, ni siquiera en el mundo onírico. Enseguida se le apareció la figura monstruosa que había matado a su hermano y a su padre. Faizah la enfrentó con firmeza y le aguantó la mirada. La serpiente cerró los ojos, tembló y agitó su cola. No podía dormir a quien ya dormía.

La chica se acercó a la bestia y tocó sus pinchos con las manos. No sintió ningún dolor: siguió flotando en la levedad del sueño. La serpiente estaba paralizada y vista de cerca parecía empequeñecerse. Faizah arrancó sin esfuerzo un pincho situado en la mitad del lomo y se lo clavó, tratando de aplicar en el golpe todo su odio y repugnancia.

Un siseo atronador la despertó bruscamente. El animal se revolvió allí fuera y un chorro de sangre negruzca salpicó el suelo de ponzoña. Tenía una herida grande en la zona donde Faizah le había clavado su propio pincho. La joven escrutó de lejos a la serpiente, que trataba de localizarla. Apartó la vista, temerosa de verse atrapada en una pesadilla incontrolable. Ya sabía cómo derribar a la bestia. La invulnerabilidad que mostraba durante la vigilia se convertía en fragilidad e indefensión durante el sueño.

Se sentía muy cansada. Tras la batalla onírica se había despertado jadeante y sudorosa. Su madre, que había observado con preocupación sus convulsiones, creyó que estaba enferma y que sobrevendrían más desgracias en las próximas horas. Además se acercaba la noche y la serpiente recobraba sus energías, dispuesta a dejarles de nuevo sin descanso.

Faizah temía que la bestia les atacase, pero lo único que hizo fue sisear en la oscuridad. Se asomó por la ventana y la espío. Apenas se distinguía un resplandor

verdoso en el horizonte y una luz roja cuando abría sus ojos, lo que ocurría cada poco tiempo. En ocasiones permanecían cerrados durante unos minutos, pero de pronto se desplegaban cual antorchas y un profundo siseo rasgaba la noche, como si el monstruo intentase espantar la tentación del sueño.

¿De qué manera se explicaba tan extraña conducta? ¿Acaso no necesitaba dormir y comer como cualquier ser vivo? Un animal de ese tamaño debía de requerir grandes cantidades de nutrientes. ¿Cómo mantenía sano su organismo? Lo único que había ingerido eran los cuerpos de los guerreros. ¿O tal vez se había alimentado de sus sueños y no de su carne...?

Faizah tembló al recordar cómo había introducido en sus fauces a su padre y a su hermano. Primero los había abrazado durante unos segundos como si los acaricase, pero en realidad les clavaba sus pinchos mortales. Después los ingirió mientras se desangraban, aparentemente todavía dormidos. Sangre y sueños... de eso parecía componerse su dieta.

Faizah dejó la ventana y miró a su madre, que no se atrevía a hablar. Los siseos barrían las paredes de la cabaña, que temblaba bajo su influjo.

—Mamá, sé lo que tengo que hacer. Llévame mañana a la cueva. Es muy importante. Si no me acompañas iré sola.

La mujer acarició el collar de lino que portaba en el cuello y rezó con los ojos cerrados por la cordura de su hija. Su piel, casi indistinguible en la oscuridad, habría relumbrado en comparación con sus negros pensamientos. Si algo temía Faizah era la cueva. Siempre que daba rienda a su infinita curiosidad y se extrañaba en la jungla amenazaba con llevarla allí. La niña enseguida lloriqueaba y obedecía. Su petición era el culmen del infortunio.

La serpiente se desperezó con las primeras luces. Sacudió algunos árboles y se acercó aún más a las casas. Con unos pocos movimientos habría podido destrozar las endebles construcciones, que parecían disolverse ante los rayos solares amortiguados por la vegetación. Pero se limitó a mirar en una quietud escultórica.

Faizah susurró a su madre que había llegado la hora. Salieron por una de las ventanas, un agujero rectangular de medio metro de diámetro. La hija saltó primero y se agazapó. La serpiente emitió un siseo, quizá alertada por el movimiento de hojas. Por fortuna la chica medía menos de metro y medio y la sombra de un árbol la ocultaba. Faizah le hizo gestos a su madre para que la siguiera. Se dejó caer como un fardo y provocó un ruido mayor, pero la serpiente no se interesó por el segundo impacto.

Avanzaron de puntillas en la jungla. La madre iba delante porque era la única que conocía el camino a la cueva, aunque la situación desesperada le nubló la memoria y erró la senda varias veces. La hija permanecía a su espalda, atenta a cualquier sonido o movimiento sospechoso. Abundaban los guepardos, los gorilas y otros animales peligrosos, pero ninguno parecía amenazante en parangón con el que dejaban atrás. Durante muchas generaciones la tribu había competido en favorable lid con todas aquellas bestias, mas un solo día de enfrentamiento con la serpiente la había diezmado de un modo irreparable.

Se adentraron en lo más tupido de la selva. La madre apartaba con ambos brazos las plantas que ocultaban el camino. Una espina le rasgó la piel a la altura del hombro. Se limpió la sangre con una hoja y siguió adelante como una autó-mata, solo para cumplir el deseo de su hija. Al cabo de veinte minutos de fatigoso avance, divisaron un claro que descendía abruptamente y tomaron su dirección. Enseguida el terreno se volvió húmedo y resbaladizo. La madre estuvo a punto de caerse al tropezar con una roca tapada por los matorrales, pero Faizah la mantuvo erguida. Al fin divisaron la cueva al fondo del camino. Su entrada tenía unas dimensiones similares a la cabaña en la que vivían. La joven no pudo evitar que un escalofrío la atravesara.

—¿Qué hacemos aquí, hija mía?

La madre solo le formuló la pregunta en el umbral. No esperaba una respuesta inteligible; no la tuvo.

—Este es el lugar más seguro para descansar. Tengo que dormirme y combatir a la serpiente en sueños.

Faizah tomó por primera vez la delantera y se adentró en la negrura. La cueva se había utilizado desde tiempos remotos para celebrar el rito iniciático del nuevo jefe de la tribu. Los guerreros entraban con antorchas, concentrándose alrededor del líder con fin de iluminar su espíritu. La madre sabía del peligro de entrar sin luz y sin armas, pero no hizo ningún esfuerzo por detener a Faizah. Estaba demasiado exhausta y consumida. Si su destino era que una bestia oculta la devorara, lo aceptaría con estoicismo y moriría junto a su hija.

Faizah penetró en la cueva con pasos cortos y lentos. Extendió las manos, levantó mucho los pies y sondeó el suelo. Sus sandalias quedaron agujereadas por las estalagmitas y la luz de la mañana pronto se resquebrajó entre las paredes rocosas. Su madre la seguía, tocándole la espalda cada pocos metros. Solo sus pasos y la caída de las estalactitas rompían el silencio.

La temperatura era mucho más fría que en el exterior. La humedad y la peligrisidad del suelo se incrementaron a medida que se internaban. Faizah levantó

las manos para que su madre se detuviera. No tenía sentido adentrarse más de lo necesario. Se encontraban a salvo de la serpiente: solo debía dormir y derrotarla. Buscó una zona lisa y la despejó de piedras. Mientras su madre musitaba nuevas oraciones, Faizah cerró los ojos y apoyó la cabeza sobre unos helechos.

Sentía su respiración agitada y los latidos de su corazón sucediéndose como una percusión frenética. Trató de instalar una neblina en su mente que la abstraiera del miedo que le inspiraba el lugar. Sus pesadillas solían desarrollarse en una representación bastante fiel de la cueva. Una vez soñó que caía en una fosa oscura y que mil ojos brillantes la observaban desde todos los ángulos. En otra ocasión soñó que se quedaba atrapada y que la salida se convertía en una rendija diminuta, imposible de atravesar. Nunca había tenido un sueño agradable en un sitio como ese.

Transcurrieron horas sin que Faizah se tranquilizara. Oía la respiración de su madre entremezclada con la suya y con las gotas que caían con intermitencia. La mujer lloró igual que una estalactita, por su hijo y por su marido, pero sobre todo por Faizah, que no paraba de retorcerse en el suelo. La joven se enderezó de pronto y negó con la cabeza.

—Madre, tienes que dejarme sola. Vigila la entrada. Cuando despierte nos veremos allí.

Creyó que nunca volvería a ver a su hija. La abrazó y echó a andar cabizbaja. Faizah percibió su sombra que desaparecía y el sonido hueco de sus pasos. Cuando dejó de oírlos recolocó los helechos y se tumbó otra vez, girándose sobre un costado. Cerró los ojos y rememoró sus ensoñaciones infantiles. Poco a poco su respiración fue espaciándose, sus latidos se sosegaron y pudo dormirse.

La serpiente no tardó en disipar las brumas del descanso. Faizah abrió bien los ojos en el mundo onírico y los mantuvo cerrados fuera de él. El animal parecía inquieto; empezó a sisear y a mostrar sus dientes y su lengua. Faizah se dirigió hacia él sin ningún temor. La bestia alargó su cola, estirándola en su dirección como una lanza, pero apartó el golpe de un manotazo.

La serpiente retrocedió. La agilidad que mostraba en el exterior se había convertido en torpeza. Además, el pincho que Faizah le había clavado en su anterior enfrentamiento penetraba más hondo en su carne a cada centímetro que se desplazaba. La sangre manó de su cuerpo. Faizah esquivó las gotas que brotaron como fuente de su maldad y siguió avanzando hasta que logró arrancar otro pincho.

El monstruo se retorció de dolor y trató de escabullirse, pero no se adivinaba escapatoria. La batalla tenía lugar en una cueva similar a aquella donde Faizah dormía, aunque con algunos cambios dispuestos por su inconsciente: una luz

34/ naranja que se filtraba a través de unas grietas en la roca clareaba el escenario, decorado por varios tipos de flores.

La joven escaló el lomo de la serpiente hasta situarse a la altura de su cabeza. Le lanzó una última mirada de desprecio; la bestia le devolvió una última mirada de temor. Levantó el pincho con ambas manos y se lo clavó. Lo empujó con todas sus fuerzas, hundiéndolo hasta que sobresalió por la parte inferior de la cabeza de la serpiente, que solo tuvo tiempo de sisear una despedida.

Mientras su rostro se empapaba de sangre, en el otro mundo una gota de agua mojó la cara de Faizah y la despertó. Abrió los ojos y vio una estalactita que salpicaba encima de ella. Sonrió y supo que la serpiente no había sobrevivido a su sueño.

Se levantó espoleado por la insistencia del despertador de su móvil. Se duchó, se recortó los pelos de la barba sin apenas fijarse en su rostro, se vistió con traje y corbata, descendió al garaje y condujo su Mercedes negro hasta el rascacielos sede de la empresa de telecomunicaciones en la que se desempeñaba como ejecutivo. Al llegar allí se sorprendió de que sus subordinados no le saludaran, pero no le dio importancia. Estaba de buen humor por motivos de negocios. Según sus previsiones las perspectivas de beneficio económico eran grandes y, sobre todo, cabía la posibilidad de que ascendiese a un puesto todavía más alto en la organización. A esa meta dirigía todos sus esfuerzos: las orejas se le agigantaban en cuanto oía la palabra dinero y sus ojos refulgían frente a los billetes.

Llegó a su despacho, se sentó en una butaca y encendió el ordenador. Casi no pudo creer lo que vio en la pantalla: su nombre, normalmente escrito en la página inicial con letras mayúsculas, había desaparecido. Llamó a su secretaria presionando un botón. Enseguida llegó una mujer de unos cuarenta años con el pelo sujeto a un moño metálico, gafas cuadradas y facciones angulosas. Era la única persona dentro de la empresa (al margen de aquellas que podían amenazar su posición) cuyo nombre y rostro conocía. La secretaria torció la boca y estiró hacia arriba sus cejas en cuanto observó a un desconocido instalado en el despacho de su superior.

—¿Quién es usted? ¿Qué está haciendo aquí?

El ejecutivo no solía dar explicaciones sin pedir las primero.

—Eso es más estúpido que preguntarle a un bebé qué hace en la cuna. Me he dado cuenta de que alguien ha tocado mi ordenador. Mi nombre no aparece. ¿Acaso ha sido usted quien lo ha suprimido?

—Oiga, mi jefe va a llegar en cualquier momento. Tiene que irse de inmediato o me verá obligada a...

—¡Silencio! ¡Silencio y aire! ¡Largo de aquí!

La secretaria giró sobre sus talones y se marchó impulsándose en largas zancadas. El ejecutivo apuntó en una hoja el apellido de la empleada para no olvidar que debía despedirla antes de finalizar el día. Reescribió su nombre en el ordenador y se conectó a internet con intención de examinar las noticias económicas. Antes de que tuviera tiempo dos hombres fornidos entraron en el despacho y, siguiendo las instrucciones de la secretaria, lo agarraron por los hombros y lo empujaron fuera.

—¡Me quedaré con sus caras! ¡Averiguaré sus nombres! ¡Y olvidense del finiquito! —gritó rabioso.

Los guardias de seguridad, por toda respuesta, lo sujetaron con más energía y lo expulsaron con mayor rapidez del edificio. El ejecutivo se nubló bajo el cielo despejado. De su cara se deslizaban gotas de sudor, su traje se había arrugado y todavía jadeaba improperios desde el otro lado de la puerta. Al menos los guardias tuvieron la cortesía de devolverle su maleta arrojándosela sobre el pecho.

Intentó serenarse y analizar la situación. Era evidente que algún enemigo en la dirección de la empresa, temeroso de su plausible oportunidad de ascenso, había convencido al principal propietario de que lo destituyese. Extrajo de la maleta su teléfono móvil (o quizá se trataba de un ordenador de bolsillo) y llamó al dueño. Este le respondió con gruñidos y mal humor, probablemente desde la cama. Por más que trató de identificarse aportando datos confidenciales no logró que le reconociera. Iba a despedirse con educada sumisión cuando un pitido le reveló el fin del diálogo.

En tal estado de cosas decidió lo inaudito, esto es, retornar a casa y tomarse el día libre (o al menos la mañana libre, pues confiaba en recobrar lo antes posible la comunicación con el propietario). Recuperó su Mercedes —del que solía decir que solo le faltaba la corbata para ser tan elegante como él— y deshizo el trayecto mientras escuchaba música de Vivaldi. Lo aparcó en su plaza de garaje preciándose de la exactitud de sus maniobras, tomó el ascensor hasta el octavo piso y abrió la puerta de casa. Al introducirse en el espacioso salón resonaba todavía en su mente la bella melodía invernal del compositor italiano. Pero pronto le alertaron unos gemidos provenientes de la habitación de su hijo y, posteriormente, unos cuchicheos y un sonido como de arrastre.

Giró el pomo sin molestarse en llamar. Un joven de unos veinte años yacía descamisado en la cama con las sábanas más revueltas que su melena oscura. Un tanga rojo asomaba bajo la silla del escritorio.

—¡Hijo! ¿Qué haces aquí? ¿Qué haces así? ¿Qué es eso que...?

Sus preguntas se interrumpieron al impacto de un puñetazo en la nariz. Después de derribarle el chico le arrastró por el suelo, le quitó las llaves y la maleta y se dispuso a desembarazarse de él sin contemplaciones. Trató de dirigirle la palabra otra vez, pero una patada en la cabeza le arrebató el conocimiento.

Cuando lo recuperó no recordaba muy bien quién era. Tenía el cuerpo dolorido, unas gotas de sangre coloreaban el cuello de su camisa y no comprendía qué estaba haciendo en la calle, cerca de su domicilio pero fuera. Rebuscó en los bolsillos de la chaqueta para asegurarse de que la cartera seguía en su sitio. Suspiró

con alivio y acurrucó en la palma de su mano los seis billetes, de cuantías entre diez y cincuenta euros; calculó que podía almorzar un bocadillo.

Entró en uno de esos locales futboleros que languidecen entre partido y partido. En un rincón dos viejos sorbían sus cervezas. Otro de su quinta le saludó tras la barra con una voz ronca de fumador incorregible. Un tanto incómodo por la inmundicia de las paredes y la desnudez decorativa, pidió lo más barato y se escabulló hacia el servicio. Le preocupaba la remota posibilidad de tropezar con un conocido en un lugar de tan poca clase.

El jabón se había terminado, así que tuvo que higienizarse solo con agua. Después de secarse levantó un momento la vista hacia el cristal sucio y agrietado del espejo, fijándose en sí mismo por primera vez en todo el día. Un trozo de carne amoratada le devolvió una mirada de asco.

Su primer impulso fue darse la vuelta con brusquedad, temeroso de que un desconocido le atacara. Al cerciorarse que no había nadie más se tornó poco a poco hacia el espejo. Observó con mayor detenimiento sus facciones, el color de sus ojos y la forma de su nariz, sin que ninguno de sus rasgos le resultasen familiares en absoluto. Entonces se fijó en la elegante chaqueta –intacta a pesar de todo– y acarició la corbata roja que pendía del cuello de la camisa. Ante el contacto de la seda se ablandó la expresión de su rostro y pudo, al fin, reconocer su retrato (pues no le parecía sino eso, una interpretación o, peor, una imitación inexacta de su figura).

Recordó la desastrosa jornada laboral y la paliza que le había propinado su hijo. Contuvo el impulso de resquebrajar la superficie del espejo y salió dando un portazo. A dentelladas devoró su bocadillo y a disgusto lo pagó, mostrándose más preciso en lo segundo que en lo primero, pues parte del lomo se le desgajó del pan y manchó su traje.

Cada vez más irritado, se alejó del bar con el firme propósito de no regresar nunca a un sitio así. Empezó el camino de vuelta a su hogar. Comprobó que le faltaban las llaves, así que llamó cinco veces al timbre. Le respondió una exclamativa voz de falsete:

–Convertidor de billetes, ¡dígame!

–¿Convertidor? ¿Qué dice? ¿Se refiere a...? ¿Es usted un falsificador de...?

–¡No, señor! Yo me dedico a convertirlo en un billete, si a usted le parece bien, claro está.

–¿Qué furiosa estupidez es esa? Tengo mucho dinero pero soy un ser humano, y por tanto no puedo ser un billete.

—¿Tiene mucho dinero? ¡Entonces es obvio que me he explicado mal, señor! Me refiero a que puedo imprimir su rostro en los billetes que utilice. Si a la gente le gustan, pronto se hará famoso y su cara se conocerá en todo el mundo. Si quiere más detalles suba, por favor. Se los daré con gusto.

El desconocido le abrió. Puesto que la voz provenía del número correspondiente a su casa, supuso que su familia estaba sufriendo una broma. Al llegar a la puerta experimentó un acceso de inquietud. La figura tallada en verde de un euro gigante atravesaba la madera; la parte inferior del símbolo la remataba el timbre. Iba a marcharse, convencido de que se hallaba en una confusión, cuando se abrió la puerta. Le recibió un tipo sonriente de unos treinta y pocos años, larguirucho como un rascacielos y con el pelo teñido de verde. Portaba una camiseta en la que dos símbolos del euro se entrelazaban.

—¡Buenas tardes, señor! ¡Tiene usted un aspecto magnífico! ¿Quiere pasar y convertir su cara en un bien invaluable?

Pese a los reparos que semejante espécimen le causó al instante hubo algo (tal vez un tintineo en el cerebro, una excitación de la curiosidad o el deseo de relajarse un rato en medio de un día tan conflictivo) que le impulsó a entrar. El desconocido le acompañó hasta el salón, que más bien parecía un puzle gigantesco o un mural inacabado de billetes con el tamaño de alfombras. Pegados como carteles en la pared, se destacaban en ellos las figuras de personas irreconocibles, pero todas muy orgullosas de convertirse en el rostro del dinero. El anfitrión lo invitó a sentarse en un sofá de piel (verde, por supuesto) y se colocó enfrente en una silla mientras señalaba con las manos en todas direcciones.

—Como puede ver, soy capaz de imprimir su faz varias veces en el mismo billete, incluso por las dos caras si lo desea (le hago descuento en ese caso). Desde que no tenemos Constitución ni Comunidad Europea se ha decretado la libre maquetación. Existe una puja entre los hombres poderosos para imponer el billete dominante. Aunque han pasado por mi puerta empresarios y políticos poseedores de nobles fortunas, todavía cabe la posibilidad de que su imagen resulte más pegadiza, o pagadiza si me permite la broma. Por cierto, ¿cuál es su nombre?

El ejecutivo miró de reojo el tupé que coronaba el pelo del singular comerciante. Observó que trataba de imitar el símbolo del euro, si bien la parte superior de la C había aplastado el conjunto convirtiéndolo en una mezcla de montaña y ensaladilla rusa.

—No sé si lo entiendo muy bien. ¿Comercia con dinero o con caras?

—¡Con ambas cosas! Es ahí donde radica la novedad. Yo pongo su rostro en los billetes que me pague. Después compra con ellos y se multiplica el flujo. Como no le

noto muy decidido le contaré un secreto. El zoológico no ha sido explotado todavía. ¡Siguen arreglándoselas con el dinero vulgar! Usted podría convertirse en el capo de la zona.

El comerciante sacó de debajo de su camisa verde (todo en él era verde, salvo la piel pálida y los ojos azules) un folleto titulado “Construya el billete de sus sueños”. Comenzó a pasar hojas ante la mirada alucinada del ejecutivo y a explicarle los modelos que conjuntarían mejor.

—Con su faz redonda quedaría muy lucido en los viejos billetes de cincuenta. Podría ajustarla a ese arco de medio punto e instalar su barbilla rozando la Península Ibérica. Sí, creo que sería una buena solución. El resultado final recordaría al de aquel señor del fondo, pero más equilibrado porque usted tiene la cara verdaderamente redonda.

La expresión del ejecutivo se dulcificó. Sus orejas se extendieron como radares y sus ojos se agrandaron ante cada gesto del encantador, que no paraba de sonreír y agasajarle en su justa medida. Realizó un par de preguntas sobre el sistema técnico que en verdad no le interesaban, solo para visualizar en su mente la imagen ensalzada de su rostro reluciendo al brillo mágico de los billetes.

—¿Cuánto cuesta ese modelo de ahí?

—Señor, con todo respeto debo suponer que no me ha escuchado con atención. El precio lo pone usted. Yo solo le cobro la mano de obra. Pero cuanto más adquiera más cosas podrá comprar y más rápido se extenderá su billete por todas partes. Imagínese a un pueblo entero de raíces ancestrales arrodillado ante su escultura, donándole sacrificios y pagando los impuestos que decida merecer. Imagínese a los grandes empresarios y políticos del mundo discutiendo y peleando por un pedazo de su cara. Imagínese el poder absoluto que este papel puede proporcionarle: se quedará corto.

El hipnotizador sacó un billete del bolsillo y lo estiró delante de sus ojos. El ejecutivo lo devoró con la mirada y después desvió sus sentidos hacia las paredes que abanicaban sus anhelos. Deslumbrado por las posibilidades que ante él se abrían, vació la cartera hasta el último céntimo y prometió volver con más, mucho más, todo lo que tuviera, dispuesto a intercambiar billetes mediocres por los personales e intransferibles que se le brindaban.

Intensidad

La palidez de su piel le asustaba. Un temblor recorrió sus brazos y sus piernas. Sus dedos resbalaron por el terreno inconsistente. Venciendo miedos y dificultades logró introducirse en el origen de la tormenta. Primero un pie, luego el otro, con infinito cuidado. Una catarata vino del cielo. No sabía si su cuerpo resistiría semejante furia de tempestades; tampoco si sus orejas se cerrarían para siempre ante aquel estruendo. Al principio creyó que las aguas frías y arrolladoras se lo llevarían por los aires.

Pero lo más agobiante era la ausencia de espacio. Le cercaban dos paredes, blancas e insuperables, a la altura de los talones. Fuera solo había suciedad, peste, podredumbre. Si trataba de desplazarse, el riesgo de perder el equilibrio se multiplicaba. Debía soportar día tras día aquellos padecimientos, sin que cupiera forma de impedirlo.

Sin embargo poco a poco fue habituándose. El agua perdió hielo, se transformó en una sensación soportable y después en una caricia templada. Superados aquellos segundos agónicos comprendió que no era tan terrible. Cerró los ojos, respiró y buscó el jabón: la ducha podía comenzar.

Deporte de riesgo

Apenas una decena de espectadores presencian el partido de fútbol. Se sitúan bajo un toldo que les protege de los rayos solares. La temporada casi termina y ninguno de los dos equipos se juega nada: no van a ascender a primera regional, ni tampoco descenderán a tercera. No se atisba ilusión ni decepción en los rostros de los aficionados. Desde el inicio de la temporada la única aspiración del club había sido mantenerse en la segunda regional, que es la división para la que ha nacido, en la que no destaca ni desentona.

Se ha sobrepasado ya el ecuador de la segunda parte y el marcador refleja un triste empate a cero. El guardameta del equipo visitante golpea el esférico con el empeine exterior. El lanzamiento, impulsado por una corriente de aire transversal, cobra una fuerza inusitada. Los aficionados ven pasar la pelota a pocos metros de distancia hasta que se pierde por encima del toldo. Ha ido a parar a la carretera. Ya es la tercera vez que ocurre y el portero se lleva una pitada que habría sido monumental, en caso de haberla realizado un grupo amplio de espectadores. El cancerbero, de largo cuerpo y larga melena, responde a los pitos pidiendo calma con ambas manos.

El árbitro, un tipo gordo y calvo que aparenta al menos cincuenta años, anuncia que no quedan balones. Restan todavía veinte minutos por jugarse. Los presentes intercambian miradas indecisas.

—El partido queda suspendido y pendiente de reanudación —dice el árbitro, con la solemnidad que le confiere su cargo y su voz grave.

Enseguida llegan las quejas de los futbolistas. El primero en responder es el capitán del equipo de casa, vestido con uniforme azul.

—Yo he prometido a mi mujer que el fútbol se termina hoy. Y tiene mal genio.

El entrenador local, que ha dejado su puesto en el banquillo para unirse al coro que se ha formado en torno al círculo central, apoya los reparos de su jugador.

—Yo me voy mañana de vacaciones a las islas Seychelles. Si se suspende no podré dirigir a mis pupilos.

Un aficionado viejo, de voz vigorizada por su mal carácter, les grita desde su posición, apenas a unos metros del banquillo.

—Yo no vuelvo a veros hasta el año que viene. ¡Anda que os habéis lucido, chatos! ¡Menuda temporada hemos sufrido! Solo nos falta tener que venir un día más para ver cómo desfiláis por el césped. ¡Ni que fuerais modelos o algo así!

La recriminación del espectador levanta más aplausos que cualquiera de las

42/ jugadas del partido. No se ha apagado el rumor de los vítores cuando el portero visitante, que había salido de su área corriendo como un velocista hasta el centro del campo, dice de modo terminante:

—Esto se acabó.

Intenta añadir algo más, pero el público empieza a silbar con fuerza. Todos se han puesto en pie y alguno esgrime y agita su botella de agua. El capitán de los visitantes, que visten una camiseta blanquinegra, le pone una mano en el hombro al arquero y toma la palabra.

—Nosotros tenemos que coger un autobús y viajar por una carretera peligrosa para llegar hasta aquí. Francamente, creo que a ninguno nos apetece volver. O damos el partido por finalizado o lo terminamos ahora de cualquier manera.

Los futbolistas de ambos equipos emiten gestos afirmativos con sus cabezas. El portero visitante se agarra la melena e interviene de nuevo.

—No tenemos balón. No podemos jugar, así que vámonos de una vez.

El árbitro, que había permanecido callado en el círculo central, mira un momento su reloj y carraspea antes de opinar.

—No es posible dar por terminado el partido. Quedan 19 minutos y 46 segundos por disputarse, más el tiempo de descuento. Si no los jugamos habremos aduleterado toda la competición.

—Vamos hombre, no seamos tan legalistas —repite el portero—. Aquí nadie se juega nada. Estamos perdiendo el tiempo desde el primer minuto. Además no hay balón y por tanto no se puede jugar. No vale la pena volver otro día: solo queda pitar el final.

El aficionado mayor vuelve a gritar al cancerbero, con voz todavía más atornadora.

—Tú cállate, que eres el culpable de este maldito embrollo. Si por mí fuera te obligaría a jugar el partido veinte veces.

El público aplaude de nuevo al viejo. Los jugadores de ambos conjuntos se amenazan con la mirada. El delantero del equipo local levanta el puño y acusa a gritos al portero rival de amañar el partido. Se oyen tres silbidos potentes.

—Bien, por fin el señor árbitro entró en razón y decretó el final —dice el arquero.

—De eso nada. He tomado una determinación. El partido ha de jugarse: nos obligan el reglamento y el buen juicio. Como volver otro día es un engorro para

todos, lo terminaremos ahora mismo. En cuanto a la forma de acabar, estoy abierto a las propuestas de todos.

Los aficionados se revuelven en sus bancos de ladrillo en busca de alguna solución. Los futbolistas se sientan sobre el césped artificial, cuyos materiales han ido perdiendo el color verde hasta derivar en algunas zonas en un azul deslavazado, y los entrenadores vuelven a sus banquillos, donde aprietan las manos contra sus frentes tratando de hallar la manera de reanudar el juego. Después de unos diez minutos de reflexión el portero estalla:

—Esto es ridículo. A este paso vamos a jugar con una pelota de tenis. Me voy.

La cara del árbitro, sentado en el círculo central, se ilumina. Es una idea brillante. El campo se ubica en un centro polideportivo que incluye pistas de tenis y de frontón. Se levanta de un salto —tan rápido que casi se cae de espaldas— y se dirige a los aficionados con su voz estentórea.

—¿Alguien tiene una pelota de tenis? Podríamos terminar el encuentro con ella.

Estallan risas entre el público, pero al viejo le entusiasma la idea.

—Por una vez veríamos un poco de espectáculo. Por favor, si alguien tiene una pelota de tenis que la saque.

Un adolescente, sin parar de reírse, extrae del bolsillo de su pantalón una bola amarilla y se la arroja al árbitro. Este la coge al vuelo, mostrando unos reflejos dignos de un portero profesional, y la examina, dándole vueltas entre las manos y olfateándola.

—Parece en buen estado.

Los capitanes, perplejos, se acercan al árbitro. El del equipo local la bota contra el suelo, la estruja en su mano derecha y le da una patada en dirección a la portería contraria; el de los visitantes hace lo propio. Los entrenadores también se acercan al círculo central y juegan un rato con la pelotita.

—¿Qué les parece, señores? —pregunta el árbitro—. Lo que se propone no es del todo regular, pero es más ético que dar por finalizado el partido. Y nadie podrá acusarnos de escaquear el trabajo.

Los jugadores y entrenadores se reúnen unos minutos, cada uno en torno a sus banquillos, como si hubiera un tiempo muerto. El portero visitante no deja de gesticular, indignado, y cumple su amenaza de marcharse entre los abucheos del público y las recriminaciones de compañeros y rivales. Tras unos minutos de deliberación ambos técnicos dan su beneplácito.

—Muy bien —dice el árbitro—. Se va a reanudar el juego. Que el equipo local mande a fuera de banda el balón, si podemos llamarlo así, para que los visitantes reemplacen a su portero.

Emite un silbo prolongado y el capitán de los locales golpea la pelota hacia un lateral, casi a la altura del córner. El guardameta suplente ingresa al terreno de juego entre los aplausos del respetable, curioso por presenciar el nacimiento de un nuevo deporte.

Pronto se evidencia que esta versión del fútbol es de alto riesgo. Los jugadores, que hasta entonces habían dejado pasar los minutos perezosamente, ahora se afanan en busca de la esquivada pelota. Pero casi siempre se les escabulle; en vez de golpearla le dan una patada a un rival, cuando no a un compañero. El árbitro saca varias tarjetas. Empieza con las amarillas, pero tiene que expulsar a un defensa de los visitantes y a un delantero local enzarzados en un duelo de kárate.

Los aficionados disfrutan del formidable conglomerado de deportes, jalean a los suyos e increpan al árbitro y a los rivales. Los insultos rasgan el aire a la vez que las patadas rasgan las piernas de los futbolistas. Quedan diez minutos y el marcador refleja un festivo empate a cero. El lateral derecho de los locales logra la proeza de cazar la pelota al vuelo y la manda hacia arriba. El viento la desvía hasta la esquina donde se encuentra el árbitro, que recibe un duro impacto en el cuello. Pierde el silbato y se tambalea de dolor.

Dos centrocampistas fornidos se dirigen como búfalos en estampida hacia la pelota. El árbitro está en medio de los búfalos. Todavía con la mano en el cuello, se agacha para buscar el silbato y no los ve venir. Encuentra la pelota. Va a cogerla y a detener el juego cuando recibe dos fortísimos puntapiés simultáneos, uno en la cara y otro en el trasero. Cae al suelo inconsciente, con la nariz sangrante y el pantalón roto. El partido debe continuar.

—Tendríaís que haber visto cómo se le erizaban los pechos mientras yo la sujetaba por el pelo y la obligaba a tragárselo todo.

El hombre elevó su voz sobre la algarabía de un bar de tapas. Agarró un boquerón y lo engulló imitando el modo en que la última rubia había degustado su semen. Su lengua bailó unos segundos en torno al pececito, que fue finalmente succionado por sus fauces de cazador. A su alrededor una docena de orejas masculinas lo escuchaban fascinadas, como si la historia tuviese el encanto de la novedad.

Cada semana el hablador se inventaba una nueva conquista, Se enorgullecía de su inexistencia porque el esbozo del cuerpo apenas atisbado en su mente era lo bastante poderoso como para sugerir a sus colegas. No importaba con cuánta concreción formularan sus preguntas acerca de los momentos más excitantes. Él siempre tenía una respuesta convencida y convincente.

Cuando hubo consumido seis o siete cervezas y notó que las risas empezaban a decaer, decidió apurar su último cigarro restregándolo en el cenicero con lenta satisfacción.

—Así es como me despido de todas las mujeres. No son distintas de cualquiera de estos cigarrillos —afirmó en un tono ya claramente marcado por el alcohol.

Entonces se levantó para irse, no sin antes estrechar manos con los amigos menos íntimos y abrazos con los más cercanos. Al llegar a su domicilio, que solo compartía con algunos insectos, arrojó el abrigo sobre una silla y se tiró en la cama, quitándose apenas los zapatos.

—¡Eh! Ten cuidado, hombrecito.

Con pasmo vio cómo una rubia bullía entre las sábanas.

—¿Quién eres tú?

—¡Tú sabrás!

Salió de la cama y se fijó mejor en la mujer, arrepintiéndose de inmediato. Tenía la nariz aplastada y torcida; la cara asimétrica, con el pómulo derecho contraído hacia dentro y el derecho estirado hacia fuera; las cejas parecían pertenecer a dos personas distintas, pues describían formas incompatibles, la izquierda una C combada y la derecha casi una recta terminada en punta; y los ojos poseían tonalidades distintas, uno gris y el otro marrón, ambos fríos y muy hundidos en las cuencas.

—Pero... ¿qué eres tú?

—¡Tú sabrás! —repitió la mujer, cuya agudo chorro de voz rebotaba en las paredes.

La rubia contaba, eso sí, con pechos prominentes y una boca repintada y carnosa.

—Vete a dormir al sofá, que yo he llegado primero.

—Pero... ¡esta es mi casa!

—Oye, a mí qué me cuentas. Yo estaba muy tranquila sin existir hasta que te empeñaste en darme forma y sustancia. Ahora tendrás que ocuparte de mí, por supuesto. ¡De aquí no pienso moverme!

El hombre, un tanto mareado por el alcohol, decidió echarse en el sofá, durmiéndose con el convencimiento de que aquello era fruto de un trastorno que se evaporaría por la mañana. Pero por la mañana el trastorno se convirtió en invasión. Doce mujeres, una por cada semana de charla fantasma, se habían instalado en su piso de cuarenta metros cuadrados. Puesto que no cabían en el pasillo que conectaba todas las habitaciones, algunas se apretujaron bajo las mesas o sobre la cama, formando una colina de cuerpos. El charlatán incluso encontró a una pe-lirroja vegetando en la nevera y roncando con toda su alma, si es que tenía alma.

Sin embargo la mayoría de okupas no paraban de discutir a gritos, se dirigían miradas eléctricas, se zarandeaban y pisoteaban los muebles y el sofá. El hombre trató de expulsarlas, pero todas se confabularon en su contra, lo obligaron a recular y lo expulsaron a él.

Pensó en llamar a la policía, pero recordó sus antecedentes y prefirió recurrir a sus amigos. Acudieron a la llamada los seis irreductibles del bar, armados con bates de béisbol y puños americanos y dispuestos, en principio, a convertir su casa en una carnicería. Se juntaron en un estrecho pasillo doce mujeres (todas poco agraciadas de cara, como talladas por un mal escultor, pero de cuerpos bien provistos) con seis hombres un tanto necesitados. Las féminas se distribuyeron —dos para cada hombre—, los besaron, los agarraron de la cintura y bailaron con ellos: los bates y los puños americanos cayeran al suelo y quedaran olvidados.

—A ti también te ha engañado, ¿verdad? —le susurró la única morena al hombre que el teórico propietario del piso consideraba su primera amistad.

—¿Sois reales o no?

—Tan reales como la imaginación puede conseguir. Y esto es mucho, pues no hay nada tan seductor como lo que no existe —y le besó la oreja.

El dueño contempló atónito a los seis tríos desnudándose en un palmo de pasillo, en un rincón de la cocina, en una esquina de la cama. Las mujeres se competaban para darle placer a los hombres y a sí mismas, y aún les sobraba energía para dispensar gestos de burla y dedicar masturbaciones a su creador. Este, con las uñas rasgándose las palmas de las manos y los ojos despidiendo fuego, se abrió paso entre cuerpos desconocidos, sorteó varias zancadillas y saltó hasta el armario donde escondía una última defensa: su revólver.

Lo empuñó con toda la firmeza que le reclamaba su desesperación. Apuntó al sofá rojo donde retozaba el grupo más cercano, no ya un trío sino un sexteto desordenado e impúdico. Estuvo tentado de apuntar al miembro erecto de su mejor amigo (o el menos malo), pero prefirió despedir la carga en los pechos de la pelirroja porque le parecieron un objetivo casi imposible de fallar. Disparó una, dos, tres, cuatro, cinco veces hasta agotar la potente munición del Magnum.

Una fumarada singular cubrió la estancia, provocando los estornudos del pistolero y de las víctimas. Se levantó un humo translúcido que dejaba entrever en la pared las grietas abiertas por los disparos. Trató de palparlo; era viscoso y frío. Pero no tenía tiempo, medios ni conocimiento para analizar la composición de aquellos gases. Solo podía pensar en la increíble falta de puntería que había mostrado al no acertar en las tetas de la pelirroja.

¿Pero dónde estaba la pelirroja? Todas las mujeres se habían esfumado de un modo tan súbito e inexplicable como su aparición. Quedaron los hombres, que se levantaron poco a poco de sus nidos de placer y buscaron con caras estreñidas sus calzoncillos y sus camisetas. Varias bocas y brazos furiosos insultaron y zandearon al dueño del piso.

—¿Y tus mujeres, mamarracho?

—¡Nos las quitaste, envidioso de mierda!

—¿Qué te costaba quedarte con una? ¿Por qué cojones tenías que ponerte a disparar a lo loco?

—¡Desgraciado!

Se marcharon entre gestos de frustración, se disipó el humo y él se quedó a solas mirando sus paredes agujereadas.

¿Yo, muerto?

Para fingir tu muerte hay que estar bastante desesperado. Supone cortar todos los lazos con la vida, desaparecer de cara al resto del mundo y existir a sus espaldas, en las sombras y en las enredaderas. Yo sé bastante de enredos, pero nunca me he metido en uno tan grande como cuando simulé mi fallecimiento. No lo hice por temor a ser asesinado o atrapado por la policía. El único crimen del que se me ha acusado consiste en no tocar bien la guitarra.

Lo que para la mayoría puede ser cosa baladí se convierte en trascendental si tu profesión es la música y eres el guitarrista de un popular grupo de rock. Para mí era muy importante, desde luego, aunque no tanto como para pensar en el suicidio. Es muy duro vivir por y para la música y que te digan que no sirves, o que no lo das todo, o que tus dedos ya no se deslizan por las cuerdas con la misma destreza ni el mismo vigor de antaño.

Pero lo peor es que los miembros de mi propio grupo (mis hermanos de sangre musical, aquellos con quienes he compartido mis sueños y mis aires de grandeza) llegaron a creerlo. Uno se da cuenta en pequeños detalles... te informan tarde de la modificación en la hora del ensayo, te excluyen de ciertas decisiones acerca de las giras, el mánager reduce paulatinamente tus intervenciones en los medios, se miran con recelo y se rechazan con premura tus propuestas compositivas...

El golpe definitivo me lo asestaron en un concierto en Londres. El vocalista se “olvidó” de presentarme. ¡Mencionó solo al bajista y al batería! Nuestras presentaciones eran un auténtico ritual. Lo manteníamos en parte para enfervorizar a las masas después de la primera canción, en parte para recordarnos lo desconocidos que éramos al principio.

Me sentí en el escenario como un fantasma tocando en un universo diferente al de mis compañeros. Expresé mi frustración a través de la guitarra con un sonido ácido y empeoré a posta varias canciones. El público ni se enteró, pero ellos sí; aun tuvieron el valor de encabronarse después. Tras una discusión airada tomé una decisión irrevocable, como casi todas mis decisiones. Me iría de vacaciones una larga temporada, al Caribe por ejemplo, alquilaría un apartamento y nadaría en el mar lo más lejos que pudiera. Dicen que los viejos roqueros nunca mueren... yo mataría de joven lo que en mí había de roquero, antes de que se expandiera como un tumor estridente e inextirpable.

Entonces llegó el accidente. Mi hermano gemelo, mi VERDADERO hermano, muerto en un miserable accidente doméstico. Fui a verlo a la vieja casa de mamá,

donde vivía solo desde que ella falleció. A nadie más pensaba contarle lo de mi viaje. Y me lo encontré tirado en el suelo, ensangrentado y con la cabeza atravesada por brillantes pinchos violetas desprendidos de la lámpara de araña del salón. Joder, siempre le dije que se iba a caer cualquier día. Él me contestaba que le recordaba a mamá y que no se quebraría mientras no se celebrase ningún concierto en casa. Y tuvo que romperse encima de su cabeza y matarlo. Uno espera que los demás sobrevivan a sus errores y que le hagan caso cuando se demuestra que tiene razón. Pero la razón, en un asunto así, te convierte en cómplice de la desgracia. Yo mismo podía haber retirado en mil ocasiones esa lámpara puñetera.

Sentí una rabia tal al percatarme de su muerte que pateé el cadáver y esparcí los restos de vidrio por todo el salón. Sus ojos estaban cerrados y su frente arrugada. Una palidez amarillenta había escalado su rostro, mezclada con la sangre todavía húmeda. Debí de sufrir el impacto mientras veía la televisión tumbado en el sofá, cayéndose luego y arrastrándose unos metros antes de morir.

Qué final tan injusto para un hombre tan íntegro. Siempre quise mucho a mi hermano, el abogado silencioso e insensible a los placeres de la música; diría que a todos los placeres. Cogí uno de los vidrios rotos y lo despedacé entre mis manos. La sangre que brotó de mi piel señaló que la rabia había dejado paso al dolor.

Debí de velar el cadáver unas horas. Mi mente giraba como una de esas máquinas de las recreativas donde los juguetes se extraen mediante garfios metálicos. Trataba de arrancar de mi cerebro una idea, una acción, pero una y otra vez el garfio se enganchaba con mis pensamientos.

Me perdía en esos devaneos cuando recordé que nuestra madre me había obligado a dejarle en herencia todos mis bienes. Buscaba evadirme del mundo, pero mi hermano se había marchado mucho más lejos de donde yo pretendía llegar. No iba a matarme, pero podía tomar sus documentos, asumir su identidad y seguir en cierto modo su concepción ascética de la vida.

No resultó agradable, pero en aquel momento me pareció lo mejor. Limpié la porquería, me cubrí con una capucha y cargué el cuerpo en una caja de cartón que introduje en el maletero de mi todoterreno. Recorrí kilómetros y kilómetros de pistas forestales, me adentré en la maleza y lo quemé en un lugar apartado. Mientras las llamas carbonizaban sus despojos, creí ver mi propio rostro reflejado en el fuego naranja.

Volví a mi casa, escribí una nota en la que anunciaba mi suicidio y me trasladé a la residencia del muerto. En cuanto pude partí al extranjero, aunque antes tuve que asistir a mi propio funeral, celebrado sin cuerpo y sin espíritu pero con cámaras de televisión. Pronuncié unas palabras poco convencidas en mi honor y

50/ defendí una vida consagrada al arte y a la sensación del sonido. No me costó suplantarlo a mi hermano: bastaba con mostrarse taciturno y agradecer las condolencias a los presentes, muchos de los cuales eran conocidos para mí y desconocidos para mi hermano, es decir, se presentaban ante un muerto y le daban el pésame por un vivo.

La única situación tensa se produjo cuando el vocalista, a quien detestaba con especial encono, me ofreció su mano. Rehusé estrechársela, así que fue a buscarla casi hasta mi cintura. Se la estrujé con rabia contenida y comprobé satisfecho que más tarde se la sacudía de dolor.

Tras el entierro tuve libertad para vagar por el planeta. No me preocuparon demasiado los rumores acerca de la falsedad de mi fallecimiento. Algún periodista mencionó las desavenencias surgidas en el grupo como posible móvil del suicidio, revelando información que solo podía haber obtenido desde dentro. Las declaraciones públicas de mis antiguos compañeros, manchadas de parabienes, me enfurecieron. Dijeron que era insustituible y que el conjunto había muerto conmigo.

Poco después dejaron de tocar juntos. Lo leí mientras la brisa de una playa caribeña revolvió los pocos pelos que había perdonado en mi cambio de look. Mi orgullo se envaneció. Me puse a correr y a gritar como un loco por la costa, pegando saltos y destruyendo un par de castillos de arena a mi paso. ¡Lo sabía! Sabía que no irían a ninguna parte sin mí.

Esa misma tarde acudí a una tienda de música y en contra de todos mis propósitos de enmienda compré una guitarra clásica, modesta y de reducidas dimensiones, similar a la primera que tuve. Acariciar sus cuerdas frente al mostrador, aun simulando cierta impericia, me produjo un placer superior a las arrumacos de cualquier mujer. El vendedor me recordó mi parecido físico con el célebre roquero fallecido hacía tres meses. “Ojalá pudiera tocar como él”, respondí con modestia.

Regresé al apartamento en el que me alojaba y me recliné en el dormitorio. Cerré los ojos y pulsé de nuevo las cuerdas: los sonidos brotaron sin dificultad. Las guitarras se expresan en un lenguaje de símbolos furtivos. Algunas suenan como animales hermosos y exóticos; otras igual que bestias acorraladas. Ella ladraba cual cachorro recién nacido en espera de su amaestramiento. Rejuvenecí (o volví al pasado, que es quizá la única manera de hacerlo) en media hora de actuación para mí mismo.

Noté el virus del rock mordéndome en el estómago. Desde mi supuesta liberación me había aburrido casi todo el tiempo. Todavía no había cumplido los treinta

y cinco; no podía imaginar una vida salpicada de tranquilos chapuzones en la playa y visitas a museos. Sabía que, más temprano que tarde, volvería a rodearme de drogas. Sobre todo no concebía una existencia desprovista de música; aún me sentía capaz de crear, de crearme. Quizá para disfrutar de un nuevo amanecer se necesite un crepúsculo muy denso.

Me rapé y me dejé una barba en forma de U. Mi nuevo aspecto me permitía no reconocirme del todo y borrar las sombras de mi antigua identidad. Formé un grupo con tres tipos de escaso talento a los que adiestré en el arte de la conjunción musical, a veces tan improbable como una conjunción astral. Empezaba a no saber qué hacer con ellos —y a plantearme una carrera de solista— cuando de nuevo cayó en mis manos un periódico que refería la actividad de mis ex compañeros. Habían decidido reagruparse y buscaban un guitarrista que me hiciera olvidar.

Inventé un plan perverso para castigarles de un modo artístico. De cara a la burocracia seguía siendo el hermano de un músico famoso. El apellido era la única rama que me enzarzaba al pasado, así que me desprendí de él. Un fajo de billetes bastó para rebautizarme como Richard Newman y otro más grande para rediseñarme el rostro. Pronto tomé un vuelo a Estados Unidos y recurrí a mi vieja lista de contactos con fin de concertar una prueba.

El mánager me preguntó acerca de mi currículum. Le confesé mi inexperiencia, pero le abrumé hablando de acordes, ritmos e intervalos. Mediante esa estrategia logré comunicarme directamente con el vocalista, al que convencí enseguida. Es mal signo que el liderazgo del grupo lo ejerza un simple cantante, en especial si sus conocimientos musicales palidecen comparados con los de quienes se enfrentan a la composición del sonido. Esa fue una de las razones por las que se vinieron abajo. La principal, sin duda, desdeñar mi trabajo y cabrearme. O eso pensaba yo.

Me presenté ufano a la prueba. La estancia poseía una buena insonorización: era de amplia base cuadrada, revestida de madera de abeto y pavimentada por una superficie de hormigón. Algunos instrumentos yacían bajo unos muebles, tras los cuales se ubicaban los aparatos empleados para controlar el sonido. Me estremecí al comprobar que conservaban mi guitarra, cubierta por el polvo. ¿Acaso pensaron que, guardando mi instrumento, sujetarían mis capacidades?

“Tenéis un buen equipo”, dije mientras les estrechaba la mano, sonriente y enérgico. En cuanto a ellos... su aspecto no distaba mucho del que mostraran en nuestros últimos ensayos: llevaban largas melenas, cinturones anchos y camisetas oscuras. La del vocalista, adornada por un escorpión rojo, acaso hubiera encajado

52/ bien en un adolescente. El tiempo les había golpeado con fuerza. No asomaban arrugas en sus caras, pero daba la impresión de que los habían criogenizado y descongelado cien años más tarde.

Parecían sorprendidos por mi seguridad y mi entusiasmo. Tenía unas ganas dementes de asir mi instrumento con fiereza y exprimir todas sus notas. Por lo que pude leer, la banda había fracasado en su intento de alcanzar un sonido pop almidonado – lo que forzó su separación – y ahora sus integrantes trataban de recobrar el vigor roquero de sus inicios. Les faltaba un guitarrista: ese iba a ser yo. Los cautivaría de un modo tal que se arrodillarían y suplicarían mi regreso. Y entonces los dejaría postrados y les gritaría su ruina en la cara.

Empezaron a tocar una de mis mejores canciones: *Let me with me*. ¡Qué mal lo hacían! La batería sonaba tan torpe como un tambor arrítmico; el bajo gemía igual que una bestia apaleada; la voz del vocalista zahería el aire; el ruido dañaba los tímpanos de tan bronco, desagradable y estúpido. Ni siquiera se coordinaban de manera correcta. Recordaba perfectamente (yo la había compuesto) que la canción se iniciaba con dos golpes del batería, cuyo sonido se iba fundiendo primero con el del bajo y después con el de la guitarra hasta detenerse a los nueve o diez segundos, momento en que comenzaba la letra.

Ahora las palabras se precipitaban antes de que el batería cesase en sus mamporros y de que el bajista hubiera establecido la melodía. Un completo desastre. Pensé que ni siquiera conmigo podrían tocar como antaño, pero estaba seguro de que mi intervención mejoraría el conjunto de un modo tan notable que los impresionaría.

El bajista me indicó en qué instante debía iniciar mi percusión: “Justo al mismo tiempo que yo, ¿de acuerdo?” No protesté: se suponía que los admiraba y quería unirme a ellos. El vocalista se situó junto al micrófono e hizo un gesto hacia atrás con la cabeza. Arreciaron los golpes del batería: pum, pum, pum. Empecé a tocar antes de lo que me habría gustado y después de lo que habíamos convenido.

Tuvimos que repetir la arrancada varias veces. Contuve saliva y el deseo de explicarles cómo demonios se tocaba *Let me with me*. Al fin logré adaptarme a su decrepitud artística y la melodía fluyó mal que bien. Completamos la canción en tres ocasiones y ensayamos con otras dos de la época en que había pertenecido a la banda. Me sentía cada vez más a gusto, incluso nostálgico. No eran tan malos si les prestaba mi talento.

Al concluir la prueba me extrañó su falta de reacción. No se mostraron sorprendidos ni decepcionados, sino apáticos en toda la extensión corporal de la palabra. Con los hombros caídos y las miradas bajas dejaron apalancados sus

instrumentos. El vocalista se acercó a mí y habló con voz triste mientras negaba con la cabeza.

—Lo siento, tú tampoco la tocas como él.

En mi vida tuve tantas ganas de suicidarme.

El peso de un recuerdo

Abrió su teléfono móvil, un Nokia de los baratos: un mensaje nuevo de Vodafone. Supuso que sería publicidad, promociones, lo de siempre; pero no. “Le notificamos que ha ganado un fabuloso viaje a Miami para dos personas. Pase a recoger su premio en cualquier establecimiento Vodafone. Muchas felicidades.”

Lo releyó un par de veces. No parecía falso, no había que llamar a ningún otro sitio ni mandar un SMS para entrar en un sorteo que a su vez desembocaría en otro y que terminaría por quedar vacante, ante la exasperación de los usuarios. Solo pasar a recogerlo y ya está. Tenía una tienda Vodafone a dos minutos de su casa. Pensó en ir, pero enseguida se le quitaron las ganas. No iba a ser más feliz en Miami que aquí.

Llamaron al timbre. Alfonso abrió la puerta y ayudó a Miguel a colocar las bolsas de la compra.

—¿Qué tal, campeón?

—Bien, bien, y tú —contestó Alfonso.

Miguel era un buen amigo y un buen compañero de piso, salvo por su molesta costumbre de traer a su novia los fines de semana. La vivienda era pequeña: apenas cincuenta metros cuadrados un tanto polvorientos con muebles roídos por el uso, radiadores que a duras penas calentaban, cubiertos doblados en la cocina, vasos de plástico para los invitados y, de fondo, ruido de obras incesantes. A Miguel acababa de ficharle el CAI Zaragoza. Su cabeza rozaba el techo cuando erguía sus casi dos metros de altura. Era un tipo lleno de alegría y de energía que se despertaba dando botes incluso después de la fiesta más agotadora. Aunque se esforzaba en contagiar a Alfonso, este parecía inmune al entusiasmo.

—Me ha tocado un premio por SMS. Si lo quieres, te lo regalo.

—¿Un premio? ¿Ves como no eres un tipo tan desafortunado después de todo? —comentó Miguel mientras le daba una palmada en la espalda.

—Un viaje a Miami para dos personas. Puedes ir con tu novia.

—¡Pero te ha tocado a ti, machote! Como mucho podemos ir juntos. Aunque fijo que prefieres que te acompañe la chica de la que me hablaste el otro día, pillo.

—¿Eh? No, no, seguro que escogería irse con otro. Además a mí no me gusta

54/ la playa. Vete con Irene y así no tendré que pasarme el sábado dando vueltas por ahí para que vosotros...

—¿De verdad me lo regalas?

—Sí. Toma el teléfono y pídeles los billetes.

—De acuerdo, si no quieres ir... Muchas gracias, tío.

Miguel le estrujó la espalda con sus brazos, provocando que Alfonso se encogiera y apretara los dientes de dolor. Recogió el móvil, abrió la puerta y, antes de marcharse, le preguntó una última vez:

—¿Estás seguro de que...?

Alfonso sonrió unos milímetros a la vez que asentía con la cabeza. Cuando su amigo se hubo marchado se hundió en el sofá naranja del salón. Lanzó un suspiro prolongado, como si quisiera expulsar con él todas sus penas. Se había acostumbrado a los suspiros y a las lágrimas mucho más que a las risas. En sus momentos de soledad, la fotografía del rostro de su padre —situada encima del televisor, en un marco de madera noble— ejercía de poderoso imán. Había fallecido a los cuarenta y seis años recién cumplidos. Era el candidato del partido que iba a ganar las elecciones, pero la muerte lo escogió antes que el electorado. Le sobrevino un infarto y falleció durante la jornada de reflexión. Pese a que nunca habían estado muy unidos, desde entonces Alfonso no recordaba la alegría.

Observó el retrato con asombro y terror. Conocía de sobra la expresión de su padre en la fotografía: amplia sonrisa plateada, ojos de verde vivacidad, cabello oscuro recién ordenado por su estilista. Pero ahora su sonrisa se había evaporado. Su rostro amarillo se asemejaba al de un muerto salvo por dos lágrimas que se deslizaban por sus mejillas. Alfonso parpadeó varias veces y, cuando volvió a mirar la imagen, esta se había restablecido.

Se levantó con sigilo, indeciso ante aquel misterio. Se arrodilló junto al retrato y lo observó de cerca. Acarició el marco, que no había tocado desde que lo ubicara sobre la televisión. Era suave, como si la madera lo acariciara a él. Se aproximó tanto que rozó con su nariz la de su padre.

Cuanto más miraba, más forzada le resultaba su sonrisa y más falsos sus ojos. La suya era la típica expresión electoralista de un candidato a la presidencia del gobierno. Esa foto se la había tomado después de un discurso en Madrid, pocas semanas antes de su muerte. Alfonso recordaba la fecha: el 13 de febrero de 1984, día de la celebración del Campeonato de Natación Infantil en Pista Cubierta, en el que terminó en segunda posición. Su padre se disculpó por teléfono horas más tarde por no haber acudido al sueño de su hijo; Alfonso no volvió a nadar.

Decidió quitar la foto con la esperanza de alejar su pesadumbre. La agarró por un extremo y trató de levantarla. Pesaba mucho, tanto que no pudo desplazarla ni un centímetro. Lo intentó con las dos manos, tirando con todo su cuerpo... pero no hubo manera de moverla. Ahora la sonrisa de su padre se burlaba de él.

Volvió a sentarse en el sofá, jadeante y perplejo. Aquello era ridículo. Cuando colocó el retrato no recordaba que le hubiese costado el menor esfuerzo. ¿Acaso la imagen se había ido alimentando de toda su desdicha? ¿Ese era el motivo de su peso inhumano?

Alfonso fue a lavarse las manos al cuarto de baño. Mientras se limpiaba, imaginaba el ojo escrutador de su padre traspasando las paredes para vigilarlo. No podía seguir viviendo con él, o lo que restaba de él. Por fortuna Miguel se había olvidado su móvil. Le dijo que tenía un problema grave y que necesitaba su fuerza física. Su amigo apareció en menos de diez minutos.

—¿Qué pasa?

—Se trata de mi padre. No quiero seguir viviendo con él. Necesito desprenderme de su recuerdo.

—¿Qué dices?

—Por favor, agarra ese retrato de ahí y sácalo de casa.

Miguel se volvió para seguir la trayectoria del dedo índice de Alfonso.

—Pero es muy importante para ti. ¿Estás seguro de que...?

—Hazlo, por favor.

—Espera. ¿Me has llamado solo para eso? ¿Te encuentras bien...?

—Sí. Pero yo no puedo moverla. Me pesa demasiado.

—Eso es absurdo, Alfonso. Una foto no pesa dos toneladas.

—Esta sí. Lo he intentado de todas las maneras. Quizá entre los dos logremos...

Miguel chascó la lengua y la levantó sin ninguna dificultad.

—¿Lo ves? Toma, cógela.

Se la pasó a Alfonso, que negaba con la cabeza a un metro de distancia. Aunque trató de atraparla al vuelo, en cuanto uno solo de sus dedos entró en contacto con la fotografía se hundió bajo su peso. Cayó de espaldas y se retorció, tratando en vano de enderezarse. Parecía al borde de la asfixia cuando Miguel, sobrecogido, le arrancó el retrato de las manos.

—¿Qué demonios...?

—Te dije que pesaba demasiado.

Alfonso se puso de pie entre jadeos y miró con temor la imagen de su padre.

—Tenemos que deshacernos de ella. Tírala por la ventana. ¡Ya!

No tuvo que repetírselo. Miguel arrojó la foto a la calle tan lejos como pudo. Antes de perderse golpeó la pared del edificio contiguo. La madera chirrió con violencia, enfrentada al ladrillo.

—Ya pasó, Alfonso. Ya pasó.

Miguel lo envolvió en un abrazo todavía más fuerte que el anterior. Después de las muestras de afecto Alfonso se dirigió al cuarto de baño para lavarse. Mientras lo hacía se sintió otra vez observado, pero desde dentro, como si tuviera dos ojos verdes y una sonrisa siniestra en su intestino.

A sus 64 años nadie tenía derecho a decirle cómo debían hacerse las cosas. Él ya sabía todo lo que necesitaba para vivir y para volar. Había combatido en la Segunda Guerra Mundial al mando de una brigada paracaidista del Ejército de los Estados Unidos. ¿Cómo iba a admitir a estas alturas que le enseñaran la manera de abrir el artefacto que había llegado a ser una prolongación de su propia piel? ¡Qué despreciable forma de insultar su inteligencia! Y encima le recomendaban que hiciera un curso preliminar y que se dejase acompañar por un experto. Qué irrisorios serían los conocimientos de cualquiera comparados con los que él había atesorado en su dilatada experiencia militar, repleta de aterrizajes en el corazón de las líneas enemigas.

Había visto el anuncio en un cartel situado enfrente de su casa. “Curso de paracaidismo. Salte de la mano de un experto, sin ningún peligro, y disfrute de una experiencia única”, rezaba. Para él no sería única y la ausencia de riesgo le irritaba más que tranquilizarle. Pero quizá le serviría para recordar los tiempos en que luchaba contra los nazis. Estaba harto de la vida moderna, de la televisión y de los ordenadores, ese extraño invento que fascinaba a su hijo (a quien no veía desde hacía años).

Se decidió rápido. Saltaría en paracaídas al día siguiente, sin necesidad de cursos previos ni de un instructor que le cogiera de la mano. Apuntó el número en un papel y llamó por teléfono en cuanto llegó a casa.

—Quiero saltar mañana —dijo en un tono castrense.

Una simpática voz de mujer le respondió al otro lado de la línea.

—Señor, está todo reservado esta semana. Pero, si lo desea, puedo guardarle una plaza para el próximo jueves.

—Muy bien, que así sea —gruñó.

—Le recuerdo que la edad máxima para saltar es de 65 años.

—¡No son tan viejo, maldita sea!

No era tan viejo, pero casi (aunque su estado físico tenía poco que envidiar al de un hombre de cincuenta). Iba a cumplir los 65 el viernes siguiente. Se regalaría ese salto y demostraría que aún podía ser paracaidista sin ninguna ayuda, a diferencia de todos esos jovencitos a los que había que abrir el cordón de apertura para que no se estrellaran.

El jueves por la mañana se confundió su vieja chaqueta militar, de color verde oscuro y ennoblecida por la dorada Medalla al Honor que le había otorgado el presidente Truman por su intrepidez en combate. Se colocó con la espalda muy recta en el asiento de su Jeep. Hacía meses que no lo lavaba porque el polvo que lo cubría le daba prestigio.

Condujo hasta el aeródromo situado a las afueras de San Antonio. Le adelantó por la carretera un Ferrari descapotable conducido por un joven con gafas de sol. Llevaba la música a todo volumen (una horrible melodía pop desfasada antes de nacer). El viejo le miró un momento con furia antes de que se perdiera por las curvas ondulantes como la estela de un cohete. ¿Qué habría hecho ese chico para merecer un Ferrari? Nada, seguramente. A los jóvenes se lo dan todo hecho, pensaba, y por eso pueden vivir en la Luna y de la Luna. Esa era la gran noticia del año: la llegada a la Luna. ¡Qué mundo tan absurdo!

Las fotografías de los paisajes lunares no le impresionaban, pues había visto otros similares formados por las explosiones de las bombas. Pero eso no lo sabían los aficionados que esperaban en el aeródromo, mientras él dejaba el Jeep en un aparcamiento al aire libre. Ninguno de sus compañeros, si podía llamárseles así, superaba los cuarenta años. La mayoría, vestidos con camisetas de manga corta y colores chillones, reían y hablaban entre ellos y con los expertos que iban a explicarles lo que él ya había aprendido mucho tiempo atrás.

Un helicóptero reposaba en el centro de la pista, de unos trescientos metros de longitud. El aire cálido empujaba una nubecilla de polvo que el viejo inspiró con placer. El intenso calor le aportaba una dosis de tensión necesaria. Se acercó al grupo, compuesto por ocho personas más dos instructores, con la frente y el cuello bien erguidos.

—Buenas tardes. ¿Usted es... Jeff Warrock? —preguntó un tipo rubio consultando una hoja de papel.

—Sí, soy yo. Estoy listo para saltar.

Unas risitas surgieron a su alrededor. Warrock les dirigió sus arrugas, su tez curtida y sus ojos saltones. La dureza de su mirada apagó al momento las burlas. Uno de los instructores le contestó que primero darían una clase teórica y que no saltarían hasta la semana que viene. Warrock chascó la lengua y negó con la cabeza.

—No necesito ninguna lección. Comprendo lo que significa ser paracaidista mucho mejor que cualquiera de vosotros. Hoy hace un día estupendo y no voy a esperar. Quien se atreva, que salte detrás de mí.

Se dirigió sin que nadie pudiera detenerlo hacia el paracaídas, que se hallaba entre el helicóptero y los aficionados. Pese a las protestas de los instructores, sujetó el artefacto (de color rojo, con manchas amarillas) con su mano izquierda y comenzó a explicar con la derecha cómo se colocaba dentro del contenedor, el modo de activar el cordón de apertura y la forma correcta de embutirse el arnés, el casco y las gafas.

Unos minutos después, un corro de mujeres y hombres sentados en el suelo escuchaba atentamente a Jeff Warrock desgranando todos los secretos del paracaidismo. Sus bocas no se abrían salvo para preguntar algunos detalles que no les habían quedado claros y que el viejo resolvía sin dificultad. Se sentía como el capitán de una brigada de soldados novatos a los que instruía en los momentos previos a un salto que podía ser mortal o glorioso, pero nunca trivial. Pese a su aspecto de pijos frívolos y malcriados, se mostraban inquisitivos y con ganas de aprender. Los instructores, al principio reacios a aceptar la intrusión, se colocaron junto a los otros, al evidenciarse que el último en llegar aventajaba en mucho sus conocimientos.

—Bien, ha llegado el momento de observar a un auténtico experto en acción. Este helicóptero tiene seis asientos, así que cinco de vosotros subiréis conmigo.

Jeff Warrock se montó en el aparato, un modelo azul de pequeñas dimensiones. Antes de enrolarse en la brigada de paracaidistas había gobernado un caza y, comparado con la rapidez y precisión que le exigían los aviones enemigos, el manejo del helicóptero se le antojaba un viaje de placer. Tampoco le impresionaban los numerosos indicadores circulares de la cabina ni las dos palancas que debía controlar. En realidad le parecía un pájaro amaestrado y sin carácter.

Los cinco pasajeros incluían a un instructor, que le reemplazaría como piloto cuando se arrojase a tierra. El viento era leve y el cielo se encontraba despejado. El despegue se efectuó con limpieza. Warrock utilizó la palanca derecha para controlar la dirección y la izquierda para regular la velocidad. Los pasajeros se asomaban desde los asientos y observaban admirados cómo el viejo piloto les llevaba hacia algún punto de la atmósfera, desde el que se lanzaría sin más protección que el paracaídas. El instructor, por su parte, vigilaba el mapa de ruta, los movimientos de Warrock y el indicador de la altura. Tras media hora de viaje le advirtió de que rozaban los 4000 metros.

—Ya lo sé. No te preocupes. Calla y mira, que ya te avisaré cuando sea tu turno —gritó por encima del ruido del motor.

Warrock bullía de placer en su hábitat. De haber podido controlar la gravedad, habría construido su hogar en el aire. Llevaba una década sin volar y, pese a que

60 / sus capacidades no eran las mismas que en el pasado, se creía invulnerable. Aun contra su voluntad no pospuso en exceso el momento del salto. Consultó el mapa y avisó al instructor de que iba a abandonar la cabina, así que debía sustituirlo de inmediato. El cambio se efectuó con presteza, aunque hubo dos segundos en los que el helicóptero se tambaleó sin gobierno y amenazó con caer en picado, provocando algunos gritos en las plazas traseras. Pero pronto el nuevo piloto recuperó el control y enderezó la máquina.

Jeff Warrock se puso el casco y las gafas y agarró con fuerza el paracaídas. El tacto de la tela le pareció menos regio que en tierra. Tanto daba. Una corriente de aire le sacudió el rostro mojado en sudor. Se colocó el arnés sobre los hombros y se despidió de su tripulación con un movimiento de la mano. No logró evitar un temblor en los dedos al fijar el arnés a sus piernas. Dejó que esa excitación inigualable que no había experimentado desde la guerra recorriera cada célula de su cuerpo. Antes de saltar todavía se giró y distinguió sombras que le animaban cerrando los puños en un gesto de coraje.

Se irguió y sacó pecho, con el orgullo de quien se sabe ganador de la batalla, para medirse una vez más —la última— a la fuerza de la gravedad que se concentraba en su figura. Se precipitó desplegando los brazos como alas y gritando algo contra los nazis. Cayó a una velocidad de 200 km/ hora; más rápido se deslizaron las imágenes en su cerebro. Vio a sus primeros reclutas, su primer paracaídas, a su primera mujer, a la última y a su único hijo, que debía de vegetar frente a un ordenador. Cerró los ojos y se recreó en aquellas evocaciones. Mientras descendía al abismo sintió que su masa se descomponía en el cielo. El paracaídas nunca se abrió.

Mi trabajo es un tanto desagradable, incluso equiparándolo con el de los sepultureros. A ellos se les compara con los buitres que se alimentan de los muertos. Sin embargo, nunca se ven obligados a ahuyentar a los gusanos o las aves que devoran los cuerpos en putrefacción.

Me llaman el guardián de las almas, un título que deploro por su grandilocuencia. Casi nadie pronuncia la palabra “alma” de manera normal. Muchos exageran y alargan las dos primeras letras, como si creyeran que la suya les fuera a abandonar si no le diesen coba.

Las ánimas son pesadas y orgullosas. Durante la existencia del sujeto permanecen encerradas en su interior. A juzgar por sus actos parecería lógico suponer su inexistencia, como de hecho conjeturan algunos humanos. Pero, una vez se ha descompuesto la carne en la que parasitan, convirtiéndose en un refugio débil y desagradable, rompen los últimos pedazos y salen al exterior. Las más revoltosas se manifiestan en forma de fuegos fatuos, pesadillas o apariciones. Esto resulta de gran inconveniencia para los vivos, que no reconocerían un alma ni aunque estallara en fuegos artificiales delante de sus narices y escribiera su nombre en el cielo. Tan solo notan, al presentirlas, una vaga inquietud o una comezón cuyas consecuencias pagan sus semejantes.

A veces me pregunto qué utilidad tienen y si serían prescindibles. Pero, por lo visto, su presencia es inevitable. Se han encargado de crear su espacio y de cerrarlo a intrusiones. ¿Qué se diría de una nación de habitantes desalmados? Se les consideraría extraños y poco confiables. Provocarían el temor a un contagio y se les aislaría.

Por tanto, resulta imprescindible conducirlos a lugares apartados donde se reúnen y discuten hasta el final de sus días —que, por desgracia, son eternos—. Dado que su supresión no es viable, no queda otra alternativa que soportarlos. Mi labor consiste en evitar que se pierdan en el camino hasta sus moradas: viejos museos abandonados, casas ruinosas, barrancos inhóspitos... todos aquellos lugares que los humanos han decidido premiar o castigar con su olvido. Allí reconstruyen una parte de los recuerdos de sus antiguos huéspedes y ciertos aspectos de su personalidad (sobre todo sus peores inclinaciones y la incapacidad para escuchar o comprender a los otros).

Cuando no tengo trabajo los vigilo de cerca y me asombro de su infinito parloteo, su dominio de un léxico de siglos y su talento para interrumpirse e insultarse.

62/ Acostumbran a discutir por la comida, por ejemplo, que no necesitan y en cuyo consumo no encuentran la menor gratificación, salvo la de arrebatársela a otra alma. En realidad cualquier motivo sirve si acrecienta la ira y las críticas de las demás.

Me alejo de las riñas siempre que puedo, con la excusa de satisfacer alguna de sus reclamaciones. Una de las más viejas estriba en recuperar un alma extrañada en España desde hace más de treinta y cinco años: la de un tal Francisco Franco. Al parecer los problemas que ha causado no se acaban nunca. Algunas la califican de traviesa, otras de gloriosa, perversa o desalmada, sin reparar en lo absurdo de ese último adjetivo. Se les ha aparecido a miles de personas, tanto en el sueño como en la vigilia, ya sea pegando tiros o saludando en desfiles, en bragas y en calzoncillos, como un dios o como un demonio. No exagero si digo que se trata de una de las ánimas más buscadas del planeta.

Me dispuse a atraparla por cualquier medio a mi alcance. Comencé mi búsqueda en el Valle de los Caídos, donde se dice que se hallan sepultados sus restos. Pero un alma no aguanta tantos años bajo la sombra de un organismo que se ha convertido en un amasijo de huesos. Les indigna que los miembros en que antes viajaban gratis se marchiten de un modo tan gris y deprimente. No rondaba por allí.

Escuché rumores que insinuaban su presencia en un lugar llamado Congreso de los Diputados. Allí suelen mentar a Franco, sin constancia pero no del todo esporádicamente. Creí que podría colarme en alguna de las sesiones que celebran los políticos y distinguir una huella de su alma en sus bocas, entre las columnas o bajo los asientos. Atravesé las puertas del Parlamento —lo único que perciben de mí los humanos son mis letras, si lo deseo— y seguí el rumor de las voces provenientes de una cámara plagada de butacas y personas que acechaban en ellas.

Al entrar me atacó la extraña sensación de que me había equivocado de pleno. Un hombre trajeado se dirigía desde una tribuna a un público en su mayoría receloso. Algunos de los presentes emitían bufidos o agriaban su expresión coincidiendo con los momentos de mayor intensidad del discurso. Encima del orador, otro hombre con el que me identifiqué de inmediato trataba de poner orden cada pocos minutos, cuando los murmullos y exclamaciones se exacerbaban. “Por favor, por favor”, decía mientras se pasaba un pañuelo por la frente.

Logré contener el deseo de marcharme, tomé asiento en los peldaños de una escalera dorada y escuché a todos los parlamentarios, que hablaron de no sé muy bien qué. No me interesan los asuntos de los vivos. La única palabra que quería escuchar era “Franco”. La oí en alguna ocasión, sobre todo el plural y el adver-

bio terminado en “mente”, pero sin referirse a lo que buscaba. Ese vocablo tiene numerosas acepciones, según había podido consultar: sencillo, sincero, ingenuo, leal, liberal, dadivoso, bizarro, elegante, desembarazado, libre, exento, privilegiado, patente, claro... ¿Cómo pretenden que exprese tantas cosas?

No hallé rastro del ánimo de Francisco Franco ni lo busco ya, pues creo que se ha convertido en un mito. Pero me pareció que muchas almas latían en aquel concilio, como si ellas me persiguieran a mí en vez de yo a ellas. Me alejé y prometí no volver nunca al Congreso. Ahora temo la defunción de esos hombres y mujeres; temo la fecha en que sea responsabilidad mía controlar sus trifurcas. Si batallan así cuando aún duermen sus almas, ¡qué no dirán estas al excitarse y erguirse sobre sus cadáveres!

Juicio a un escritor

Reconozco que, pese a haber tenido alguna pesadilla con ello, no esperaba que mi libro (y yo con él) acabásemos en el juzgado. Cuando comencé a escribirlo solo me preocupaba cumplir los plazos y dejar satisfecho al cliente. Me había pedido una trama sencilla: una mujer de treinta años, casada desde hace dos con un empresario de cincuenta, le es infiel con un joven que aún va al instituto. El marido los asesina a ambos de manera perfecta y precisa, por ejemplo atropellándolos con una excavadora, sin que jamás la policía averigüe su responsabilidad en el crimen. El empresario viaja después a las Bahamas para disfrutar de unas vacaciones y prosigue su vida sin el menor remordimiento y con un alivio inconfesable.

Desconozco si mi cliente, de unos cincuenta años de edad, pretendía cumplir en la ficción lo que resultaba impracticable en la realidad. Me exigió, en cualquier caso, que la novela estuviera terminada dos semanas más tarde, cuando regresaría de “un viaje de negocios”, prometiéndome cien mil euros si el resultado le convenía. Desde que abrí mi editorial “Su libro a la carta” nunca había recibido a alguien tan generoso. Lo habitual era que regateáramos el precio como en un mercadillo árabe y que al final la cuantía rondara los mil euros, en función sobre todo del número de páginas a redactar.

Las reglas son simples: firmamos un contrato que establece las líneas maestras del libro que el consumidor pretende que le escriba. También fijamos un plazo de entrega, el precio y la forma de pago. Yo me comprometo a lograr un cierto grado de verosimilitud y una redacción, si no literaria, al menos correcta. Si el cliente no queda conforme le ofrezco la devolución del dinero, en caso de que existan motivos fundamentados para su insatisfacción.

En varios meses no recibí ninguna queja. Todos los compradores habían abrazado y pagado mis productos, que en realidad les pertenecían y que no tenía el menor interés en conservar. Con este cliente, sin embargo, me acechan los problemas. Vestía una corbata gris, camisa blanca y chaqueta oscura (en todas las sesiones judiciales ha llevado ese mismo traje, como si quisiera retrotraerme al momento de la firma del contrato). Durante la negociación solo había incidido con ligero acento italiano en que el asesino (aunque él lo llamaba justiciero) quedara impune, y en la prontitud con que deseaba recibir el único ejemplar, justo a la vuelta de su viaje. Incluso me ofreció correr con los gastos de encuadernación. Me negué porque cien mil euros son muchos euros y no venía de unos pocos. La innecesaria pregunta que le formulé cuando ya todas las demás condiciones se habían concretado puede ser ahora mi perdición:

—¿Desea usted que los amantes mueran de algún modo particular?

Apartó la vista y respondió con tono indiferente, sin mirarme a la cara y encogiéndose de hombros:

— Que el justiciero los atropelle con una excavadora.

Su respuesta me sorprendió, pero interpreté que lo decía a modo de ejemplo. No insistió en absoluto; bien podían morir como consecuencia de un pistoletazo, de una puñalada o quizá al ser empujados por un enmascarado invisible en lo alto de la terraza donde se besaban con pasión. Incluí lo de la excavadora como mera curiosidad, pensando que ya lo solucionaría más adelante. Me apresuré a imprimir el papel con todos los datos y premisas. Lo leyó despacio, asintió y estampó su firma, que en nada recordaba a su nombre (Patricio Lamoretti). Me sonrió y me estrechó la mano casi sin fuerzas, como si deseara que sus dedos se escabulleran entre los míos. En cuanto se retiró cerré la oficina y corrí hasta mi domicilio, pues debía escribir doscientas páginas en quince días.

Me puse a ello con el entusiasmo que da saber que tu trabajo se va a traducir en cien mil euros. Inventé situaciones que exacerbaran la culpa de la mujer y la estupidez de su amante; describí escenarios que evidenciaran la honradez del marido y sus virtudes. Más que escritor, me sentía como un abogado que defendía al criminal por todos los medios. Cumplí con lo que se me había encargado, pero me resultaba difícil respetar el criterio de verosimilitud con un atropello excavadora mediante. Se trataba de una forma escandalosa y descerebrada de culminar una venganza tan razonable. ¿Cómo iba a escapar el asesino de la justicia, si los rastros eran tan ostentosos?

Llamé en repetidas ocasiones al número que Patricio Lamoretti me había dejado a regañadientes antes de marcharse. Quería explicarle que ese detalle perjudicaba la credibilidad de la historia. Quería preguntarle, en suma, si el atropello era un ingrediente imprescindible de la novela o si, como me había parecido, podía reemplazarse por una alternativa más sutil y elegante.

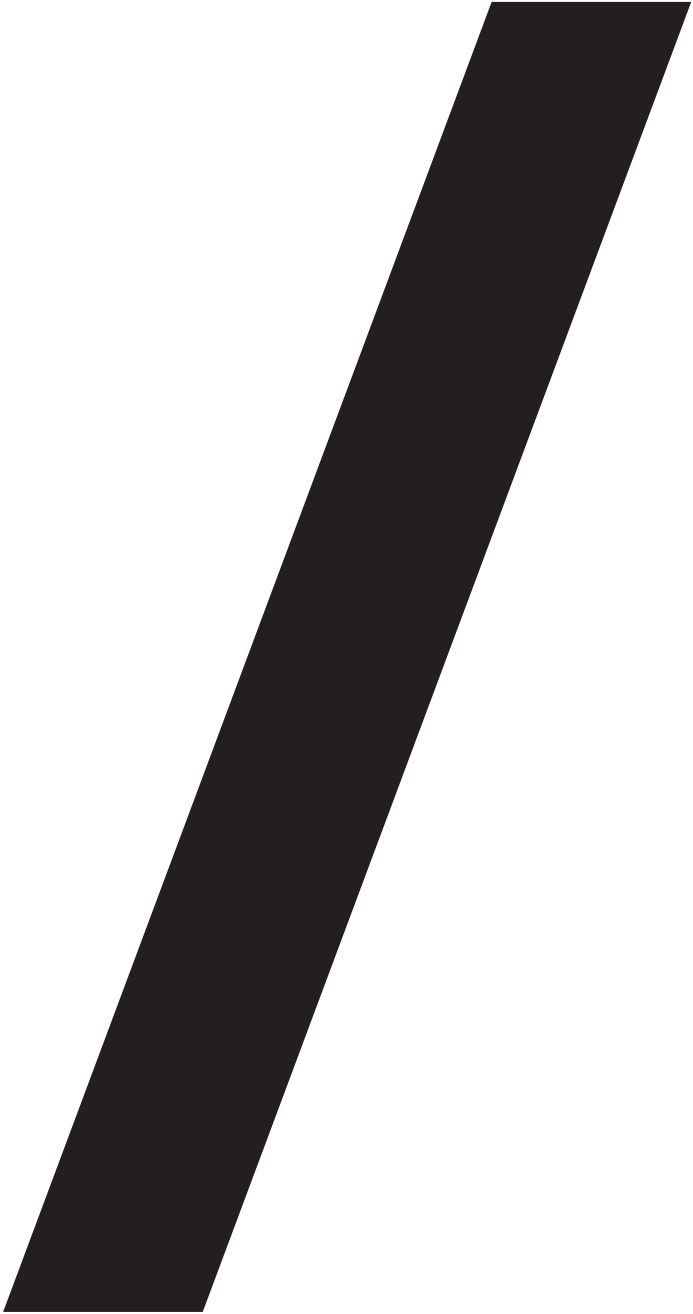
Nunca me contestó ni volví a oír su voz fuera de los juzgados. Tomé la decisión, que entonces no se me antojó demasiado arriesgada, de matar a la pareja de otro modo. Convertí al marido en un aficionado a las armas de fuego, le hice acariciar en un par de escenas un fusil de francotirador y finalmente le obligué a disparar dos veces, sendos aciertos en las cabezas de los amantes. Una vez resuelta esa complicación concluí la novela en poco tiempo. En cuanto al título, opté por “Cuando morir es lo justo”, que consideré apropiado a los sentimientos de simpatía o empatía que había atribuido a mi cliente con respecto al asesino.

Le entregué el libro a Lamoretti en la fecha prevista, encuadernado en piel. Advertí un curioso empeoramiento de su aspecto físico, como si en vez de cincuenta años aparentase cerca de sesenta. Su pelo corto parecía más gris y su expresión más arrugada. Agarró el volumen con impaciencia y se despidió enseguida.

Es muy fácil expresar un mal presentimiento después de que se haya cumplido, pero no miento al afirmar que me olí impuntualidades en el pago. Quizá al comprador se le había hundido un negocio y ya no creía que una novela personalizada valiera cien mil euros. Nunca imaginé, de todas formas, que en la teórica mañana del ingreso recibiría la comunicación de una denuncia por fraude. ¡Qué sinsentido! Lo único reprochable en mi texto es la justificación —o incluso el aplauso encubierto— de un crimen pasional. Pero el libro no pretende hacerse un hueco en las grandes editoriales ni ser leído por miles de personas a las que podría malear. Se trata de un pedido. Yo me limité a seguir las instrucciones del cliente, con el anecdótico desliz de cambiar una excavadora por un fusil de francotirador en beneficio de la verosimilitud de la trama.

No sé lo que decidirá el juez mañana. No solo me arriesgo a perder los cien mil euros; Lamoretti pretende recibir una cuantiosa compensación. Además, el caso ya ha sido engullido por las apisonadoras mediáticas y temo que el desprestigio me obligue a cerrar el negocio, incluso si la sentencia me favorece. ¿Cómo voy a sobrevivir entonces? ¿Tendré que volver a las penosas situaciones de mi juventud y arrastrarme por innumerables editoriales suplicando que lean mis textos?

He renunciado por completo a crear. No soy un escritor, sino un obrero que construye con letras los edificios de ficción de un arquitecto que le paga. ¿Qué mal existe en ello? ¿Tan importante es sustituir una excavadora por un fusil de francotirador? ¿Acaso no es la muerte igual de irreversible? ¿Acaso no son inofensivos los asesinatos de mis historias...?



Segundo premio

Los sueños del viajero

Ángel José Martínez Longás,

Zaragoza, 1990.

Lucas Bermejo paseaba por la zona de comercio del aeropuerto esperando para embarcar. Tenía el vuelo previsto a las once de la mañana, y la puerta de embarque abriría tres cuartos de hora antes. Miró el reloj, comprobando que aún faltaban quince minutos.

Su padre, Matías Bermejo, se había despedido y había marchado ya en dirección a Cerever. Lucas había decidido viajar directamente a Miranda, pues había perdido cinco días de clase y, aunque no lo echaba de menos, sabía que si no regresaba ya se arrepentiría por la gran cantidad de trabajo que se le acumulaba.

Lucas y su padre eran de la ciudad norteña de Cerever. Nieto de un acaudalado comerciante, Matías Bermejo había cuadruplicado la fortuna familiar y su “imperio”, habiendo construido la famosa Torre Bermejo, símbolo de la ciudad de Cerever, hacía ya veinte años.

Desde que era pequeño, Lucas recordaba acompañar a su padre en cada uno de sus viajes por el mundo para ampliar las fronteras de la empresa. Hijo único, su madre había fallecido mucho tiempo atrás, cuando Lucas tenía seis años, y desde entonces su padre lo había criado completamente solo.

Al chico le gustaba muchísimo viajar. Recién cumplidos los veintiuno, había visitado más países de los que le hacían aprender en la escuela, y conocido tantas culturas, costumbres, razas, alimentos, animales y creencias que era capaz de pasar horas y horas contando anécdotas increíbles.

En este último viaje, Lucas regresaba solo, pues ya no vivía en Cerever sino en Miranda, a ciento treinta kilómetros de su ciudad natal. Su padre volvía a casa, y a pesar de insistir en que su hijo pasara un par de días en el hogar familiar, Lucas quería llegar lo antes posible a Miranda, y para ello tuvo que tomar otro avión.

Lucas estudiaba en la facultad de Economía y Derecho de aquella ciudad. La universidad a la que asistía era de las más prestigiosas del país, y su padre había insistido para que estudiara allí, pues además no quedaba muy lejos de casa.

Y Lucas decidió estudiar aquello porque tenía su futuro decidido: Era el heredero de la Torre Bermejo.

Su padre lo había criado para ello. Asistió al mejor colegio de toda la ciudad, donde le brindaron una excelente educación que permitió abrirle las puertas de aquel mundo que su padre quería entregarle. Durante toda la vida se había rela-

72/ cionado con las mejores familias, y asistido a los eventos característicos de su clase social.

Lucas no quería romper la burbuja donde había estado inmerso toda su vida. Aquel mundo de abundante dinero, de lujo y felicidad era perfecto para él. Y sin embargo tuvo que dejar su casa y marchar a aquella otra ciudad completamente desconocida, que le pareció sucia, triste y falta de colorido. Afortunadamente, un amigo suyo le acompañó.

Carlos García-Castellán, a quien todos llamaban Carlitos, había decidido estudiar arquitectura en Miranda, y Lucas se había sentido bastante aliviado al tener a alguien conocido a quien agarrarse en aquellos primeros días. Se fueron a vivir juntos y buscaron a un compañero más para la convivencia, que resultó ser Gabriel.

El último inquilino era cuatro años mayor que ellos, y después de dar algunos tumbos en la vida había acabado allí, en Miranda, estudiando periodismo.

Y habían pasado ya dos años, y continuaban allí juntos, en aquella casa que tantos mágicos momentos les había brindado.

Lucas necesitaba urgentemente ir al baño así que, maleta en mano, caminó rápidamente hasta los servicios y entró al de caballeros.

Pero había un cartel en el suelo que señalaba que estaba recién fregado. Una mujer regordeta vestida con una bata azulada lo miró con cara de pocos amigos mientras fregaba el suelo. Ante el temor de acabar con el mocho en la boca, Lucas dio marcha atrás.

Se dirigió hacia uno de los bares que había junto a varias tiendas de suvenires. Entró velozmente en los lavabos del bar.

A los dos minutos salió mucho más relajado, y miró el reloj. En seis minutos abrirían las puertas de embarque, y podría recostarse en su asiento de primera clase y dormir plácidamente hasta que llegara a Miranda.

Observó los diversos escaparates desperdigados mostrando sus productos, aunque no entró en ninguna de las tiendas. Se dirigía hacia la puerta de embarque cuando lo llamaron.

—¡Psst, chaval!

Se giró, y contempló un pequeño puesto que un vendedor ambulante había colocado junto a una salida de emergencia.

—¿Me dice a mí? —preguntó Lucas.

El hombre se encogió de hombros.

—¿Acaso ves a alguien más? —le dijo.

El chico se quedó extrañado por aquella pregunta, pues había continuamente gente pasando por delante de aquel puesto. Sin embargo, ninguno de ellos se detenía para ver su mercancía. Ni siquiera desviaban la mirada al pasar. Sus ojos se deslizaban de la tienda de golosinas, a un lado, a la de ropa, al otro. Parecía como si aquel vendedor fuera invisible.

El hombre llevaba el pelo recogido en una larga trenza anudada alrededor de su cabeza. Lucas tuvo que contener las ganas de reír, pues parecía un enano con una pesada serpiente enrollada sobre el cráneo.

—¿No quieres algo de esto? Tengo muchísimas cosas, y creo que alguna te interesará—le dijo el hombre mientras sonreía. Le faltaban casi todos los dientes.

—Ehh no, gracias —contestó Lucas, pero aun así observó los objetos que aquel vendedor tenía repartidos por toda la manta.

Había varias figuritas de madera representando animales, cazadores y formas abstractas. Numerosos trozos de tela brillante se sucedían a lo largo de la superficie, junto a una montaña de pulseras, collares y anillos. En el centro, había una especie de cuenco de color caoba.

—¿Qué es eso? —preguntó Lucas señalándolo.

—Es un Ayotl —contestó el hombre un instrumento musical hecho con el caparazón de una tortuga. Los nativos lo utilizaban en sus ceremonias principales y en las noches de fuertes tormentas, pues según ellos evitaba los truenos al calmar el sonido del instrumento la cólera de los dioses. Tócalo si quieres.

Lucas acercó la mano. El caparazón era muy duro y áspero.

—Bueno, ¿Entonces te gusta? —le dijo el hombrecillo.

Lucas titubeó. Acababa de acordarse de Gabriel y Carlitos. Pensó que no estaría mal comprarles algún recuerdo.

—Sí. Me lo quedo.

El hombrecillo sonrió y agarró el caparazón, envolviéndolo. Lucas pensó que era un regalo bastante bueno para Carlitos. Paseó de nuevo la vista buscando algo para Gabriel, y cogió al azar un colgante del montón. Era bastante bonito: Consistía en varias piedras de diferentes tamaños y tonalidades de color marrón en cuyo centro había una lapa blanca y rosada. Diversas líneas de color se dirigían del medio a los extremos de la concha, como si quisieran escapar del centro.

El hombre lo observaba con interés.

—¿Ese colgante? No tienes mal gusto, no... —le dijo sombríamente. Lucas se interesó.

—¿Qué ocurre con él? - preguntó intrigado.

El hombrecillo contempló el colgante.

—¿Es para algún amigo tuyo? Dicen que es el colgante de la amistad. Le atribuyen asombrosos poderes mágicos. Según las leyendas populares, si un amigo le entrega a otro un colgante como este, pasan a ser hermanos de alma. Se dice que su unión se hace eterna, más allá de la muerte.

Lucas rió divertido pensando en Gabriel.

—Está bien. Me lo quedo también.

El hombrecillo observó a Lucas de una forma bastante extraña durante unos segundos, y al final asintió y apartó la vista. Lucas se había sentido algo incómodo con aquella profunda mirada.

Le pagó al hombre lo correspondiente y metió los regalos en la mochila. El hombre le extendió la mano, y el chico se la estrechó.

—Muy buena compra, chico, muy buena compra...te deseo suerte en tu viaje.

—Gracias —contestó Lucas, y comprobó, asombrado, que la puerta de embarque debía llevar abierta un rato.

Se alejó rápidamente de allí hacia la puerta de embarque. Le entregó su billete a la azafata y se introdujo por el pasillo que le indicó.

Justo antes de entrar se dio la vuelta y miró hacia el lugar donde aquel hombre tenía su puesto montado.

Y, para su sorpresa, descubrió que había desaparecido.

* * *

Los últimos rayos de sol de aquel atardecer de otoño resplandecían a través de los árboles de la calle Carillas cuando un taxi frenó y se detuvo, justo ante la puerta del número 102. Lucas descendió del vehículo mientras el conductor abría el maletero y lo comenzaba a vaciar. Dos maletas, una mochila y un pequeño maletín extrajo el taxista de su coche. Cuando terminó de bajar la última de las

maletas se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Joder, chaval. ¿Qué llevas en esta última? Pesa como un muerto.

El muchacho no contestó, solamente se echó a reír.

Pagó al taxista y arrastró su equipaje hasta la puerta. Durante un instante, mientras el taxi se alejaba, fijó la vista hacia arriba contemplando el conjunto de su casa. Irremediablemente sus ojos fueron a parar a la ventana izquierda, la que correspondía a su habitación, y sonrió: había llegado a casa. Acto seguido sacó de su bolsillo un manojito de llaves y abrió la puerta.

Estaba oscuro. Un olor demasiado familiar lo rodeó, y no pudo evitar sonreír de nuevo.

—¡Carlitos! ¡Gabriel!

Pero nadie le contestó. Al parecer no estaban en casa.

Arrastró todos sus bultos por el recibidor hacia la escalera, que caía justo enfrente de la puerta. Cogió la primera maleta dispuesto a subirla a la habitación, pero oyó un estrépito, como un ruido de cristales rotos.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó, pero de nuevo se hizo el silencio. Le pareció que el ruido había venido de su izquierda, del salón. Se giró hacia allí, con una mezcla de tensión y miedo, y al pasar por la mesita del recibidor agarró el jarrón.

Se acercó a la puerta del salón y apretó el pomo de la puerta entre los dedos. Lo giro lentamente

¡SORPRESA!

El salón, que se encontraba en absoluta oscuridad, se iluminó de pronto; y allí estaban todos.

Habían colgado un cartel de parte a parte de la habitación que rezaba la palabra “BIENVENIDO”, y en la mesa del fondo pudo entrever algunos aperitivos.

Mónica era la más cercana a la mesa. Se había hecho un recogido en el pelo de manera que le sobresalía un elegante moño, y estaba bastante guapa. A su lado estaba Emilio, encorvado como siempre. Carlitos y Gabriel estaban un poco más cerca de la puerta, y detrás de ellos estaba Ruth, agazapada frente al televisor, con cara de no saber muy bien qué hacía allí; y en el suelo, a su lado, había un rastro de cristales rotos.

Lucas detuvo su mirada sorprendida en Ruth un segundo más que en el resto, pero se sobrepuso al instante.

—¡Pero, oh, muchas gracias! ¡No me lo esperaba! —dijo sonriendo.

Todos se acercaron a él y lo saludaron cálidamente. Todos salvo Ruth, que continuó agazapada en un segundo plano, mirando alternativamente a Lucas y a la puerta de la habitación. El chico la observó por el rabillo del ojo mientras Carlitos le daba un abrazo que casi le partió las costillas, y la muchacha, consciente de ello, apartó la mirada.

Después del saludo inicial se aproximaron a la mesa del fondo, donde habían preparado canapés diversos y demás aperitivos de picar. Comenzaron a comer.

La cena fue muy amena. Todos escucharon con atención la cantidad de anécdotas e historias que Lucas relataba acerca del viaje. Les contó que había asistido con su padre a la mayoría de las reuniones. Pero tras largas horas de impecable trajeado sobre las mesas de ébano de alguna majestuosa estancia, lo que más le apetecía era cambiarse para llegar a las preciosas playas de aquel paraíso tropical. Había hecho submarinismo, visitado las famosas ruinas de la capital, viajado a bordo de una avioneta y lanzado en paracaídas. También había disfrutado de la comida, la fiesta o, simplemente, de estar tumbado en una hamaca al borde del mar hasta el atardecer. Lo cierto era que no le apetecía nada volver a la vida normal.

—¡Pero tienes muchísimo trabajo atrasado! —dijo Mónica, y a Lucas le pareció que la chica se extrañaba de que no quisiera regresar. —Mañana te pondré al día.

—Vale. Oye, y ¿qué ha sido eso que he oído al entrar? Sonaba como si se hubiera roto algún cristal —dijo, y observó cómo Ruth se removía nerviosa y se ponía muy roja. Carlitos miró a la chica de reojo y habló despreocupadamente.

—Bueno, no ha sido nada. La lámpara de pie, que se ha caído.

Ruth seguía como un tomate. Lucas, que supuso que ella la había tirado, no paró en toda la velada de prestarle especial atención. La chica se mantuvo toda la noche en silencio y con la cabeza baja, y Lucas no pudo evitar sentirse incómodo ante su presencia.

Carlitos y Gabriel comenzaron a recoger los platos, sin permitir a nadie ayudarles. Sonaron las doce en el reloj, y Mónica dio un respingo.

—¡Las doce ya! Me voy a marchar. Todavía me quiero leer el punto trece del TRLSC, ¡seguro que mañana me pregunta a mí!

—Seguro que ya te lo sabes-le repuso Lucas, cosa que no dudaba en absoluto.

Ella negó fuertemente con la cabeza.

—Qué va, qué va! No tengo ni idea. Y tú deberías mirártelo para mañana también, Lucas. Además, mañana tenemos a las ocho Derecho administrativo, y ya sabes cómo es Jesús Huerta. ¡Y por la tarde tendremos que ir a la facultad para darte todas las tareas que tienes retrasadas!

Parecía como si fuera ella la que llevaba varios días sin ir a clase y le faltaran todos los deberes. Lucas optó por asentir con la cabeza y se giró hacia Emilio. Éste, dócil como siempre, se había puesto ya el abrigo.

—Hasta mañana, Lucas. —le dijo suavemente. Aquel chico tenía una voz muy débil, poco más que un susurro. Lucas no recordaba haberlo visto gritar.

El chico cerró la puerta tras ellos y suspiró.

Al volver al salón vio a Ruth todavía de pie al lado de la mesa. Oyó el agua correr y voces provenientes de la cocina, y se dijo que sus compañeros continuaban allí.

Carraspeó, y Ruth se volvió hacia él.

—¿Qué haces aquí, Ruth? —le dijo, intentando hacer que su voz sonara tranquila.

Ella abrió la boca y la volvió a cerrar. Se acercó un poco a Lucas.

—Tus amigos me llamaron, me dijeron que viniera y...

—¿Y tú no conoces ni entiendes el significado de la palabra “no”, verdad? —le dijo bruscamente Lucas, sin poder ya contenerse.

La chica no dijo nada, y durante un segundo Lucas pudo ver en su cara una mueca de orgullo herido, pero al momento se relajó.

—He venido a verte. Lucas, ya te dije lo que yo sentía. Estos cuatro meses lo he pasado muy bien contigo, y podríamos bueno, ya sabes.

—Basta, Ruth. La cosa se acaba ahí. No sigas porque no hay, ni habrá nada más. Mira chica, siento ser tan directo, pero yo ya te lo advertí. No quiero ataduras con nadie. Será mejor que te marches.

Incluso él se sintió incómodo y humillado con sus propias palabras. Esta vez, los ojos de Ruth se llenaron de una chispa de furia que no desapareció. Sin decir una palabra más cruzó el salón a zancadas y salió al recibidor. Lucas oyó abrirse la puerta de la calle pero, en aquel instante, Ruth estalló.

—Sabes qué, Lucas, te crees que eres perfecto. Te crees el chico espectacular con el que sueñan todas las tías. Te las das de maduro, pero en el fondo eres un niñato. No eres más que un niño de Papá.

—Lárgate de aquí- le gritó Lucas mientras mantenía los ojos cerrados y los puños apretados.

Escuchó entonces uno de los mayores portazos que había oído en su vida. Comenzó a jurar por lo bajo, pero decidió calmarse y respiró hondo.

Se dirigió a la cocina, donde ya no se oía el ruido de los platos ni el sonido de las voces de sus amigos. Abrió la puerta, y entonces comenzaron a hablar con voz más alta de lo normal y a hacer ruido con la vajilla.

—Y si le das, te saldrá una pantalla pequeña que te ayudará a buscar los

—¡Lucas! —Le gritó Carlitos con voz histérica —¿qué te ha parecido la cena? Ahora estábamos hablándolo nosotros, ¿verdad Gabriel?

Este asintió con la cabeza. Comenzaron a hablar de las trivialidades de la cena, pero Lucas supo que era una manera de disimular, pues habían estado callados en la cocina escuchando su conversación con Ruth. Sus amigos ya sabían que era reservado, y que sería inútil preguntarle nada, así que últimamente optaban por intentar escuchar a escondidas.

A Lucas, en el fondo, le resultaba hasta divertido.

Los contempló una vez más. Carlitos y Gabriel, sus compañeros, sus amigos. Eran tan diferentes, pero a la vez tan iguales, que los convertía en un ejemplo de convivencia para cualquier estudiante. Carlitos, animado, siempre intentando buscar la esencia de todas las situaciones. Con ganas de jarana y amante de los pequeños momentos ante todo, y algo olvidadizo y entrópico. Por otro lado estaba Gabriel. Siempre tan serio, tan correcto, tan... estirado, pero en el fondo tan blando. Y estaba él, el pequeño Lucas Bermejo que últimamente estaba en cualquier sitio salvo allí. Siempre que podía, escapaba por cualquier rincón del planeta en la misión de lo que él mismo denominaba “tocarlo todo”. El hecho de que su familia fuera de las más ricas y poderosas de la región le ayudaba, claro está. Dado que él iba a heredarlo todo y estaba formándose para ello, acompañaba siempre que podía a su padre en sus viajes.

Lucas recuperó el hilo de la conversación y agitó la cabeza.

—Bueno, ¿Y vosotros qué tal, cómo han ido estos días por aquí?

—No han estado mal. Bueno, más de lo mismo. Ya sabes que pocas cosas cambian aquí —dijo Gabriel con tono aburrido.

Lucas les pasó a ambos los brazos por encima de los hombros.

—Yo también tengo una sorpresa para vosotros —les dijo.

Carlitos lo miró alegremente y se emocionó como un niño pequeño, pero Gabriel no dijo nada.

Los tres fueron hasta el salón, y una vez allí Carlitos y Gabriel se sentaron en un sofá. Lucas volvió al recibidor y agarró su mochila. La abrió, rebuscó en su interior y extrajo una gran bolsa blanca.

Regresó al salón, y sus amigos levantaron la vista.

—Bueno, para Carlitos tengo esto —dijo, y sacó de la bolsa el regalo más grande. Carlitos lo cogió y rápidamente comenzó a romper el papel. Terminó de abrirlo, y los tres contemplaron un cuenco alargado, de color caoba por su parte externa y dorado por la interna. Se podían ver una serie de líneas que conformaban dibujos tanto en el exterior como en el interior.

—Es un Ayotl —les explicó Lucas - está hecho con el caparazón de una tortuga. Los nativos lo tocaban en sus ceremonias y en las noches de tormenta, pues creían que calmaba a los dioses.

Carlitos se colocó el instrumento en el regazo y lo miró con interés. Lo golpeó una vez, arrancándole un sonido hueco similar al de un cajón de música. Sonrió y comenzó a golpearlo rítmicamente mientras movía la cabeza al son del compás.

—¡Muchas gracias, Lucas! ¡Me gusta un montón!

Gabriel, sentado a su lado, puso los ojos en blanco.

—¿Para qué le traes esto? ¡Ahora se pasará todo el santo día tocando!

Lucas sonrió.

—Toma el tuyo, Gabriel.

El chico cogió su regalo de las manos de Lucas y lo abrió cuidadosamente. Se asomó por una esquina la punta de una cadena que emitió un destello plateado, y Gabriel tiró de ella. El colgante cayó en el regazo del muchacho, que lo estudió con curiosidad y, tras unos instantes, se giró a Lucas.

—Muchas gracias, Lucas. No tenías por qué —le dijo sonriendo, y Lucas se alegró de comprobar que lo había sorprendido con el regalo, al igual que a Carlitos.

—Y ahora me voy a la cama, chicos. Ya siento que no podemos quedarnos más rato de tertulia, pero ya habéis oído a Mónica: mañana toca madrugar y me espera un día duro.

Se levantó y salió del salón. Carlitos se quedó golpeando el Ayotl, pero Gabriel fue tras él.

—He visto la cantidad de equipaje que llevas, Lucas. Deja que te eche una mano.

—Vale Gabriel, gracias.

Entre los dos subieron el equipaje hasta el piso de arriba. Ante ellos se extendía un pasillo con cuatro puertas en el lado de la izquierda.

—Buff está muy bien lo de vivir en una casa, pero esto de tanta escalera para las maletas ¡es matador! —dijo Gabriel en su tono habitual de reproche.

—No te quejes tanto, Gabriel, que al menos vivimos en una casa. Imagina que viviéramos en un octavo piso sin ascensor —dijo Lucas.

—Directamente no viviría allí —contestó el otro.

Pasaron la habitación de Carlitos, el baño y la habitación de Gabriel. La del fondo era la de Lucas, junto a la de Gabriel.

Parecía un museo en miniatura. Apenas había un reducido espacio para la cama y el armario, pues el resto de cuarto estaba repleto de elementos bastante curiosos. Colgado de la pared de la izquierda había un tapiz que representaba un escarabajo gigante rodeado de llamas. Había un corcho atornillado sobre la cama, que contenía un sinfín de postales de paisajes, edificios o personajes diversos. También había colgado de la pared un carcaj verde con flechas de plumas rojas, y un arco de los mismos colores. La mesa, situada al fondo de la habitación, bajo la ventana, estaba abarrotada de objetos: pulseras, collares, un ukulele, un cuerno de color roble y, apoyado en el suelo, un telescopio de pie.

Lucas suspiró al recorrer su habitación con la mirada. La que tenía en la mansión de su padre estaba también abarrotada de objetos, y es que tenía la costumbre de recoger algo típico, algún recuerdo de cada lugar que visitaba en sus numerosos viajes. Había recorrido ya medio mundo, y esperaba con ansia conocer el otro medio.

Gabriel dejó las cosas en el suelo y se asomó por la ventana mientras acariciaba el extremo del telescopio con la mano.

—A este paso, lo único que te va a quedar sin explorar van a ser las estrellas —dijo sonriendo.

Lucas le devolvió la sonrisa.

—En eso consiste, ¿no?, en conocerlo todo. Si no experimentas una cosa, si no la vives, no podrás saber cómo es en realidad.

Gabriel volvió a dirigir su vista a la ventana.

-Cierto, cierto. Pero, ¿No crees que a veces no saberlo todo tiene también su magia? Te volverías loco si lo supieras todo. Aunque ya te digo, a este paso en dos días conocerás ya el mundo entero, viajero.

Lucas sonrió más todavía, pues Gabriel siempre lo llamaba así, y le gustaba: El Viajero.

II – SACRIFICIO

La luz de la luna iluminaba débilmente el apartado callejón. La única farola de aquel espacio no estaba encendida, y las dos personas que allí se encontraban conversando apenas distinguían los rasgos del otro. Uno de ellos, el que llevaba un largo abrigo negro abotonado hasta el cuello, hablaba sin parar. El otro, vestido con un sucio y voluminoso chaquetón verde y unos gastados guantes de lana, asentía con la cabeza.

—Lo has comprendido bien, ¿verdad? —preguntó el hombre del abrigo negro al otro. Éste asintió con la cabeza de nuevo.

—Sí, señor. Hacer que se cague por los pantalones, dice usted —bromeó, y se echó a reír. A pesar de la oscuridad, se notaba que era bastante joven. No tendría más de veinte años.

—Pero sin hacerle daño. Os recalco esa parte, porque si me entero de que le ocurre algo...—musitó violentamente sin acabar la frase, aunque quedó clara la amenaza. El muchacho del abrigo verde comprendió la advertencia, y sonrió todavía más.

—Jefe, que solamente le daremos un sustillo al pijeras ese. ¡Que le juro yo por mi santa madre que ni un rasguño!

—Más te vale.

Guardaron silencio unos segundos. Finalmente el hombre joven habló de nuevo.

—Pero ¿Y cuándo dejamos al chaval tranquilo? Usted no me ha dicho...

—No os preocupeis. Os daréis cuenta en el momento, créeme —dijo simplemente el otro.

El muchacho joven lo contempló unos segundo con cara de extrañeza, sin decir nada. Su cara quedaba oculta entre las sombras, y el chico apenas había distinguido sus rasgos un par de veces. Se dijo que aquel hombre estaría algo trastornado, que deliraba un poco, aunque a él, mientras le pagara, le daba igual.

—Y... ¿No tendrá alguna foto para enseñarme, jefe? Que no vaya a ser que nos confundamos, Dios no lo quiera.

—¿Tú crees que encontrarás mucha gente en aquel lugar y a aquellas horas? —preguntó el hombre, pero aun así introdujo la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó una fotografía.

—Mira, el sujeto es él —dijo, señalando a la persona que aparecía en la imagen.

El chico joven sacó el mechero de su bolsillo y lo accionó para poder visualizar la fotografía con más claridad. Tras unos segundos, sonrió una vez más.

—De acuerdo —dijo, y alargó la mano para estrechársela al desconocido del abrigo.

* * *

Lucas despertó sobresaltado, y empapado de sudor. Giró la cabeza y miró el despertador, y las lucecitas rojas le indicaron que eran las cinco y diecisiete minutos de la mañana. Suspiró, pensando que le quedaban todavía dos horas de sueño. Volvió a apoyar la cabeza sobre la almohada.

Justo antes de volver a quedarse dormido, recordó lo que acababa de soñar, y se estremeció. La última imagen que recordaba del sueño era verse a sí mismo retratado en la fotografía que aquel desconocido sujetaba en sus manos. Sonrió para sí, aliviado de que solo hubiera sido un sueño y él se encontrara tranquilamente en su cama. A pesar de ello, no pudo evitar pensar que, curiosamente, le había parecido real, como si se tratara de un recuerdo lejano, y no de un sueño. Al instante, sin embargo, cerró los ojos y volvió a quedarse dormido.

El despertador le taladró la cabeza a las siete y cuarto de la mañana, y Lucas, como de costumbre, lo apagó. Estaba agotado todavía del jet lag, y cerró los ojos un segundo más...

El móvil sonó y lo sobresaltó. Tanteó con los dedos sobre la mesilla hasta que lo alcanzó.

—¿Di-diga?

—¡Lucas! —le chilló una voz.

Se sobresaltó.

—¿Quién es?

—Quién va a ser, ¡Soy Mónica! ¡Ven ya a clase, que pasan lista, y casi has agotado tus faltas permitidas!

—¿Pero qué hora es?

—Las ocho menos cinco, ¡CORRE!

Gritó y saltó literalmente de la cama.

* * *

—¿Pero qué haces? —le reprochó Mónica en voz baja cuando se sentó a su lado mientras recuperaba la respiración. —¡mírate cómo vas!

Lucas no le contestó y sacó un folio. El profesor, Jesús Huerta, le había puesto cara de pocos amigos al irrumpir en mitad de la clase, pero no le había impedido el paso. Ahora continuaba dando el temario con su monótona voz mientras escribía en la pizarra.

—Siempre te pasa igual, ¡ay de ti si alguna dejo de estar pendiente!

Lucas miró a Emilio. El chico estaba pendiente de la riña pero no decía nada.

—Cuando acabe la clase te daré todos los apuntes de esta asignatura. Para las demás ya quedaremos a mediodía.

—Quería ir al gimnasio a mediodía.

—Y aprobar el curso, ¿te interesa? —preguntó irónicamente Mónica.

—¿Queréis callaros vosotros dos? —les gritó Huerta mientras los miraba por encima de sus gafas.

Mónica dio un respingo y se quedó muy recta mirando a la pizarra. Comenzó entonces a hablar por la comisura de la boca.

—Pues eso, a mediodía quedamos. Sobre las dos y cuarto, ¿te parece? Así me organizo luego la tarde. No sé cuándo esperan que comamos o durmamos, ¡es imposible hacer tantos trabajos en un tiempo tan reducido!

Al instante comenzó a tomar notas como una loca, y Lucas no pudo reprimir una sonrisa: Fuese a donde fuese, aunque estuviese lejos mucho tiempo, le alegraba ver que su pequeño mundo seguía igual al regresar.

O no...

Comenzaba a refrescar ya a pesar del radiante sol, y Lucas no pudo evitar recordar el clima tropical del que acababa de regresar. No en vano se acercaba la Navidad. Mientras caminaba hacia su casa, Lucas rememoró las fechas señaladas que se aproximaban.

Lo cierto era que no le gustaban mucho aquellas celebraciones. Su padre estaba taciturno y ausente, recordando a su madre y el aniversario de su muerte. Tan alejado se le veía que resultaba deprimente, pues el magnate permanecía

más pendiente de los valores del mercado que en la cena, a pesar de disfrutar de los más caros y apetecibles manjares y de un exquisito vino denominación de origen en la mesa. Lucas hubiera preferido, de corazón, que aquellas fiestas no existieran.

Cruzó la última calle y llegó a la puerta de su casa. Cuando entró, todo estaba en absoluto silencio, aunque lo esperaba. Tanto Gabriel como Carlitos llegarían sobre las tres, así que no los vería ya hasta la noche. Subió al piso de arriba para deshacer la maleta y ordenar un poco la habitación.

Todos sus bultos estaban en el suelo, y una de sus maletas abierta de par en par y con los montones de ropa desordenados, tal y como él la había dejado por la mañana con las prisas por ir a clase. Sacó el resto de la ropa y comenzó a meterla en el armario y en los cajones. Pensó en bajar rápido a comer algo, pues en breves tendría que ir a la biblioteca de la facultad para que Mónica le pusiera al día de todo.

De repente, escuchó un golpe seco en la ventana. Levantó la cabeza, y al principio no vio nada, pero cuando se acercó y asomó, distinguió algo en el alféizar. Era un gorrión. Había chocado contra la ventana y se había quedado allí. El animal comenzó de pronto a cantar.

Lucas golpeó la ventana para espantarlo, pero el animal no se asustó. Curiosamente, pareció que se acercaba todavía más al chico. Sorprendido, Lucas contempló cómo el pájaro levantaba su pata derecha. Atado a ella, había un pedazo de papel blanco doblado varias veces sobre sí mismo. Abrió con sumo cuidado la ventana, y acercó lentamente las manos al ave, que no retrocedió. Desató el nudo y sujetó el papel entre los dedos. El animal emitió un último gorjeo y levantó el vuelo. Lucas se quedó observándolo hasta que se perdió de vista.

Se sentó en su silla y desdobló el papel. Estaba muy arrugado y la caligrafía era diminuta.

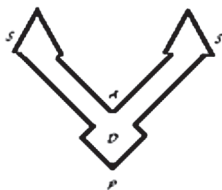
Hola, Lucas.

Espero que este último viaje haya sido tan placentero como los anteriores. Tú no me conoces, pero yo lo sé todo sobre ti. Ante todo quiero que entiendas que con este mensaje no pretendo herirte, manipularte, ni hacerte daño de ningún tipo, sino todo lo contrario: te voy a ayudar a descubrir quién eres, y a que halles el camino hacia la felicidad.

Lo único que te voy a pedir es que reflexiones acerca de un concepto que la humanidad baraja desde el principio de los tiempos: el concepto de destino, de

86/ que todo lo que nos ocurre está escrito de antemano. ¿Tú crees en el destino? ¿Piensas que todo lo que decimos, hacemos o pensamos iba a ocurrir, que estaba escrito de antemano y no somos nosotros quienes realmente escribimos nuestra propia historia?

Una última cosa: no le hables a nadie de este mensaje, ni de nada de lo que pone aquí. Y sobre todo no te asustes y vayas a la policía. Comprendo que es difícil, pero confía en mí: tu vida está a punto de cambiar.



Lucas leyó el papel una vez más y lo dejó sobre la mesa. Estaba completamente atónito. Se levantó y se asomó por la ventana, observando repetidamente ambos lados de la calle que, sin embargo, se hallaba desierta.

Releyó el papel de nuevo y se sentó sobre la cama.

Le parecía un asunto de película: un pájaro mensajero, un misterioso mensaje de un desconocido, y aquel símbolo aquella V con las letras...

Y, sin embargo, era verdad. Ante él tenía aquella nota...

¿Quién le habría enviado la nota? ¿Y por qué? A pesar de la intriga, Lucas no pudo evitar sentirse también algo intranquilo: Aquella persona, fuese quien fuese, lo conocía, sabía dónde vivía, y probablemente sabría que en aquel momento estaba en casa...

Y de pronto oyó un ruido y se sobresaltó, pues le había parecido la puerta de la calle. Miró el reloj y vio que eran las dos menos diez, y que quedaba todavía una hora para que Carlitos o Gabriel llegaran a casa. Pensó que se lo había imaginado. Pero en aquel momento comenzó a escuchar más sonidos. Aguzó el oído, y le pareció que provenían del piso de abajo.

No pudo evitar que el miedo inundara cada rincón de su cuerpo. A lo mejor quien le había enviado la nota lo había hecho para burlarse, y tal vez en aquel momento estaba abajo, en su cocina o su salón...

Intentó apartar de su mente el montón de nefastas ideas que le venían a la cabeza y abrió el armario. Tanteó haciendo el menor ruido posible hasta que dio con lo que buscaba: su vieja raqueta de tenis. Una vez mango en mano, abrió lentamente la puerta de su cuarto y se asomó al pasillo.

Estaba vacío y comprobó que, efectivamente, el ruido provenía de abajo. Cruzó en silencio el pasillo y bajó de puntillas la escalera. Una vez en el piso inferior, observó que la puerta del salón estaba entreabierta. Un sonido metálico se colaba por entre el hueco. Lucas apretó fuertemente el mango de la raqueta, alerta. Se asomó a través del pequeño agujero de la puerta...

Y la abrió de par en par al comprobar que era Emilio el que estaba adentro. Se hallaba junto a la lámpara de pie con un destornillador en la mano. Tan absorto estaba en su trabajo que ni siquiera se dio cuenta de que Lucas había entrado en la habitación.

—Emilio, ¿Qué haces aquí?

El chico dio tal respingo que la lámpara se tambaleó peligrosamente y estuvo a punto de caer, pero Emilio la sujetó en el último instante.

—¡Lucas! No sabía que estabas en casa. Yo... —consiguió articular. Lucas lo notó bastante nervioso, y comprobó que le temblaban las manos mientras dejaba caer el destornillador.

—¿Qué haces aquí? —repitió Lucas.

—He venido a cambiar la bombilla de la lámpara. Anoche Ruth la tiró, pero yo tuve la culpa porque la empujé —le explicó su amigo.

—Gracias, pero no hacía falta. Tenemos bombillas de recambio. Oye pero, ¿Cómo has entrado? —preguntó Lucas intrigado. Lo cierto era que se había quedado bastante tranquilo de ver que solamente era Emilio, y no un extraño ladrón.

Su amigo tragó saliva y lo miró fijamente.

—La... la puerta estaba abierta. He llamado en voz alta pero nadie me ha contestado. Y como tú habías quedado con Mónica...

Lucas se llevó las manos a la cabeza. Con todo lo que había ocurrido con el mensaje se había olvidado de que había quedado con su amiga. Miró el móvil, que tenía en silencio desde que había salido de clase, y comprobó con horror que lo había llamado ya tres veces. Mónica lo iba a matar.

Guardó el teléfono rápidamente y fue corriendo a la puerta. Antes de marchar se giró hacia Emilio.

—Me voy volando. ¡Cierra cuando salgas Emilio!

Después de aguantar los gritos de Mónica y pedirle muchas veces perdón, Lucas salió de la facultad con dolor de espalda de la cantidad de papel que llevaba encima. Anocheceía mientras caminaba por segunda vez por aquel recorrido, y se dijo que para “primer día” había sido bastante completo. Lo único que le apetecía al llegar a casa era sentarse en el sofá con Carlitos mientras se echaban unas cervezas y unas buenas risas. Entonces recordó a Emilio y la bombilla, y pensó en el anormal comportamiento que había tenido. El chico era raro, de acuerdo, pero le extrañaba mucho aquel nerviosismo exagerado, y la extraña sensación de que el chico le había mentado...

Y le había dicho a Lucas que había encontrado la puerta de casa abierta. Tal vez Lucas se la había dejado abierta al llegar a casa, pero no lo creía. Y si...

¿Si aquella persona, el misterioso personaje que le había enviado el mensaje, había abierto la puerta de casa? Lucas recordó la nota, y no pudo evitar preguntarse por vigésima vez quién se la habría enviado, quien tenía como mensajero un pequeño gorrión...

Se aproximaba a la zona del parque, y observó cómo la ligera pero fría brisa invernal azotaba las ramas de los pinos y los balanceaba. Un pájaro descendió de una de las ramas más altas del árbol más cercano al chico y se posó limpiamente en el suelo, justo delante de Lucas.

El chico lo miró un poco sorprendido, pues el ave era idéntica a la que se había posado en su ventana a mediodía. El animal emitió un leve gorjeo y comenzó a dar saltos hacia el interior del parque.

Lucas estaba atónito. El animal no levantaba el vuelo, sino que saltó varias veces pero no se alejó mucho del chico. Entonces emitió un sonido agudo. Lucas comenzó a caminar detrás del ave y esta siguió saltando y adentrándose en el parque.

Era ya de noche. El movimiento oscilante de los árboles ocultaba de vez en cuando la única fuente de luz en aquella zona: la luna. El animal continuaba dando saltitos hacia el centro del parque, y Lucas lo siguió. Recordó las historias que circulaban acerca del parque en la noche: Atracos, violaciones, drogas... y es que era tan grande, que llegaba incluso a limitar con la zona marginal de la ciudad: Los Arenales.

El pájaro seguía adentrándose entre los árboles. Había veces que la oscuridad no permitía ver prácticamente nada, y Lucas se asustó de pensar qué ocurriría si perdía al pájaro en medio de aquella negrura. Se arrepentía ahora de haber entrado, de noche, siguiendo solamente un animal. Se dio cuenta de que la curiosidad lo había cegado y no había pensado en la locura que suponía aquello.

Entonces, cuando estaba planteándose regresar, llegaron al gran Lago.

El pájaro se había detenido en la barandilla. A su izquierda el paseo continuaba y un poco más lejos llegaba hasta el límite del parque. A su derecha, al otro lado de la barandilla, estaba el lago.

Lucas se asomó. La luz de la luna se reflejaba en las pacíficas aguas. Había varias barcas amarradas en el muelle del otro extremo a donde él se encontraba. El viento era más fuerte en aquella zona, y todo el conjunto conferían a escena un matiz fantasmagórico y sobrenatural.

El chico se estremeció y sintió un cosquilleo en la nuca. Se dio la vuelta y miró en torno a sí, pero no vio a nadie. Sin embargo tenía la sensación de que lo observaban. Volvió la vista hacia el pájaro, pero el animal había desaparecido.

Rápidamente se giró hacia todos los lados intentando distinguirlo en el suelo, volando o incluso agazapado en la rama de algún árbol, pero no lo encontró. Comenzó a asustarse, pues sin el ave se sintió de pronto solo y vulnerable. Se dio la vuelta para regresar a casa, pero escuchó una voz a su espalda.

—Chaval, danos tu cartera.

Contempló horrorizado a cuatro chicos que aparecieron de entre los matorrales. No los distinguió muy bien dada la escasez de luz, pero le pareció que tenían más o menos su edad. El más alto de todos se adelantó.

—¡Que nos des tu cartera, he dicho! —le gritó.

Lucas observó aterrado como dos de ellos se colocaban a su espalda.

—N... no la llevo. No llevo la cartera —les dijo, y era cierto. Con las prisas se la había dejado en casa.

El más alto hizo una señal con la cabeza, y Lucas sintió las firmes manos de los dos asaltantes de su espalda sobre los brazos. Comenzó a patalear y resistirse, pero lo sujetaron con fuerza y lo lanzaron contra el suelo.

Le colocaron las manos en la espalda y lo agarraron bien fuerte. Lucas, con la cabeza ladeada, contempló cómo abrían la mochila y la vaciaban completamente. Los libros y apuntes que Mónica le había dejado hacía una hora se desparramaron por el suelo. Sus captores comenzaron a rebuscar entre el amasijo de folios, y Lucas gritó.

Sintió un dolor atroz cuando le golpearon al cabeza. Durante un segundo se desorientó, pero volvió en sí al sentir en su cuello el frío del acero.

—¡Cállate, hijo de puta, o te rajaré tu bonita cara!

Lucas sentía el pinchazo de la punta de la navaja al lado de la carótida. Estaba

90/ aterrizado, pues no veía ninguna posibilidad de escapar de allí. Habían dejado ya de revolver entre sus papeles y sintió como uno de los captores se acercaba.

—En la mochila no hay nada. ¡Miradle encima! —exigió el que se había aproximado.

—Hemos encontrado esto, Hernán —Exclamó uno de los que sujetaban a Lucas mientras señalaba algo que el muchacho no podía ver. Le alzaron entonces la mano bruscamente. Durante dos segundos la escena permaneció en silencio. Al final Hernán volvió a hablar.

—Cógelo. Parece bueno.

Lucas notó como deslizaban el reloj de su muñeca, y comenzó a gritar.

—¡No! ¡El reloj no! ¡Era de mi abuelo!

Le dieron una patada en la cara, y se mareó. Su boca se inundó del metálico sabor de la sangre.

Y en aquel momento comenzó a oír gritos, pasos y golpes, pero no iban dirigidos a él. Las manos que lo sujetaban lo soltaron y Lucas pudo darse la vuelta.

El más alto de ellos aullaba de dolor en el suelo mientras se llevaba las manos a la cara. Lucas pudo distinguir dos ojos rojos y llorosos entre los dedos. Otro de ellos contemplaba la escena algo distante, observando como los otros dos peleaban contra una nueva figura. Parecía una mujer.

Uno de los dos asaltantes se abalanzó sobre la chica, pero esta agitó algo que llevaba en la mano y un aerosol salió disparado hacia el agresor. Cayó al suelo y, al igual que su compañero, comenzó a gritar y a llevarse las manos a los ojos.

El otro aprovechó el momento y golpeó a la chica en el brazo. El bote de spray cayó al suelo, y la mujer se volvió asustada al asaltante, que la agarró del cuello.

—¡Te voy a matar, puta! —gritó.

Entonces Lucas se acercó y le plantó un puñetazo en la cara. El golpe hizo al asaltante tambalearse hacia atrás. Chocó contra la barandilla y cayó al otro lado. Oyeron un fuerte chapoteo.

Lucas se asomó por la barandilla y vio emerger la cabeza del atracador y nadar hacia la orilla opuesta. Se volvió entonces y comprobó que el último de ellos había desaparecido. Los otros dos continuaban en el suelo gimiendo de dolor, y la chica contemplaba la escena mientras se acariciaba el cuello, todavía tumbada en el suelo.

Lucas le tendió la mano y ella la agarró y se levantó.

—G-gracias —dijo, mientras seguía frotándose el cuello.

—No, gracias a ti. Si no llega a ser por tu aparición

—Vámonos de aquí -lo cortó la chica- Sígueme.

Y recogieron entre los dos los papeles rajados y libros rotos y los introdujeron a presión en la mochila. Sus atracadores continuaban chillando en el suelo, y Lucas vio al lado de uno de ellos el reloj de su abuelo. Se agachó y lo cogió, y se fue detrás de la chica.

Echaron a andar rápidamente hacia el límite del parque. Sin embargo, no llegaron a traspasar la entrada, sino que poco antes de llegar se introdujeron por un camino de tierra entre los árboles. Mientras avanzaban, Lucas continuaba escuchando los gritos de sus asaltantes, aunque cada vez más débiles. El chico se echó la mano a la nariz manchada e inflamada y comprobó que había dejado de sangrar.

A los dos minutos llegaron a una pequeña edificación que había al límite del parque. Era un edificio de dos plantas rodeado de una terraza completamente vacía. Aquel espacio de gres estaba atravesado por varios arcos de piedra rodeados de ramas de hiedra.

La chica cruzó aquella terraza y se aproximó a una pequeña puerta que el edificio tenía en una esquina, y llamó fuertemente con el puño.

—¡Paco! ¡Ábreme!

Lucas escuchó pasos aproximándose desde el interior y la puerta se abrió. Un hombre gordo de poblado bigote se asomó y miró a la chica sorprendido.

—¡Que haces aquí afuera! ¿Pero tú no estabas arriba? ¿Qué ?

Y contempló de pronto a Lucas, y su cara llena de sangre. Sacudió la cabeza.

—¿Quién es ese? —preguntó a la chica en un tono completamente frío.

—Déjanos pasar y te lo explico —respondió ella suplicante.

Durante un segundo el hombre contempló a Lucas, indeciso, pero al momento se hizo a un lado y ambos entraron a la edificación.

Lucas visualizó un estrechísimo pasillo que daba lugar a una destartada escalera, y dos puertas junto a aquella por la que habían entrado: una a la izquierda y otra a la derecha.

La chica abrió la puerta de la derecha y pasaron a aquella estancia. Era claramente un bar. La barra cruzaba completamente la sala desde la puerta por la que habían salido hasta otras dos situadas justo en frente. En una esquina había una multitud de sillas y mesas de plástico rojo acumuladas. A su derecha contempló una cristalera enorme con una puerta en el centro, todo ello cubierto con la cortina metalizada típica de aquellos establecimientos.

—El baño está enfrente, por si quieres lavarte la cara —le dijo el hombre nada más entrar. Lucas pensó que querría hablar con la chica sin que él lo oyera, y asintió con la cabeza y se dirigió hacia allí. Se contempló en el espejo del lavabo de caballeros mientras dejaba la mochila en el suelo.

Estaba horrible. Tenía la nariz hinchada, el labio partido y la cara cubierta de sangre reseca. Llevaba el pelo aplastado y lleno de tierra, y vio una pequeña marca en la parte del cuello donde había notado la navaja. Se limpió y acicaló como pudo y volvió al exterior.

Habían encendido las luces del bar. El hombre estaba detrás de la barra fumándose un cigarrillo mientras leía un periódico y hablaba a la vez, y la chica esperaba impaciente sentada en un taburete. Ambos alzaron la mirada cuando Lucas salió del baño.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó la chica. El hombre frunció el ceño pero no dijo nada.

—No, muchas gracias. ¿Puedo sentarme? —dijo Lucas, y lo hizo cuando el hombre dio un seco asentimiento. Contempló a la chica bien por primera vez, mientras ella le sonreía.

Era bastante guapa. Aproximadamente de su altura y delgada, llevaba la melena castaña sujeta en una coleta. “Es más o menos de mi edad” pensó el chico mientras la observaba. La muchacha cruzó las piernas y miró a Lucas.

—Bueno, chico, cuéntanos qué ha ocurrido. Ahora le estaba comentando a Paco que miraba por la ventana y he oído gritos, y al acercarme te he encontrado ahí...

—Me llamó Lucas -contestó el muchacho- estaba en la barandilla contemplando el lago cuando han aparecido esos tíos y me han golpeado e inmovilizado en el suelo. Han vaciado mi mochila y me han quitado el reloj. Menos mal que has aparecido...

La chica sonrió y agitó la cabeza, quitándole importancia.

—Tú también me has salvado después, cuando aquel gorila se abalanzaba sobre mí.

—¿Y qué diablos hacías en el lago a estas horas, chaval? ¿No sabes que el parque es peligrosísimo por la noche? —los cortó el hombre del bigote, malhumorado. Dejaba claro que la presencia de Lucas allí le resultaba extremadamente incómoda.

El chico quedó un instante callado, pensando. No iba a contar a aquella gente el motivo real, por supuesto. Era mejor mentir.

—Paseaba, sólo eso —contestó.

—Menuda noche para andar por ahí, ¿No crees? —dijo el hombre. Lucas no respondió esta vez.

—¿Qué tal llevas la cara? —le preguntó ella amablemente mientras le escrutaba el rostro.

—Bien. Sólo han sido pequeños cortes superficiales. Y la nariz bueno, ya está menos inflamada. Supongo que he tenido suerte —contestó despreocupadamente Lucas. Aquel hombre, Paco, emitió un sonido burlón.

—Suerte has tenido de que mi pequeña haya aparecido por ahí.

La chica se levantó de la silla como si no lo hubiera oído y tocó la mejilla de Lucas con la mano. Estaba helada.

—Te traeré desinfectante, por si acaso, y prepararemos una cama arriba —dijo mientras miraba al hombre. Este asintió, aunque no pareció muy conforme.

—¿¡Qué!?! ¡De ninguna manera! Gracias por el ofrecimiento, pero debo volver a casa. Habéis hecho mucho por mí ya —dijo Lucas con sinceridad. No quería abusar de la hospitalidad de aquella gente.

—Chaval — dijo el hombre levantando la cabeza mientras mantenía los brazos apoyados en la barra —habéis zumbado a cuatro maleantes de Los Arenales. ¿Crees que si te encuentran ahora de nuevo te dejarán en paz? No sólo se conformarían entonces con robarte. Este parque puede ser peligroso cuando llega la noche, y deberías esperar al amanecer.

Lucas lo miró fijamente. Sabía que a aquel hombre no le hacía mucha gracia que se quedara allí, pero lo que podía haber afuera era bastante peor.

—Por favor —dijo la muchacha, y agarró su hombro mientras lo miraba a los ojos —prepararé una cama arriba, no me cuesta nada. Y me quedaría... nos quedaríamos más tranquilos si esperaras al amanecer.

—Está bien -dijo Lucas, convencido- muchas gracias.

A una señal del hombre, la chica se dio la vuelta hacia el lugar por donde habían entrado. Abrió la puerta y le indicó a Lucas que la siguiera.

Regresaron al pasillo por el que habían entrado. Ella comenzó a subir por las estrechas escaleras, y Lucas la siguió.

Llegaron al piso superior. El pasillo era tan estrecho como el de la parte de abajo, y tenía varias puertas a cada lado. El papel de las paredes estaba un poco suelto, y mientras avanzaba hacia fondo Lucas introdujo el pie en lo que le pareció un agujero en el suelo.

La muchacha entró por la segunda puerta a la derecha. Era una habitación minúscula en la que solamente había una estrecha cama, un sencillo armario y una mesilla, aunque tampoco hubiera cabido nada más. La chica abrió con cuidado la puerta del armario y extrajo un juego de sábanas.

—Hoy dormirás aquí —le dijo a Lucas, y este asintió con la cabeza agradecido.

—Muchas gracias de nuevo, de verdad. Oye, y vosotros ¿también vivís aquí arriba?

—Sí. Es mucho más cómodo para el funcionamiento del bar. Preferimos así —dijo ella, aunque al verle la cara Lucas pensó que no lo decía muy convencida.

—Ya. ¿Y Paco es tu padre?

La chica sonrió.

—No, no. Es mi jefe, mi amigo, y lo más parecido que tengo a una familia —dijo, y comenzó a hacer la cama. Lucas no respondió y agarró la almohada para ayudarle a poner la funda. Al acabar la chica lo miró.

—Bueno, ya puedes acostarte si quieres.

—Muchas gracias, de verdad. No se cómo pagaros este enorme favor; estoy en deuda con vosotros.

La muchacha agitó la mano quitándole importancia.

—Con que no vuelvas a este parque de noche, sobra. A lo mejor la próxima vez no estoy ahí para rescatarte —bromeó, y Lucas le sonrió.

Sacó el móvil mientras la chica salía de la habitación. Comprobó entonces que se había apagado. Intentó encenderlo, pero le apareció en la pantalla la señal de falta de batería. Se asomó entonces a la puerta y llamó a la chica.

—¡Perdona! ¿Te puedo pedir un último favor? ¿No tendrás un teléfono móvil o un fijo por aquí? Quiero llamar a mi casa, que no se enciende mi móvil y podrían preocuparse.

—Claro que sí. Mira, ahí, sobre aquella mesita, hay un teléfono

—dijo, y señaló con un dedo al fondo del pasillo. Lucas se dirigió allí y marcó el número de su casa.

Al cuarto tono descolgaron el teléfono.

—¿Diga? —dijo Carlitos a través del auricular.

—¡Carlitos! Soy Lucas.

—¡Lucas! ¿Pero dónde estás? Joder tío, ¡me has tenido preocupado! Son las doce y media, y Mónica ha dicho...

—Escucha, Carlitos, esta noche no voy a dormir en casa, ¿vale? Mañana por la mañana hablamos.

—Vale, ¿Pero dónde estás? —insistió Carlitos

—Mañana hablamos —cortó Lucas.

—Está bien. Hasta mañana, Lucas —contestó resignado su amigo.

Colgó el teléfono y suspiró.

—¿Ya has avisado a tu familia? —preguntó la muchacha.

—No exactamente -le explicó Lucas- No soy de aquí, y vivo en una casa con dos amigos.

—¿En serio? ¿Y eso? —se extrañó la chica.

—Soy estudiante. Estudio Económicas en la universidad.

Ella lo miró muy sorprendida.

—¿De verdad? ¡Qué bien! —exclamó. A Lucas le sorprendió un poco la exagerada emoción con la que había respondido.

—Y tú, ¿No estudias? Pareces bastante joven.

La chica mudó de expresión y agachó un poco la cabeza.

—No. Yo... no me gusta estudiar, y he preferido trabajar —contestó imperturbable.

En aquel momento oyeron pasos por la escalera. La cabeza de Paco se asomó.

—¿Ya te has acomodado, chaval? —preguntó a Lucas.

—Sí. Muchas gracias, de verdad —repitió el chico. El hombre no dijo nada y miró a la chica.

—Baja a ayudarme con las neveras —le dijo, y su cabeza volvió a desaparecer.

La chica se dirigió hacia la escalera. Antes de comenzar a bajarla se dio la vuelta.

—Acuéstate si quieres. Nosotros ahora subimos —le dijo a Lucas.

Lucas asintió con la cabeza, pero en lugar de entrar en la habitación se acercó a ella.

—Y antes que acabareis si os echo una mano —dijo. La chica negó con la cabeza.

—No hace falta. Acuéstate.

—Insisto. ¡Vamos, es lo mínimo que puedo hacer!

La chica lo miró en silencio y no protestó más. Continuó bajando las escaleras.

—Oye, ¿cómo te llamas? Todavía no lo sé —le preguntó Lucas, intrigado.

Ella se dio la vuelta un segundo, y le sonrió.

—Soy Adriana.

* * *

El viento azotaba las hojas de los árboles en medio de la oscuridad. La pequeña edificación de ladrillo rojo quedaba parcialmente oculta a la luz de la luna. Un pequeño gorrión se había posado sobre una de las ramas más altas del árbol que había frente a la ventana, y contemplaba al muchacho que dormía plácidamente dentro de la habitación.

Al rato descendió hasta el suelo, y escondió la cabeza bajo las alas. En aquel momento ocurrió algo extraño: las plumas del ave comenzaron a burbujear, como si se estuvieran derritiendo, y al instante aumentó de tamaño hasta transformarse en un hombre vestido con un abrigo negro abotonado. Aquel personaje dirigió su vista una vez más a la ventana donde descansaba Lucas, y sonrió.

—Todo ha salido bien —susurró para sí, y echó a andar por el parque, perdiéndose entre la arboleda.

* * *

El despertador que Adriana le había prestado sonó a las ocho y cuarto de la mañana y Lucas, por inercia, se giró a la izquierda, donde estaba su mesilla y colocaba siempre aquel instrumento. Durante un segundo se sorprendió de no encontrar nada allí y se quedó de piedra, hasta que recordó que no estaba en su habitación.

Apagó de un golpe aquel sonido que le taladraba los oídos y se restregó los ojos mientras bostezaba. Se vistió y salió al pasillo.

Escuchó ruidos provenientes de la parte baja. Descendió las escaleras y abrió la otra puerta, aquella que quedaba enfrente de la del bar. Adriana, provista de un delantal marrón, estaba en los fogones. Le sonrió al verlo entrar.

—¡Buenos días, Lucas! ¿Quieres desayunar?

—No, gracias. No suelo desayunar casi nunca.

—Pues deberías —le aconsejó la chica - ¡Hay que coger energía desde temprano!

Lucas contempló cómo la chica depositaba varias lonchas de beicon en dos platos, y comenzaba a batir unos huevos.

—¿Ya hay gente en el bar?

—Oh, sí. Hay varios operarios haciendo una obra aquí al lado y vienen a desayunar todos los días a esta hora. Por cierto, gracias por ayudarnos a recargar las cámaras anoche.

—Ya os dije que no me las tenéis que dar. Era lo mínimo que podía hacer —contestó Lucas. La chica sonrió de nuevo y volcó los huevos batidos sobre la sartén. Comenzó a partir entonces trozos de queso de una cuña que había sobre la encimera. Lucas se aproximó.

—¿Quieres que te eche una mano? —le dijo, pero Adriana negó con la cabeza.

—Tranquilo, este es mi territorio. Espérame aquí, que ahora volveré.

Y acto seguido volcó la tortilla sobre un plato y la partió en dos, juntándola con el queso y el beicon. Agarró los dos platos y salió con desenvoltura de la cocina. Lucas la esperó allí y al minuto estaba de vuelta.

—Adriana, tengo que irme —le dijo— ¿está Paco en el bar? Me gustaría despedirme.

La chica negó con la cabeza.

—Ha salido ahora. Pero si esperas un poco...

—No puedo, lo siento. Tengo clase dentro de tres cuartos de hora —dijo Lucas, y era verdad. —pero prometo venir en cuanto pueda por aquí. Ya traeré a mis amigos para que los conozcas. Gracias por todo.

Ella se encogió de hombros y se acercó a Lucas, dándole dos besos.

—Bueno, encantada de haberte rescatado, Lucas. —le dijo, y se echó a reír.

Lucas también sonrió, y acto seguido salió por la puerta.

La mañana era bastante más fría que la del día anterior. Los arcos se entrecruzaban entre los muros coronados por ramas desprovistas de hoja. La fantasmagórica visión del patio había desaparecido, y por el día era una bonita terraza donde, de no hacer tanto frío, cualquiera podría sentarse despreocupadamente a tomar algo. Se dio la vuelta y visualizó la fachada.

La puerta principal del bar estaba entreabierta, y contempló a través del cristal cuatro hombres ataviados con mono azul que reían salvajemente mientras devoraban o que Adriana había preparado. Levantó la vista y contempló el nombre de aquel bar: *Ámsterdam*.

Y reparó en que a la izquierda había un enorme cartel donde suponía Adriana o Paco escribían el menú del día. Pero ahora había un sobre blanco apoyado sobre la pancarta. Lucas leyó, asombrado, su nombre escrito en letras negras.

Lo agarró y rápidamente rasgó el cierre y extrajo el contenido. Sólo había un pequeño trozo de papel escrito en letra diminuta, como el mensaje que le había enviado el gorrión...

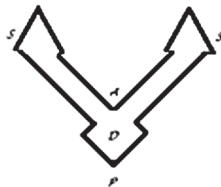
Hola, Lucas.

¿Crees ahora en el destino? Hay lugares donde la hospitalidad y el desinterés siguen siendo, afortunadamente, una realidad. Has conocido a una gente maravillosa, y espero que sean capaces de ayudarte a encontrar aquello que buscas.

Ahora me gustaría que reflexionaras acerca del sacrificio. ¿Qué consideras tú que significa el término de sacrificio? ¿Qué estarías dispuesto a sacrificar por un bien mayor? ¿Y por la gente que te importa?

Recuerda esto, pues tal vez en un futuro te sea de ayuda para entender el comportamiento de ciertas personas.

Me gustaría que acudieras mañana por la noche a la fuente del Ángel Protector, ¿Sabes cuál es? Está en la plaza de la Fortuna. Acude allí a las diez de la noche, por favor. Tranquilo, pues no voy a hacerte daño, ni nadie lo hará por mí. Deberás llevar puesto ese jersey verde lima que tienes, te favorece bastante. Tu destino portará un lazo rojo en la cabeza.



El viernes transcurrió lentamente. En cuanto regresó de clase, Lucas se encerró en su habitación y apenas salió. Por supuesto no contó absolutamente nada de lo ocurrido a sus amigos, a pesar de la insistencia de Carlitos. Dijo que, simplemente, había ido a visitar a otros conocidos y se había quedado a dormir en su casa.

—¿A quiénes? —había preguntado Carlitos con el ceño fruncido.

—Es igual, no los conoces —le había contestado Lucas.

—¿Y esas heridas que llevas en la cara? ¿Te han pegado? —inquirió Carlitos.

—No. Me caí cuando venía de camino —había mentido Lucas.

Y el chico no preguntó más.

Anocheecía, y Lucas estaba tumbado sobre la cama mirando sin ver las estrellas de plástico fluorescente que colgaban del techo. A pesar de la cantidad de trabajo que tenía por hacer, no llevaba ninguna intención de comenzar las tareas. Estaba demasiado ocupado pensando en todo lo que había ocurrido el día anterior...

Seguía preguntándose quién sería aquel misterioso remitente y qué significaría la letra V que aparecía escrita en las notas. ¿Sería un nombre, o un apellido? ¿O tal vez un apodo?

“¿Y por qué me habrá enviado esto?” se preguntó Lucas de nuevo, pero por mucho que se estrujara el cerebro no entendía nada.

Había una cosa que sí había deducido: El escritor de aquellos mensajes tenía que haberlo espiado por la noche. ¿De qué otro modo se habría enterado del atraco? Recordó el incidente, del que afortunadamente había salido prácticamente ileso gracias a la aparición de Adriana.

No pudo evitar sonreír al pensar en ella. Ambos, la chica y Paco, lo habían acogido en su casa en mitad de la noche. Se sentía en deuda con ellos por el rescate y su hospitalidad, y se dijo que les compraría algún regalo y lo llevaría al bar. Se dio cuenta de que no habían tenido reparo de meter a un extraño en su casa. ¿Habría hecho él lo mismo? Lo cierto es que lo dudaba. No se consideraba desconfiado, pero tampoco inconsciente.

Entonces recordó algo más: Aquellos sueños que había tenido, y se estremeció. Porque comprendía que no habían sido solamente eso. En el primero había visto a dos desconocidos con una fotografía suya, y estaba seguro de que uno de los chicos que lo habían asaltado en el parque, el tal Hernán, era una de aquellas

100/ personas que habían hablado sobre él en el callejón oscuro. A la otra persona del sueño, desgraciadamente, no había conseguido verle la cara.

Y el segundo sueño... se asustó de pensar en lo que había visto: El gorrión al que había seguido el día anterior se había transformado en el desconocido del abrigo negro, y lo había estado contemplando desde la puerta del Ámsterdam...

Y estaba asombrado, porque aquello no podía ser real. Pero a la vez... no parecían sueños... sino retazos de realidad...

Llamaron a la puerta y Lucas, que estaba perdido en aquellas divagaciones, se sobresaltó.

—Adelante —dijo.

La puerta se abrió y entró Carlitos a la habitación.

—Lucas, ¿te apetece venir a merendar conmigo? Me iré ahora a por un chocolate con churros.

La idea del chocolate le hizo la boca agua, pero aun así optó por la negativa, pues no tenía muchas ganas de estar con Carlitos ya que seguramente querría preguntarle de nuevo sobre la noche anterior.

—No. Gracias, Carlitos, pero mejor otro día.

—De acuerdo —contestó su amigo, y sacó la cabeza por la puerta. Sin embargo entró al instante otra vez.

—Oye, Lucas. ¿Te ocurre algo? Te veo apagado.

—No. Estoy muy bien, Carlos. Lo único que he dormido mal y estoy algo cansado.

—Vale —le contestó el chico, salió de la habitación cerrando la puerta tras de sí.

Lucas se recostó sobre la cama mientras en su mente se sucedían las imágenes de todo lo acontecido el día anterior, hasta que los párpados le pesaron y cerró un instante los ojos...

* * *

Atardecía mientras Emilio daba vueltas por la habitación. Parecía intranquilo y molesto, como si le disgustara tener que hablar con la persona con la que dialogaba a través del teléfono móvil.

—No se preocupe, que no ha sospechado nada —decía Emilio, intentando aparentar seguridad en su voz.

—¿Seguro? —contestó la persona que había al otro lado de la línea.

—Sí. Cree que fui a cambiar la bombilla rota.

—De acuerdo, pero sigue sin funcionar —dijo bruscamente la voz del teléfono. Emilio tragó saliva.

—Sí, lo siento. No he conseguido repararla. Parece que no tiene solución

—Entonces ven aquí, y te daré una nueva para que la cambies.

—¿Ahora? —preguntó Emilio con voz asustada.

—¿Acaso tienes algo mejor que hacer? —dijo la voz, y se echó a reír de una forma que a Emilio no le gustó en absoluto.

* * *

Y despertó sobresaltado al oír un fuerte estruendo. Gabriel acababa de golpear la pared. Miró por la ventana, y se asustó al ver que ya era de noche. Había quedado a las diez...

Se giró para ver la hora: Eran las diez menos cuarto.

Por segunda vez en dos días, saltó literalmente de la cama y abrió de un tirón el armario. Apartó las perchas hasta que encontró el jersey verde claro. Lo arrancó y se lo puso mientras se calzaba a toda velocidad. Abrió la puerta para salir justo cuando Gabriel abría la suya.

—Lucas, ¿Te he despertado? Lo siento mucho, estaba...

Lucas pasó corriendo sin detenerse mientras le contestaba.

—No te preocupes, ¡menos mal que lo has hecho porque me tengo que ir ya!

Y de dos saltos bajó las escaleras, oyéndose un portazo como despedida.

Eran las diez y doce minutos cuando Lucas giró la esquina de la Calle Concordia y llegaba a la plaza de la Fortuna. Hacía bastante frío, y Lucas se detuvo a respirar hondo tras la rápida carrera realizada para intentar llegar a tiempo. Le preocupaba que su remitente se hubiera cansado de esperar y hubiera marchado ya.

En el centro de la plaza había una fuente que brillaba gracias a las luces del fondo. La estructura representaba a un ángel hermoso, con las alas completamente extendidas, que rodeaba con sus brazos a dos pequeñas figuras, un niño y una niña. Los cubría firmemente a ambos con los miembros en cruz, y los miraba con una especial ternura. Los niños sonreían devolviéndole la mirada al ángel.

La fuente del Ángel Protector era una de las edificaciones más conocidas de la ciudad. Había incluso un orfanato por allí llamado “El Ángel Protector”. Además, el fondo de la fuente estaba cubierto de monedas, pues se decía que lanzar una permitía cumplir un deseo, especialmente a los niños.

Se aproximó a la fuente. Un par de coches discurrían por la calle, pero ninguno se detuvo. Tampoco vio a nadie en las proximidades. Comprobó preocupado que eran las diez y cuarto, y creyó que su remitente se habría cansado de esperar. Se aproximó al borde de la fuente y contempló su reflejo en las aguas turbulentas. Se llevó una mano al rostro y acarició una de las pequeñas heridas de la noche anterior...

—Lucas, ¿Qué estás haciendo aquí? —dijo una voz.

Se dio la vuelta y quedó boquiabierto de ver quién era: Adriana.

La chica llevaba un abrigo largo de color marrón oscuro que cubría todo su cuerpo. Y sobre la cabeza, sujetando el pelo recogido a un lado, había un lazo de color rojo. La chica contemplaba completamente anonadada a Lucas, desviando alternativamente la mirada de su cara a su pecho.

—¡Adriana! Había quedado aquí, ¿Y tú? —le dijo sombríamente, y entonces recordó las palabras de la segunda nota recibida: “Tu destino portará un lazo rojo en la cabeza”. ¿Era posible que ?

—También he quedado aquí —le contestó Adriana - Oye, esto es una broma, ¿no? ¿Eres tú quien me ha enviado los mensajes?

—¿También te han enviado mensajes a ti? —inquirió Lucas algo intrigado.

Ella asintió. El chico no entendía absolutamente nada.

—Mira, hace bastante frío aquí. ¿Por qué no nos acercamos a alguna cafetería cercana? —dijo Lucas, y ella pareció dudar unos segundos, aunque finalmente asintió con la cabeza.

—Y entonces, ¿Por qué estás aquí? —preguntó Lucas.

Estaban en un pequeño bar en una esquina de la plaza. Desde la cristalera donde se encontraban sentados podían seguir contemplando el devenir de las aguas de la fuente. El camarero llegó en aquel momento, y dejó las bebidas sobre la mesa.

—Gracias —le dijo Adriana, y al instante centro otra vez su mirada en Lucas —He recibido esta mañana una nota que me decía que me reuniera aquí con mi destino. Dijo... que llevaría un jersey verde lima puesto.

Y observó el pecho de Lucas mientras este se fijaba en el lazo de ella.

—A mí me dijo que mi destino llevaría un lazo rojo en la cabeza —le contestó el chico.

Ella asintió.

—En la nota me decía que me colocara un lazo de ese color en el pelo sujetando una coleta.

—Y a mí que llevara el jersey verde.

Quedaron en silencio. Lucas se debatía entre el deseo de contarle lo ocurrido a la chica, y a la vez aquello que decían las notas: “no le hables a nadie de este mensaje, ni de nada de lo que pone aquí”. Pero aquella chica pertenecía a la historia, ¿no? “Tu destino” decía la nota...

Decidió confiar en ella. A lo mejor entre los dos llegaban a una explicación acerca de aquel misterioso asunto.

Le relató a Adriana lo que había acontecido en el día anterior: El gorrión en el balcón, el ave de nuevo en el parque, el incidente, y aquella última nota a la salida del Ámsterdam. Adriana lo escuchó con interés y no lo interrumpió en su monólogo. Pero en cuanto Lucas terminó, ella rompió a hablar.

—A mí me ocurrió algo parecido. Ayer por la mañana estaba limpiando las mesas del bar cuando apareció un gorrión. Al principio no reparé en él, pero el animal se acercó y me tocó la mano. Entonces... me llevó hasta una de las entradas del parque. Allí, en el suelo, había un sobre blanco. Y en su interior descubrí una nota y un bote de spray. Y la nota mencionaba algunas cosas que yo jamás le he contado a nadie, Lucas. Y me asusté, y regresé al bar intentando olvidar aquel asunto.

La chica se detuvo un momento. Lucas sintió curiosidad acerca de qué cosas se habría guardado ella para sí, pero no preguntó.

—Y anoche... apareció el pájaro en la puerta del bar. En la nota decía... que si alguna vez volvía a aparecer el ave... cogiera el aerosol y lo llevara conmigo. Así que subí arriba y lo agarré, y seguí al pájaro por el parque. Al final te encontré a ti y a aquella gentuza —concluyó.

—¿Así que por eso viniste realmente? No me oíste gritar como dijiste a Paco anoche, ¿verdad? —preguntó Lucas.

Adriana se puso roja.

—No... El mensaje me decía que no comentara nada con nadie. No sé por qué, pero he confiado en aquel papel hasta ahora.

—Sí. Lo mismo he hecho yo.

Guardaron silencio. Al fin fue Lucas quien habló.

—¿Y cuándo te ha llegado el mensaje de la cita de esta noche?

—Por la mañana. Después de marcharte, he sacado los cubos y he encontrado la nota junto a los contenedores. Decía que viniera aquí a las diez y cuarto.

—¿A las diez y cuarto? —Curioso... —dijo sorprendido Lucas.

—¿Por qué? —preguntó la chica, intrigada.

—Porque a mí me pidió que acudiera aquí a las diez en punto. ¿A qué se debe la diferencia de un cuarto de hora?

—No lo sé. ¿Has tenido que esperar mucho rato? —preguntó Adriana

—¡Que va! Me he quedado dormido y he llegado tarde, justo cuando nos hemos visto.

—Vaya. Una casualidad, ¿no?

—No lo creo... —dijo Lucas. Empezó a pensar que nada de aquello había sido casual, que todo lo que había ocurrido hasta el momento estaba preparado de antemano. Por ejemplo, parecía como si el misterioso V hubiera sabido que llegaría un cuarto de hora tarde, y recordó también aquellos sueños...

—¿Y por qué crees que nos ha citado, y aquí? —continuó diciendo el chico — No está muy cerca precisamente de ninguna de nuestras casas, ¿no?

—Ya, pero para mí este lugar es importante, porque es mi barrio.

—¿Tu barrio? —preguntó Lucas.

—Sí —le contestó la chica, y en aquel momento se puso roja y agachó la cabeza— Yo... soy huérfana, y me crié en el orfanato del Ángel Protector.

Lucas la miró, asombrado por aquella repentina revelación. La chica dio un trago a su bebida, y Lucas esperó pacientemente a que continuara.

—Todavía vengo a visitarlo de vez en cuando. De hecho, Paco cree que he venido aquí a eso —dijo al fin.

—¿Y Paco quién es? —preguntó Lucas.

—Ya te lo dije. Es mi jefe, mi amigo, y mi única familia, a parte de la que tengo aquí —contestó la chica, y señaló con un dedo hacia la fuente mientras continuaba con su relato.

—Me abandonaron en la puerta del orfanato siendo una recién nacida. Las monjas no llegaron a ver a la persona que me depositó en su portal. Solamente encontraron entre mis mantas un papel escrito con un nombre: Adriana.

La muchacha hizo una pausa y suspiró.

—Desde que fui una niña me crié allí, con el resto de huérfanos. Ellos eran mi familia, y vivía muy feliz.

No miraba a Lucas; sino que parecía hallarse en un lugar muy, muy lejano. Daba la impresión de hablar más consigo misma que con el muchacho.

—Sin embargo, todos teníamos un sueño -continuó- Nuestro mayor deseo era despertar una mañana y que nuestros padres de verdad aparecieran. Yo los imaginaba muy, muy guapos, y muy alegres, y ambos me cogían de las manos y me metían en una limusina...

La chica se detuvo un momento y pareció despertar de un sueño. Miró a Lucas.

—Pero nadie vino nunca, y ninguna de las familias que aparecía a adoptar a algún niño se interesó por mí. Y cuando cumplí los dieciocho años me tocó marchar de allí. Busqué trabajo y tras un tiempo de preguntar y luchar encontré a Paco, y me quedé en el bar. Él vivía en la parte de arriba del local, y finalmente, después de conocernos, me trasladé a vivir con él.

Y entonces negó con la cabeza.

—Pero no pienses que hay nada raro entre nosotros —aclaró, y sonrió como sólo el hecho de pensarlo le pareciera ridículo —es mi jefe, y mi compañero. Tiene un gran corazón, aunque parezca bastante intimidante, y me trata como su fuera su hija. De hecho, él cree que he venido al orfanato de visita, lo que de vez en cuando hago. Si le llego a contar lo de las notas se hubiera preocupado mucho y me habría prohibido venir.

—Entonces, ¿Paco no sabe nada de todo esto? —preguntó Lucas.

—No -contestó la chica- ¿y tú se lo has contado a alguien?

—Tampoco -le respondió Lucas- salvo a ti.

—Yo exactamente lo mismo.

Ambos se quedaron en silencio. Al fin Lucas volvió a hablar.

—¿Y por qué has venido? ¿No se te ha ocurrido que podía ser alguien que quisiera hacerte daño?

—Lo mismo podría decir de ti -contestó Adriana- Pero no sé... la verdad es que me doy cuenta de que he sido muy confiada. Y aun así he sentido desde el principio como si... no sé... todo esto no fuera peligroso, sino que de verdad esa persona... quien sea... quiere ayudarme.

Lucas la miró sorprendido, pues era exactamente lo mismo que él sentía. Aun después de lo que le había ocurrido la noche anterior, creía que debía continuar con aquello, que aquel misterioso V no quería perjudicarlo sino todo lo contrario.

—Además -continuó la chica- me dijo algunas cosas que era imposible que él supiera.

—A mí me ha ocurrido algo parecido -dijo Lucas- ¿No te da la impresión de que lo sabe todo de nosotros? Como si estuviera continuamente vigilándonos...

Ambos se giraron a un lado y otro del bar, pero salvo el camarero se encontraban solos. Se asomaron por la cristalera y contemplaron la fuente iluminada por las luces del fondo del estanque, pero la plaza estaba completamente vacía.

Continuaron hablando del tema buscando alguna explicación, algún detalle más que les aclarara quién era el misterioso remitente y qué buscaba con todo aquello.

Lucas evitó durante toda la noche de hablar de su familia. Después de lo que había contado Adriana le daba algo de vergüenza que la chica supiera de quién era hijo.

A las doce menos veinte Adriana apuró su segundo refresco y miró el reloj.

—Tengo que irme, Lucas. Mañana debo madrugar. Escucha, dame tu teléfono móvil y te doy yo el mío, y cualquier cosa que averigüemos lo comunicamos, ¿te parece?

—Claro que sí -le contestó el chico- y toma el fijo de casa por si acaso.

Se intercambiaron los teléfonos y se levantaron. Cuando salieron a la calle, la temperatura había descendido varios grados. Adriana se subió el cuello del abrigo y sonrió.

—Yo me voy por ahí, Lucas -dijo señalando hacia una calle estrecha- ¿Tu casa en qué dirección está?

—Por allí también —mintió Lucas, porque le apetecía seguir hablando un rato

más con ella. Además, le daba algo de miedo dejarla sola allí, después de lo que había ocurrido la noche anterior.

Caminaron durante media hora por aquella zona de la ciudad. El frío aumentaba, y apretaron el paso. Lucas no pudo evitar sentir una opresión en el pecho cuando llegaron a la entrada del parque donde lo habían atracado la noche anterior.

Siguieron el mismo camino hasta que llegaron al Ámsterdam. Los porches brillaban a la luz de la luna, y el viento agitaba las ramas sin hojas que pendían de los muros de ladrillo rojo. Llegaron a la puerta, y Adriana introdujo la mano en el bolsillo para sacar la llave, pero se detuvo. En el suelo, a sus pies, había un sobre. En él, solamente se veía una palabra escrita en tinta negra: Lucas.

Se miraron el uno al otro, y el chico lo agarró rápidamente. Adriana abrió corriendo la puerta de la casa y entraron.

Escucharon pasos provenientes del bar, y se oyó la voz de Paco desde allí.

—¡Adriana! ¿Eres tú?

—¡Sí, Paco! —contestó la chica, e hizo señas a Lucas para que subiera las escaleras.

—¿Pero tú no te ibas esta noche al orfanato? —preguntó intrigado el hombre.

—Tengo que subir un momento a mi cuarto, Paco -le interrumpió la chica- Ahora mismo bajo y te explico.

Lucas estaba ya a medio camino de la escalera y Adriana lo siguió.

Entraron al cuarto de la chica, donde Lucas no había estado la noche anterior. No era mucho más grande que aquel donde había dormido él, y no tenía muchos más objetos. Al pasar, Lucas visualizó un pequeño corcho con unas pocas fotografías, y una ventana bastante grande que daba al interior del parque.

Se sentaron sobre la cama, y Lucas rasgó sin miramientos el sobre. Metió los dedos y extrajo del interior dos cosas: Una nota, y también una fotografía.

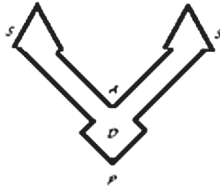
Contempló la fotografía, y sintió que se le helaban las entrañas. En ella se veía a dos personas de pie junto a un coche. Uno de ellos llevaba un sobre marrón y grande entre las manos. Era Emilio. El otro, bastante más mayor, sonreía satisfecho: Era su padre, Matías Bermejo.

Mientras tanto, Adriana había cogido el papel que había salido junto a la fotografía y lo leía en voz alta.

Lucas:

Siento que tengas que enterarte de esto así. Tu padre te vigila, tiene cámaras repartidas por tu casa, y es tu amigo Emilio quien le ayuda. Sé que no ha sido la mejor manera de que lo supieras, pero ya era hora de que abrieras los ojos a lo que de verdad ocurre a tu alrededor.

Recuerda esto: No somos seres perfectos, y muchas veces sacrificamos lo que haga falta por un bien mayor. El perdón es una virtud, no una debilidad.



Lucas Bermejo regresó a su casa a la mañana siguiente. La temperatura ambiental no había ascendido a pesar del sol que se alzaba sobre su cabeza, y tiritaba mientras cruzaba el parque Central. Sin embargo, no le importaba mucho en aquel momento.

Seguía sorprendido, en estado de shock. Había pasado toda la noche sin dormir, con Adriana a su lado, debatiendo y haciendo conjeturas acerca de Emilio y su padre. Le había contado a Adriana de quién era hijo. Le costó hacerlo, pues le apuraba un poco que Adriana lo considerara “el niño pijo de papá”, dada la diferente situación en la que ella vivía respecto a Lucas. Al principio Adriana se sorprendió, pero no por ello le había negado su ayuda, sino todo lo contrario. La chica había pasado con él toda la noche, a su lado, escuchándole e intentando ser comprensiva. Lucas le estaba profundamente agradecido.

Entrevió la entrada del parque más próxima a su casa al final del camino por el que paseaba, y apresuró el paso.

Aunque no quisiera reconocerlo, estaba enfadado con el misterioso remitente de los mensajes por este último. Lo primero, le había mandado una foto y escrito un par de frases, pero nada más. Lo había dejado bastante destrozado, y no le había dado casi explicaciones del tema.

“Te vigilan. Hay cámaras en tu casa” decía solamente la nota. Lucas se sentía humillado. Así que su padre, la gran araña tejedora, el lobo astuto para los negocios también era así para los suyos. Lucas recordó lo que su padre siempre le decía: “No confíes en nadie, hijo mío. Al final, el dinero es más poderoso que cualquier unión existente. Salvo una: La unión de familia. Es la dedicación a la sangre.”, y Lucas había creído siempre aquel lema. Por ejemplo, apreciaba a sus amigos, pero no llegaba a confiar en ellos del todo. Ahora, sin embargo, vio que su padre había extendido la desconfianza incluso a su propio hijo. “Te vigilan”...

Salió por fin del parque y se subió el cuello del abrigo. Corría un viento aterrador que le helaba hasta los huesos.

Y mientras giraba la esquina de su calle, recordó la determinación a la que había llegado: Hablaría con Emilio para pedirle explicaciones. Lo había llamado antes de salir del Ámsterdam, y a pesar de la tremenda bola de odio y las ganas de gritar que se formaron en su interior al oír su voz, había sabido controlarse y fingir naturalidad. Adriana, que había estado a su lado, le había hecho prometer que se calmaría, hablaría con él, y le daría la oportunidad de explicarse. A pesar

110/ de la desazón y la amarga sensación que arrastraba en su cuerpo desde la noche anterior, Lucas no pudo evitar sentir un especial cariño por la chica.

Llegó a la entrada de su casa. Cuando entró se sintió aliviado de la agradable temperatura, y cerró rápidamente la puerta. Escuchó ruidos procedentes de la cocina, pero no se asomó, sino que cruzó con determinación el recibidor en dirección a la escalera. No se veía con fuerzas para hablar con sus amigos, ni siquiera para fingir naturalidad.

—¡Lucas!

Se detuvo al pie de la escalera y se dio la vuelta. Carlitos estaba de pie en el umbral de la cocina.

—¡Joder, tío, podrías avisar de que no vienes! ¡Me has tenido preocupado!

Y lo miró enfadado, aunque Lucas sabía que en el fondo le costaba mantener aquella cara de rencor. Y A pesar de su desazón, Lucas no pudo evitar sonreír ante la imagen.

—Lo siento, Carlos. Se me ha olvidado llamar.

—¿Dónde has estado?

Lucas lo miró, pero no contestó. Carlitos frunció el ceño y suspiró, acostumbrado a aquella habitual escena. Su expresión se relajó bastante.

—Si no me lo quieres decir, vale, pero por lo menos avisa de que no vienes. Desde que has vuelto de tu viaje... no se... estás muy raro. Lucas, ¿De verdad no te ocurre nada?

Ahora fue Lucas el que suspiró, cansado.

—Nada, Carlitos. Escucha, tengo que irme. No sé cuándo volveré. Te lo digo ya para que no te preocupes, ¿Vale?

Comenzó a subir la escalera. La verdad es que no les contaba nunca nada a sus amigos, salvo lo estrictamente necesario. Su padre así lo había educado, y era lo que él había hecho toda la vida. Y todo aquel tema de las notas sentía que era algo personal, que debía de guardar para sí y para Adriana.

Llegaba al final de la escalera cuando Carlitos carraspeó. Lucas paró en el último escalón, se dio la vuelta y vio que el chico no se había movido de su posición.

—Oye, Lucas. Hay otra cosa que quiero comentarte. Estoy preocupado también por Gabriel. Lleva dos días muy... raro.

Lucas puso los ojos en blanco. Lo cierto era que estaba un poco harto de los

cambios de humor de Gabriel. Su amigo pasaba a veces de la afabilidad y buen humor a una tirantez y tristeza exageradas sin motivo aparente.

—Mira, Carlos, ya sabes como es. Déjalo, que si tiene un día malo lo mejor es no decirle nada.

—Esta vez es distinto. Se comporta de una manera muy extraña. Me da miedo que haya vuelto a... ya sabes...

Y Lucas lo miró con los ojos muy abiertos. Carlitos tragó saliva mientras se frotaba nerviosamente las manos y se mordía el labio inferior, asintiendo repetidamente con la cabeza.

El Gabriel de aquel momento y el de varios años atrás era muy diferente. Lucas y Carlitos se habían quedado de piedra cuando el serio, inmutable y responsable Gabriel les había relatado sin parpadear cómo se había introducido poco a poco en el mundo de las drogas. Las había probado con catorce años, y había comenzado a consumir, al principio como un juego más con sus compañeros, hasta que se convirtió en una rutina y finalmente en una necesidad. Afortunadamente sus padres lo descubrieron y lo llevaron a una clínica. Poco tiempo después había conocido a sus amigos, y Lucas recordaba el comportamiento de Gabriel en aquellas fechas: distraído, paranoico, con un mundo propio dentro de su cabeza. Gracias a dios poco a poco había controlado su temperamento y ahora, a sus veinticinco años, llevaba una vida completamente normal.

Pero aquello era diferente. Una sensación de frialdad recorrió el estómago de Lucas al oír a Carlitos decirlo.

—¿De verdad? —le preguntó.

Carlitos volvió a asentir con la cabeza.

—Ha estado dos días muy raro. Da vueltas por ahí como un alma en pena, y susurra cosas raras por el pasillo. No se... además, ha estado muy poco en casa. Anoche mismo lo oí llegar bastante tarde, y no ha querido explicar qué ha hecho. Aunque eso tampoco lo haces tú.

Lucas no contestó ante la provocación que Carlitos había dejado caer. Siguió hablando del mismo tema, como si no lo hubiera oído.

—Bueno, debemos tener un ojo puesto en él.

—Sí.

Y Carlitos entró de nuevo en la cocina. Lucas siguió subiendo las escaleras en dirección a su habitación. Al llegar a la altura del cuarto de Gabriel, vio que la

112/ puerta estaba entreabierta y le extrañó, pues su amigo siempre se cerraba a cal y canto. Se acercó y llamó con los nudillos.

—Adelante —contestó Gabriel.

Lucas entró. La ventana estaba completamente abierta, y hacía mucho frío. Gabriel se hallaba tumbado sobre la cama con los brazos y las piernas extendidos, mirando al infinito. Al entrar, posó la vista en Lucas un segundo, y al instante la fijó de nuevo en el techo, como si le resultara más interesante que mirar a su amigo.

—¿No has pasado aquí la noche, verdad?— le preguntó bruscamente. Lucas se mosqueó un poco, pero no le contestó. Se dirigió al escritorio. Sobre la mesa había una montaña de papeles completamente desordenados. Lucas vio también el colgante que le había regalado en una esquina. La luz del sol incidía en la superficie de la concha y le reflejaba en la cara. Apartó la vista de allí y se volvió hacia la cama.

Gabriel continuaba con la vista puesta en el techo. Ni siquiera pareció darse cuenta de que Lucas todavía estaba en la habitación con él.

—¿Y quién es ella? —preguntó de pronto, y entonces volvió a mirarlo. Tenía los ojos enrojecidos.

—Es una chica... que he conocido hace poco. Pero no ha pasado nada. Simplemente somos amigos.

Entonces Gabriel se incorporó. Lo hizo tan rápido que Lucas se sobresaltó, y pensó que le estaba dando algún ataque. Sin embargo, su amigo se dirigió al espejo de pie que había frente a la cama, y se quedó allí contemplando su reflejo, mientras se acariciaba cuidadosamente el mentón con los dedos.

—¿Lucas, tú crees que existe algo al otro lado del espejo?

—¿Cómo? —le preguntó Lucas. No entendía lo que le quería decir, y pensó que igual era verdad que volvía a su antigua vida. Aquello le asustó enormemente.

Gabriel suspiró.

—Una teoría dice que existen varios universos paralelos donde somos completamente diferentes, pero somos a la vez nosotros mismos. ¿No crees que estaría bien echar un vistazo? A veces me gustaría asomarme a contemplar...

Y Lucas comprendió lo que Carlitos había querido decirle: Estaba completamente ido. Los ojos que se reflejaban en el espejo parecían embotados, hechizados.

—¿Gabriel, estás bien? —le preguntó con delicadeza.

—Muy bien, gracias, ¿y tú? Le contestó su amigo distraídamente, sin apartar la vista del espejo.

Lucas se dio la vuelta y contempló el escritorio. Buscó minuciosamente con la mirada para ver si encontraba algo extraño, y alargó la mano para coger el colgante que le había regalado...

Con un grito, Gabriel se apartó del espejo y corrió hacia él. Le arrancó violentamente el colgante de los dedos.

—¡No toques eso! —le gritó, y sus facciones se transformaron durante un instante en una máscara de odio.

Lucas, asustado, dio un paso atrás. Pero se armó de valor y decidió contestarle.

—¿En qué andas metido, Gabriel? ¿Has vuelto a probar las drogas? —le preguntó directamente. “Demasiado directo” pensó, y se arrepintió al momento.

Gabriel abrió mucho los ojos y lo miró sorprendido.

—¿Qué? No, no, que va. Solamente no me gusta que toquen mis cosas sin mi permiso, Lucas.

—¿Y por qué te has puesto así? ¿Por qué me preguntas esas cosas? ¿Qué te ocurre, Gabriel?

Y su amigo bajó la mirada y pareció desinflarse. Al instante comenzó a mirar a todos los lados con cara de asombro, como si acabara de despertar.

—Estoy... cansado. No he dormido bien. Creo que me acostaré un poco.

Y sin decir una palabra más se metió en la cama. Lucas salió sin hacer ruido de la habitación completamente desconcertado, y mucho más preocupado de lo que había entrado.

* * *

Eran las tres de la tarde, y Lucas caminaba hacia la casa de Emilio. Lo había llamado por la mañana y habían quedado para tomar un café en el bar Estelle, pero Lucas había salido antes de casa para ir a buscarlo. Quería sorprenderlo en su casa, y hablar con él allí. Con un poco de suerte y, dado el temperamento de Emilio, esperaba que no le costara mucho hacerle hablar y que le explicara todo sobre aquella foto y el mensaje que su misterioso remitente le había enviado.

Llegó al portal y llamó al timbre. Tras unos segundos de espera, descolgaron el portero.

—¿Quién es? —preguntó la voz de Emilio.

—Soy Lucas, Emilio —respondió el chico.

—¡Lucas! ¿No habíamos quedado dentro de media hora? —le preguntó nervioso, pero Lucas no se sorprendió por ello, pues Emilio se alteraba ante cualquier cosa que se saliera de lo previsto.

—Sí, pero no tenía nada que hacer y me aburría, así que he venido antes. Espero que no te importe.

—Que va —contestó Emilio con voz temblorosa.

—¿Puedo subir? —se aventuró a preguntar Lucas. Emilio se mantuvo un poco en silencio, como si estuviera meditando.

—N... no. Es que... tengo la casa muy desordenada y no quiero que la veas así. En cinco minutos bajo.

—Vale, pero ábreme el portal de abajo. No sabes el frío que hace aquí —le dijo Lucas, y era cierto: La temperatura seguía siendo bastante desagradable. Lucas ya no sentía las orejas y la cara.

Como respuesta se oyó el sonido de la puerta, y Lucas la empujó. Entró, y durante unos momentos se quedó quieto agradeciendo el contraste de temperatura, pero no se quedó allí. Subió las escaleras hasta el tercer piso y se agazapó al lado de la puerta de Emilio, esperando...

A los pocos minutos oyó abrirse la puerta, y se abalanzó hacia allí.

—¡Lucas! ¿Qué...? —le preguntó Emilio, pero Lucas lo apartó de un empujón y entró rápidamente en su casa. Cruzó corriendo el pasillo hasta la habitación de Emilio, mientras éste hablaba por detrás.

—¡Oye! ¿Pero qué haces, Lucas? —Le preguntó, y entró detrás de él en la habitación.

Lucas repasó con la mirada cada rincón de la sala.

—¿Me estás escuchando? ¡Oye, empiezas a asustarme! —le dijo Emilio, y le puso una mano sobre el hombro.

Lucas la apartó de un golpe.

—¡Ay! ¿De qué vas? —le gritó, frotándose la mano agredida con la otra.

—¿Tú conoces a mi padre, Emilio? —le dijo, a la vez que se daba la vuelta y lo miraba.

Vio cómo su compañero tragaba saliva y abría mucho los ojos.

—P... pues no, no le conozco. Aunque tú me has hablado mucho de él —dijo Emilio.

—Ya, pues creo recordar que sí lo conoces. Te lo presenté el año pasado —contestó Lucas, y observó cómo Emilio empezaba a temblar. Sus manos comenzaron a agitarse.

—Ah... sí, sí. Es cierto. Lo había olvidado.

La rabia comenzó a acumularse en el interior de Lucas como si fuera un potente veneno. Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta, y sacó la foto.

—Entonces, ¿Qué es esta foto, Emilio? ¿Por qué apareces aquí con mi padre? —le dijo, y lanzó con furia la foto al chico.

La imagen le golpeó en la cara y cayó al suelo. Mientras Emilio se agachaba a recogerla, Lucas volvió a repasar la habitación con la mirada, pero no encontró nada extraño a simple vista.

Emilio observó atentamente la fotografía, completamente atónito. Se incorporó de nuevo, sin decir nada, y no levantó la vista. Parecía avergonzado.

—Dime, Emilio. ¿Qué significa esto? ¿Por qué has quedado con mi padre, y no me lo has dicho? ¿Por qué? —dijo Lucas, y se dio cuenta de que había elevado bastante el tono de voz.

Emilio comenzó a tartamudear.

—E-escu-cucha... L- Lucas. Tu padre sólo... sólo me p-pidió q-que te ayudara c-con

—¡No mientas, Emilio! ¡Ya sé que me espías, que mi padre tiene cámaras en mi casa! ¿Por qué diablos lo haces? ¿Qué pretendes con esto? ¡CONTESTA!

Y Emilio cayó al suelo de rodillas mientras comenzaba a balbucear palabras ininteligibles. Se acercó arrastrándose hasta Lucas y lo agarró de las rodillas.

—Lucas, por favor, por favor... —le suplicó.

—¡NO ME TOQUES! —le gritó Lucas, y sacudió las piernas hasta que Emilio se soltó. El chico lo miraba pidiendo misericordia.

—Por favor Lucas, escúchame. ¡Yo no quería hacerlo, de verdad! Pero tu padre me obligó. Me dijo que si no hacía lo que me pidiera despediría a mi padre. Y no

116/ podía permitir eso. Somos cuatro hijos en casa, y sería la ruina para mi familia. Por favor...

—¿Así que sólo te importa el dinero, eh? ¿Y no se te ocurrió pensar en ningún momento en mí, en lo que me estabas haciendo!?

—Lo siento de verdad, Lucas. Pero... no podía... mi familia...

—Me das asco —le espetó, y escuchó el enorme desprecio con que pronunció aquellas palabras.

Emilio se tapó la cara con las manos y rompió a llorar. Sin embargo, eso no apaciguó a Lucas, sino más bien al contrario: lo enfureció todavía más esa muestra de debilidad, de cobardía. Comenzó entonces a registrar sin miramientos la habitación. Abrió los cajones de la mesa y los revolvió, pero solamente encontró apuntes.

Se giró hacia Emilio. El chico lloraba arrodillado todavía en el suelo.

—¿Desde cuándo me vigilan? —ladró.

Emilio tragó saliva y se sentó, tratando de calmarse. Tenía los ojos completamente rojos e hinchados.

—Desde hace meses. Lucas, por favor...

—¿Y por qué quiere mi padre espiarme? —lo interrumpió. No sentía ningún tipo de lástima por el chico, solamente desprecio.

—Eso no lo sé. ¡Te lo juro!

—¿Y el paquete que te entrega mi padre en la fotografía, qué es?

—Eso... es una cámara. El día que volviste de tu viaje esa chica, Ruth, golpeó la lámpara del salón y la cámara se rompió. Tu padre me pidió que fuera a tu casa e intentara arreglarla. Dijo que no sospecharías de mí si me sorprendías por allí.

—¿Por eso viniste el otro día, no? ¿Pensabas que entonces ya estaría con Mónica?

—Sí. Sabía a qué hora habíais quedado, y a la que tus compañeros volverían. Y no sabía cuánto me costaría repararla. Pero no pude, no encontré el modo. Así que se lo dije a tu padre, y ayer por la tarde tuve que bajar a Cerever y tu padre me entregó una nueva.

Guardó silencio, aunque al instante volvió a hablar, nervioso todavía. Pareció pedirle permiso incluso para preguntar, como si le diera vergüenza.

—Pero tú... ¿cómo descubriste dónde estaban el resto de las cámaras?

—¿Perdón?

Por primera vez durante toda la conversación, Lucas estaba más sorprendido que enfadado.

—¿Qué quieres decir? Yo no he encontrado ninguna cámara. No sé dónde están.

Esta vez fue Emilio quien abrió la boca, asombrado.

—Pero si tu padre me ha dicho que todas las cámaras fueron desconectadas anoche, y temía que te hubieras dado cuenta...

Lucas lo miró. Así que las cámaras habían sido desconectadas...

Le pareció demasiada casualidad. Además, si sus amigos las hubieran encontrado, algo le hubieran dicho, ¿no? Sólo había una persona, a parte de él y Adriana, que supiera acerca de las cámaras. La misma que se lo había dicho a él: El misterioso V.

Y Lucas se estremeció de pensar que aquel extraño hubiera entrado por la noche en su casa. Tal vez intentara ayudarle (según sus propias palabras) pero aquello le parecía demasiado...

Y recordó entonces la última de las notas, la que hablaba sobre el perdón.

“No somos seres perfectos, y muchas veces sacrificamos lo que haga falta por un bien mayor”

Miró a Emilio, arrodillado en el suelo junto a él, como una alimaña, y por primera vez Lucas sintió lástima de él. Había sacrificado su dignidad y su amistad con Lucas por su familia. Sí que había tenido elección; podría haberse negado... y las consecuencias habrían sido fatales. Y recordó una de las cosas que Adriana le había dicho la noche anterior: “No sabes lo que es partir de nada, saber que no vales nada, que a nadie le importa, y luchar por sobrevivir”. Lucas respiró hondo.

—Elegiste un camino que no te convenía, Emilio; pero te puedo comprender. Entiendo que pensaras primero en tu familia.

Emilio levantó la cabeza y contempló al muchacho con la boca abierta. Al instante comenzó a balbucear palabras de gratitud.

—De verdad, gracias, gracias por entenderme. Perdóname...

Lucas no dijo nada más, y salió de la habitación.

El viaje en autobús llegaba a su fin. Lucas observaba el atardecer a través de la ventana mientras empañaba el cristal con su aliento. Las verdes praderas se sucedían y alternaban con pequeños árboles diseminados a lo largo de la carretera. Era una bonita puesta de sol, pero el chico no le prestaba mucha atención.

Al momento comenzaron a aparecer las primeras fábricas, y acto seguido las casas. Las luces de las farolas estaban ya encendidas. El autobús hizo su primera parada frente a un pequeño parque, y cuatro o cinco personas se apearon. Lucas contempló a los viajeros recoger sus maletas y alejarse por la calzada.

Se removió en el asiento mientras el autobús arrancaba de nuevo y se unía al tráfico. Al poco tiempo estaban ya en el centro de la ciudad; y después de dejar atrás varios edificios, Lucas la contempló.

Un edificio inmenso, descomunal. Una torre que se alzaba más alta que cualquier otra construcción próxima, como un monumento al cielo en medio de aquella multitud de coches y transeúntes. Era la torre Bermejo.

El autobús realizó su segunda parada a unos cien metros de la torre, en la acera contraria, y Lucas se apeó. Contempló de nuevo el edificio que su padre había construido hacía veinte años, y que se había convertido en un símbolo para la ciudad. Miró el reloj y descubrió que eran las siete de la tarde. Su padre, por tanto, estaría todavía allí. Lucas confiaba en que no tuviera ninguna reunión, pues había preferido aparecer por ahí sin avisar, para no darle tiempo a prepararse. Esperaba que Emilio no le hubiera contado nada, aunque lo dudaba. Si el chico lo hacía, su futuro se deshacía a pedazos. Lucas se prometió no mencionar a su compañero.

Cruzó la calle y se dirigió hacia la puerta. El portero lo reconoció y se la abrió, saludándolo con una inclinación de cabeza. Lucas traspasó el umbral.

El vestíbulo era enorme, y estaba completamente iluminado. En el centro había una fuente magistral de la que se elevaban chorros de agua, y multitud de plantas decoraban los rincones de la sala. Su padre siempre decía que una buena primera impresión era muy importante para la comunicación.

Saludó a las recepcionistas y se dirigió a los ascensores, al fondo del vestíbulo. Justo en aquel momento se abrieron las puertas de uno de ellos y dos hombres de traje salieron de allí. Observaron a Lucas mientras continuaban su conversación, y se alejaron hacia la salida.

El chico se introdujo en el ascensor y pulsó el botón de la octava planta, pues allí se situaba el despacho de su padre.

El ascensor traqueteó mientras subía y se detuvo en la tercera planta. Una chica de treinta y tantos años, ataviada con falda negra de corte recto y camisa

blanca abrió la puerta. La media melena rubia contrastaba con el espeso maquillaje. Al instante sonrió a Lucas y le plantó dos besos. Era Vanessa, la principal secretaria de su padre.

—¡Hola, Lucas, cariño! ¿Qué tal estás, cómo tú por aquí? Tu padre no me ha comentado nada.

—Hola Vanessa. Ya, he venido a verle sin avisar. Quería que fuera una sorpresa. Espero que no le importe...

—¡Oh, tranquilo! Se alegrará de verte. Le gusta tenerte siempre cerca, ya sabes. Algún día serás tú el jefe.

Y se echó a reír mientras las puertas se cerraban y el ascensor continuaba subiendo.

—Pues has tenido suerte -siguió comentado Vanessa despreocupadamente- porque ha salido hace poco de una reunión. Me ha mandado a recursos humanos a por unos papeles que necesitaba para el lunes.

Continuó hablando mientras el ascensor ascendía. Finalmente llegaron a la planta y se bajaron ambos allí. Dos pasillos se extendían ante ellos, y era en la intersección donde estaba situado el ascensor. La mesa de Vanessa estaba un poco más alejada en el pasillo de la derecha.

Se encaminó hacia allí y Lucas la siguió. La mujer dejó la carpeta que llevaba encima de la mesa y apretó un botón del teléfono que había junto al ordenador.

—Matías, ya he recogido los informes. Su hijo está aquí, ha venido a verle.

—¿Lucas? Que pase. Y gracias, Vanessa —contestó la inconfundible voz de su padre.

La chica sonrió a Lucas y le señaló con el dedo la puerta que había justo enfrente de su mesa.

—Pasa, Lucas.

—Gracias, Vanessa — dijo el chico.

Lucas se acercó, llamó suavemente con los nudillos y entró.

El sol lanzaba sus últimos destellos dorados a través de la ventana circular que su padre tenía detrás del escritorio. Las luces de neón estaban ya encendidas iluminando la estancia. A su derecha había dos sofás con una mesita en medio, y detrás una barra con un mini bar sobre ella. A la izquierda, una enorme estantería cruzaba la habitación de punta a punta abarrotada de libros, papeles, y diversos objetos decorativos. Parecía el escaparate de cualquier tienda de muebles, todo brillante, perfecto e inmaculado.

Matías Bermejo se levantó de la silla y rodeó el escritorio para acercarse a su hijo. Llevaba la raya del pelo recta, y el alineado bigote y la barba perfectamente recortada acentuaban todavía más su cuello de toro. Emitía una seguridad, una sensación de estabilidad y calma increíbles, lo que Matías aprovechaba ante cualquier ocasión que se presentara en sus negocios, como una estrategia más. Parecía un orgulloso león de color grisáceo que cuidaba con admiración su territorio. Extendió ambos brazos mientras miraba a su hijo.

—¡Ah, hijo mío! ¡Qué sorpresa! Suerte has tenido de encontrarme aquí. Hace nada que he salido de una reunión.

Sonrió a su hijo mientras se arreglaba el nudo de la corbata. El traje de seda italiana se ajustaba perfectamente a su cuerpo, y Lucas pensó que su padre parecía un elemento decorativo más del escaparte.

Su padre señaló los sofás, y ambos se dirigieron hacia allí. Matías abrió la puerta del mini bar y sacó una botella de whiskey y dos copas de cristal. Tras llenar de hielo ambas copas, apuró la botella en ambos vasos hasta la mitad y sonrió a su hijo.

—No te he preguntado, pero sé que una copa sí que tomarás, ¿no? No hay mejor manera de concluir un largo día de trabajo que tomarme una buena copa de whiskey con mi hijo —dijo, y levantó una de las copas por encima de los ojos, como si brindara por su hijo. Le tendió la otra copa a Lucas, que no contestó nada pero la cogió.

Su padre dio un sorbo al vaso, y al tragar volvió a hablar:

—¿Qué tal la vuelta a la vida normal, hijo mío?

—Bien. Aunque han sido unos días un poco raros. No se...

—Es normal, es normal. Cuesta hacerse de nuevo después de viajes así.

Matías dio un sorbo a su bebida, y Lucas lo imitó. La bebida era excelente. Removió distraídamente la copa mientras contemplaba la habitación. Su padre lo observaba.

Reparó entonces en el escudo familiar, a la derecha del escritorio.

Se dividía en tres compartimentos. El primero de ellos, arriba a la izquierda, representaba una espada alargada con pequeños rubíes incrustados en el mango. A la derecha, había cuatro rombos dorados colocados formando un gran rombo gigante. El compartimento de abajo, el más amplio, representaba dos águilas que agarraban con sus picos una enorme letra B.

Su padre siguió el curso de su mirada y sonrió, contemplando orgullosamente el tapiz.

—¡Ah! Precioso escudo, ¿verdad? Representa todo lo que esta familia lleva años y años construyendo. Piensa, hijo mío, piensa en todo el tiempo que hemos sacrificado aquí para conseguir llegar a lo más alto, horas de duro trabajo y dedicación a la sangre.

Su padre utilizaba mucho aquella frase: “Dedicación a la sangre”. Lucas se enfureció al pensar lo hipócrita que sonaba en aquel momento, pero se contuvo y guardó silencio.

Su padre se levantó de repente y se aproximó a la estantería que había en la otra punta de la habitación. Rebuscó entre los estantes y agarró un pequeño libro de tapas plateadas y envejecidas y comenzó a pasar páginas. Al final se detuvo en una y sonrió.

—Creo que es un buen momento para nombrar una cita célebre de uno de mis favoritos, Lucio Anneo Séneca. “La mayor rémora de la vida es la espera del mañana y la pérdida del día de hoy” — dijo, y acto seguido sonrió a su hijo y cerró el libro de golpe.

—Nosotros los Bermejo debemos aprovechar los días, Lucas. Cada uno, es un tesoro.

Lucas terminó su copa de un trago y se levantó para dejarla en el mini bar. Cerró los ojos.

—¿Por qué tienes cámaras en mi casa, papá? —le preguntó, y al instante se sorprendió de la sencillez y rectitud con que había expresado la idea que llevaba intentando decir desde que había entrado en la habitación. Tal vez el fuego que lo abrasaba por dentro, o la copa que acababa de tomar lo habían ayudado a despejar la lengua por fin.

Se dio la vuelta hacia su padre. Éste lo observaba sorprendido, todavía con el libro en la mano.

—¿Qué dices, hijo? No te comprendo.

El muchacho apretó los dientes.

—Pues yo creo que sí. Hablo de las cámaras que tienes escondidas por toda mi casa.

Matías abrió mucho los ojos, y al momento se echó a reír fuertemente, de forma exagerada y arrogante con la cabeza hacia atrás.

—¿Qué imaginación tienes, Lucas! ¿Que tengo cámaras en tu casa? ¿Qué crees que soy, el Gran Hermano, que me dedico a espiar a la gente? Tengo ya bastante con sacar adelante cada día este negocio.

Y rió de nuevo mientras colocaba el libro en su posición.

Lucas sintió calor en sus mejillas y la rabia acumularse en el interior. Ver como su padre se reía de aquella grotesca manera lo enfureció todavía más.

—¡No mientas! -le gritó, sin poder contenerse por más tiempo- Sé que colocaste cámaras por toda mi casa, y que ahora han dejado de funcionar. ¿Por qué las pusiste allí? ¿Has querido tenerme vigilado todo este tiempo? ¿Es que no confías en mí, en tu propio hijo?

Y sin poder evitarlo, agarró el vaso que acababa de dejar sobre el mini bar y lo estrelló con fuerza contra el suelo. El cristal explotó en infinitos pedazos que salieron despedidos por toda la habitación.

En el rostro de Matías no había ya ni una sombra de la sonrisa. Completamente serio, se mantuvo callado observando a su hijo sin moverse un milímetro, como si no le importara lo que acababa de ocurrir. Miraba a su hijo de una forma extraña, como si lo hiciera por primera vez.

—Lo he hecho por ti, hijo mío. Por tu seguridad —le dijo en un tono suave, casi susurrante.

—¿Mi seguridad? ¡NO ME VENGAS CON CHORRADAS! ¿QUÉ CLASE DE PADRE CONTROLA DE ESA MANERA A SU HIJO, EH? ¡SÓLO UN LUNÁTICO!

Y no pudo evitar que las lágrimas escaparan de sus ojos y resbalaran por las mejillas. Se sentía humillado y traicionado. Su padre, a quien idolatraba, en quien siempre se había inspirado, aquello que para él siempre había sido un ejemplo a seguir, no confiaba en él. El principal pilar de su vida se había derrumbado de un solo golpe.

Su padre se acercó a él.

—¡Lo he hecho por ti, Lucas! Para saber que estabas bien. Quería protegerte.

—¿De qué!?

—De ese compañero tuyo, Gabriel.

Lucas frunció el ceño, completamente desconcertado.

—¿Qué pasa con él?

Matías apretó los labios.

—Me he informado. Oh, sí, estoy al tanto de lo que ha hecho con su vida. Ese chico ha frecuentado prácticas y compañías con las que no conviene que te relaciones. Es un drogadicto y un ladrón.

—¡No es un drogadicto, y es mi amigo! —le gritó el muchacho, indignado.

—No, no lo es. ¡Reflexiona sobre todo esto, hijo mío! No podemos permitir que nuestros oponentes descubran nuestros posibles puntos débiles. Y ese chico lo es. ¿Qué imagen crees que daríamos si se enteran de que mi hijo tiene relación con una persona así? La competición es dura, Lucas. No podemos dar pasos en falso.

Lucas lo miró sin poder creer lo que oía.

—¡Así que sólo te importa eso, la empresa, la imagen!

—Sí. Y no montes un numerito. Ya sabes que esto es lo más importante, y más todavía para ti, porque es el futuro que heredas. ¡He trabajado muy duro para que tuvieras lo mejor, para dejarte un legado inigualable y que puedas convertirte en el perfecto heredero de esta casa, Lucas Bermejo! ¡Continuarás con lo que ha construido esta familia!

—No dejas de repetir lo mismo: trabajo, sangre, legado... ¡Palabras vacías! ¿Y llamas a esto familia? La familia es una unión, se basa en la confianza. No hace lo que tú me has hecho.

—¡Deja de quejarte, deja de llorar! Agradece todo lo que he hecho por ti, Lucas. Tal vez no haya sido la mejor manera de mantener tu seguridad, pero no me has dejado otra opción. Te niegas a dejar esa casa y a esa gentuza, hijo.

—¡No me llames así!

—Eres mi hijo te guste o no, y yo tu padre. Y tu amigo Gabriel es un ladrón que te acabará haciendo daño.

—Pues hasta ahora el único que me ha hecho daño has sido tú.

—Y Emilio también, supongo.

—¿Qué pasa con Emilio? —preguntó Lucas, intentando parecer lo más asombrado posible.

—Oh, ahora no te hagas el sorprendido. ¿Cómo si no has sabido lo de las cámaras? No están a simple vista. Veo que tu amigo ha escogido finalmente... y también las consecuencias, claro.

Lucas estaba sorprendidísimo, pues no conocía aquel lado oscuro de su padre. Lo contempló, y se dio cuenta de que aquel hombre que ahora se alzaba imponente ante él, con aquella especie de frialdad emanando de sí, era muy diferente del que creía haber conocido siempre.

—Deja a Emilio en paz. Deja a mis amigos en paz. Y a mí también —lo cortó Lucas, y se dirigió hacia la puerta enfadadísimo.

—Si sales por la puerta ya no podrás volver —le amenazó Matías a mitad de camino. El chico se detuvo. —eso es, piénsalo. La verdad es que esto ha sido culpa mía, por permitirte hacer lo que te ha dado la gana. Te fuiste a vivir con esa gente contra mi criterio, y hasta ahora he aguantado. Pero no pienso tolerarlo más. Deja aquella casucha y ve con personas que de verdad te convienen, hijo. Todos esos “amigos” se volverán contra ti algún día, créeme. Tienes la posibilidad de conquistar el mundo, aquí conmigo, hijo mío.

Y le tendió la mano, pero Lucas no se la agarró, si no que suspiró hondo.

—Toda mi vida has sido el pilar principal en quien apoyarme, y en quien inspirarme. He hecho siempre lo que tú querías que hiciera, porque estaba convencido de que si me lo aconsejabas, era segura la mejor opción. Pero ahora empiezo a dudar. Me doy cuenta de que he tenido recelo hacia mis amigos por ti... porque a ti nunca te han gustado.

Pero no era yo lo que en el fondo te importaba, o al menos yo como hijo, ¿cierto?, sino como heredero de esta torre y lo que representa. ¡Este es el hijo a quien quieres de verdad! —gritó, señalando con las manos de arriba abajo.

Matías se quedó mirándolo con la boca abierta y sacudió la cabeza, como si despertara de un sueño. Entonces su semblante cambió, y Lucas sólo pudo ver una mueca de asco. Se acercó a él rápidamente y lo agarró por el cuello de la camisa.

—¡Quién coño te crees que eres para hablarme así! ¡No serías nada, nada, de no ser por mí! ¿Esta es tu manera de agradecerme el sacrificio tan enorme que he hecho por ti? ¡Tú eres el hijo a quien he dado todo, tú!

—Sí, tú único hijo, mal que me pese —le contestó Lucas.

—¡Eso es lo que tú te crees! —le gritó su padre.

Lucas se quedó de piedra. Durante un momento creyó que no había oído bien.

—¿Qué has dicho? —le preguntó a su padre.

Matías se dio cuenta entonces de lo que había dicho, y agitó la cabeza de un lado a otro.

—Nada, será mejor que te vayas, Lucas. Me has decepcionado mucho.

—¿Qué has querido decir, Papá? —insistió el muchacho.

—¡Nada! Y como no te vayas llamaré a seguridad —le contestó su padre.

Y Lucas abrió la puerta y salió, mientras su padre lo contemplaba.

Era ya noche cerrada cuando Lucas salió rápidamente por la puerta de la Torre Bermejo. Miró a ambos lados de la calle y cruzó la calzada en dirección a la parada del bus. Cuando llegó, se sentó en el asiento de la marquesina mientras esperaba impaciente la llegada del vehículo, sin poder quitarse la imagen de su padre de la cabeza, ni sus últimas palabras

Eso es lo que tú te crees...

¿Qué había querido decir con eso? Lucas se percató de que su padre había hablado en un momento de furia, y que luego había rectificado. “Lo ha dicho sin pensar, y a lo mejor por eso ha sido sincero” —pensó.

Y él ya había interpretado aquella frase. ¿Significaba aquello que Matías tenía más hijos? Lucas estaba perplejo, tan sorprendido que no se dio cuenta de que el autobús acababa de detenerse frente a él. Volvió a la realidad cuando escuchó gritos dentro, y de pronto vio como un pájaro salía a toda velocidad y remontaba el vuelo. Lucas subió al vehículo y saludó al conductor, que estaba enfurruñado en su asiento mascullando en voz alta.

...Y encima se habrá cagado, seguro. No sé cómo coño no me han avisado antes... ¡malditos bichos!

Lucas no tuvo ganas ni de sonreír ante lo que había dicho el hombre, y se dirigió hacia el fondo del autobús. Había poca gente montada, media docena de personas contó. Él era el único que había subido en aquella parada.

Se sentó al fondo del todo, en el extremo de la izquierda, siguiendo la línea del asiento del conductor. El autobús arrancó y retomó el hilo de sus pensamientos.

Una frialdad le apretaba todavía las entrañas, la misma que había estado presente durante toda la conversación con su padre. Sentía un amargo dolor tras la discusión, a pesar de saber que llevaba la razón, y había tenido que luchar contra las ganas de regresar al despacho de su padre y pedirle perdón de rodillas, y que su padre lo disculpara como si hubiera cometido una chiquillada, y que todo volviera a ser como antes... Pero eso era algo que Lucas sabía que no podía ocurrir: ya nada volvería a ser como antes, y aunque agradecía que su misterioso remitente le hubiera abierto los ojos, casi hubiera preferido que no lo hubiera hecho, al menos esa opresión en el pecho no existiría...

Y recordó de nuevo las últimas palabras de su padre. ¿Era posible que tuviera un hermano? Siempre había sido hijo único, y su madre había muerto muchos años atrás. Se intentó imaginar a su padre con otra mujer, a escondidas, como dos colegiales que se han fugado, y apartó rápidamente la imagen de la cabeza. La única preocupación de su padre era aquella torre, aunque acababa de demostrarle que no lo conocía tan bien como creía...

Y su mente continuó el hilo de sus pensamientos mientras el autobús traqueteaba de vuelta a Miranda.

Lucas miró el reloj. Había pasado una hora desde que había partido de Cerver, por lo que quedaba poco para llegar. Agotado, se recostó en los asientos, con la cabeza apoyada en la ventanilla. Y entonces lo vio.

Un papel doblado bajo el cristal, metido a presión entre el asiento y la pared. No le pareció anormal, y pensó que sería un billete antiguo de autobús que algún pasajero habría dejado allí.

Hasta que leyó un nombre escrito en letras pequeñas: Lucas.

Lo sacó rápidamente de allí y lo desdobló nervioso. Era increíble que su remitente hubiera llegado hasta allí. ¿Cómo era posible que supiera que iba a coger aquel autobús? Bueno, si lo estaba vigilando no le extrañaba, pero era imposible que le hubiera dado tiempo a dejar el papel allí, ¿no? Levantó la vista hacia los viajeros del vehículo. Dos ancianas estaban sentadas en primera fila y conversaban animadamente con el conductor. Un hombre bastante gordo resoplaba mientras cambiaba de postura, una mujer joven leía un libro mientras un niño pequeño se hallaba dormido en su regazo, y una pareja adolescente que se besaban desde hacía bastante rato. ¿Era alguna de aquellas personas su misterioso remitente? Y entonces una súbita descarga recorrió su cuerpo al recordar el pájaro que había salido por la puerta cuando él entro. ¿Podría haber sido el gorrión? En el momento Lucas no había prestado mucha atención al animal, pero evocando ahora recordó que ambos pájaros tenían más o menos el mismo tamaño. ¿Tal vez el gorrión le había dejado allí la nota?

Pero... ¿Y cómo podía saber en qué asiento iba a colocarse? Eso sí que era imposible.

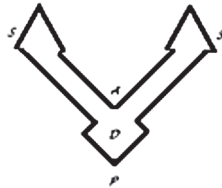
Y recordó que todavía no había leído el papel y se sonrió. Tanta tensión acumulaba que casi se había olvidado del escrito y había empezado a desvariar. Comenzó a leer.

Querido Lucas:

/127

Estarás sorprendido por la situación en la que has encontrado esta nota, ¿cierto? Pero no te preocupes, porque queda poco para el final. Pronto, muy pronto, comprenderás todos los por qué.

Hoy me gustaría hablarte de la suerte. Aunque casi decir “suerte” suena demasiado mágico, fantástico. Yo lo llamaría mejor casualidad. Hay personas que creen que la casualidad (o suerte) se contradice con el término de Destino. Nada más erróneo; pues son las casualidades las que influyen sin quererlo en el destino que desde nuestro nacimiento tenemos asignado. Por ejemplo, el mismo milagro de nacer. Piénsalo un segundo. De entre todos los óvulos a fecundar, fuimos precisamente nosotros los que, fruto de la casualidad, estamos aquí. En la vida aparecen muchísimas situaciones en las que la “suerte” puede variar completamente el curso de lo que llega después. La suerte puede ser decisiva a la hora de ganar o perder, y vivir o morir... como en este instante.



Lucas terminó de leer y levantó la vista. No entendía lo último que su misterioso remitente había escrito: “Como en este instante”

Y entonces escuchó un ruido aterrador, como una enorme explosión que le destrozó los oídos. El autobús dio una sacudida y comenzó a girar. Lucas empezó a dar vueltas y le sobrevino un dolor inhumano, hasta que no sintió nada más, y todo se volvió oscuro.

V – AMOR

Carlitos García-Castellán abrió las puertas de su armario y cogió el pijama del primer cajón. Entonces sonó el teléfono.

—¡Gabriel! ¡Contesta tú! —gritó Carlitos mientras se colocaba el pantalón del pijama.

Pero no escuchó el sonido de la puerta de su compañero abrirse, así que, resignado y a medio vestir, salió por la puerta de la habitación en dirección al aparato.

—¿Diga? —masculló al descolgar el auricular.

Abrió descomunalmente los ojos mientras la persona situada al otro lado de la línea le hablaba.

—Pero... no puede ser... ¿Cuándo?... —consiguió finalmente articular. Y entonces se apartó del teléfono y comenzó a gritar.

—¡GABRIEL! ¡GABRIEL! ¡VEN RÁPIDO! LUCAS HA —dijo, pero no pudo continuar.

* * *

Dolor. No sabía dónde estaba, ni quien era, solamente que le dolía cada centímetro de su cuerpo. No podía moverse. Escuchaba gritos, muchos gritos de horror, y otro sonido más, como una sirena...

* * *

Matías Bermejo estaba sentado en su sillón negro con una copa en la mano. La luz del crepitante fuego de la chimenea frente a la que se encontraba le atribuía tintes rojizos a su cabello. Dejó la copa sobre la mesita de cristal que había a su lado, y agarró un viejo álbum fotográfico que tenía sobre el regazo. Se detuvo ante una fotografía y la sacó de su funda, contemplándola a la luz de fuego...

Llamaron a la puerta y permitió el paso. Eduardo, su asistente, entró en la habitación.

—Disculpe, Don Matías, pero tiene una llamada telefónica.

—¿De quién? Ya te dije que quería estar tranquilo, que no me molestaran, Eduardo —contestó Matías de mal humor, sin levantar la vista de la fotografía.

—Es del hospital. Por eso pensé...

—¿Del hospital? —cortó bruscamente Matías, ligeramente sorprendido, y se levantó dejando la fotografía sobre la mesita, junto a la copa casi vacía.

El fuego de la hoguera iluminó parcialmente la imagen, en la que una criatura recién nacida dormitaba sobre una cuna.

* * *

Abrió los ojos, y le pesaron muchísimo los párpados al hacerlo. Llevaba colocada una mascarilla que le apretaba alrededor de la boca. La luz de las bombillas del techo le daba de lleno en las pupilas y le molestaba. Una voz habló a su lado.

—¡Ha abierto los ojos!

Pero los cerró al instante.

* * *

Amanecía. Los primeros rayos de sol irrumpieron en la habitación de Emilio cuando se hallaba de rodillas en el suelo, con la cabeza agachada mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas y su mentón. Repetía en voz alta varias palabras a la vez que se mecía de atrás hacia adelante.

—Por favor, que se salve, que se salve, por favor, por favor...

* * *

Estaba tumbado sobre una fría placa metálica. No se oía nada salvo un zumbido, como el lento mecanismo de una máquina...

* * *

Lucas volaba a toda velocidad entre las nubes. No podía distinguir apenas las blancas siluetas, pues la rapidez con la que se movía era abrumadora, tanto que se asustó. Entonces escuchó una voz susurrando en sus oídos, aunque curiosamente le pareció que salía de dentro de él.

–Chico, estás aquí, y vivo...

–¿Qué está ocurriendo? ¿Quién eres?

–Volveremos a vernos pronto, muchacho, te lo aseguro. Pero ahora debes regresar, ¡DESPIERTA!

* * *

Lucas despertó sobresaltado con aquel grito, y se dio cuenta de que había estado soñando. Aunque le parecía más un recuerdo que un sueño, al igual que otro sueño en el que lo alzaban manos del suelo y lo metían a una ambulancia.

Y al mirar alrededor, descubrió con horror que no estaba en su cama.

Había multitud de aparatos, máquinas que no paraban de emitir sonidos, y que encendían y apagaban varias luces de colores. Sintió el roce de las sábanas contra su cuerpo, y se percató de que estaba desnudo.

Miró ambos brazos, y vio dos pequeños tubos de plástico insertados en su piel, uno en cada extremidad. De cada vía salían dos cables que terminaban en palos de gotero.

Sintió una tirantez al mover la cadera, y contempló otro tubo más grueso que salía de entre las sábanas a la altura de sus rodillas y que se perdía bajo la cama.

Y llevaba una mascarilla puesta. No le resultaba desagradable, aunque tenía la garganta un poco reseca, y al humedecerse los labios con la lengua descubrió que los llevaba cortados.

Comprendió entonces que estaba en la habitación de algún hospital. Durante unos instantes, no recordó por qué, hasta que una imagen se le pasó por la cabeza, y entendió todo.

El autobús... la nota... y ese estruendo, ese intenso dolor, la sensación de caer al vacío...

Se dio cuenta de que aquel sueño en el que era alzado del suelo y sonaba una

sirena había sucedido de verdad. Recordaba también estar tumbado sobre una placa de metal.

Y se preguntó, asustado, qué había ocurrido, cuánto tiempo había pasado, si el resto de los pasajeros del autobús estaban...

Miró a ambos lados de la habitación pero no vio a nadie. Se preguntó entonces si Gabriel, Carlitos o Mónica sabrían lo que había ocurrido... si su padre lo sabría también... y si se habría enterado Adriana.

De pronto se abrió la puerta de la habitación. Una mujer de pijama blanco se acercó a él y, al verle, se quedó quieta mirándolo. Parecía sorprendida. “No esperaba encontrarme despierto” pensó Lucas.

Se acercó rápidamente a la cama, y puso una mano sobre su frente.

—¡Hola, Lucas! ¿Me oyes?

El chico asintió con la cabeza.

—Tranquilo, estás en el Hospital San Miguel. ¿Recuerdas lo que ha ocurrido antes de despertar?

Lucas volvió a asentir.

—Muy bien, tranquilo. Estás bien, cariño. Yo soy Lourdes, la enfermera. Ahora aviso al médico, y vendrá enseguida.

Y pasó cariñosamente la mano por su pelo.

El médico le explicó lo sucedido: un camión había perdido el control y había chocado por el lateral con el autobús, a la altura de la puerta. Él había estado un día y medio inconsciente, y ahora afortunadamente había despertado.

Aunque Lucas quería saberlo, no se atrevió a preguntar acerca de la suerte del conductor y el resto de los pasajeros, y el médico tampoco lo mencionó.

A lo largo de tres días Lucas sufrió una mejoría exponencial. El equipo sanitario estaba impresionado de la velocidad con que el chico se recuperaba. Después de realizarle multitud de pruebas, descartaron una posible hemorragia interna. Además le retiraron el oxígeno y la sonda. Lucas se encontraba bastante bien, aunque aún estaba impresionado por lo que le había ocurrido, y seguía sin saber cómo habían acabado el resto de los ocupantes del vehículo.

El médico pasó aquella tercera mañana y le dijo que dada su mejoría lo iban a enviar a la planta, pues no requería ya cuidados intensivos.

—Si todos los pacientes se recuperaran tan rápido, nos quedaríamos sin trabajo —le dijo bromeando.

Lucas sintió mucho despedirse de ellos por el gran trato recibido, aunque le aseguraron que en la planta estaría muy bien.

Al llegar a su nueva habitación, entró una enfermera con cara de pocos amigos y comenzó a hacerle varias preguntas muy secamente. Parecía molesta por algo, y no prestaba mucha atención. Al final, leyó lo que había escrito y exclamó:

—¿Así que tú eres el del accidente? ¡Menuda suerte has tenido! Fíjate, quién te lo iba a decir, que casualidad sentarte justo en el asiento del fondo, el lugar más seguro para este tipo de choque. Ahora reza a Dios todos los días por haberte salvado solamente a ti.

Y salió de la habitación dejando a Lucas completamente desolado.

* * *

Acababa de merendar cuando Carlitos y Gabriel entraron en la habitación.

—¡Lucas! —le gritó Carlitos, y se abalanzó sobre él. Lucas se percató de que a su amigo se le habían humedecido los ojos. —¿Estás bien? Madre mía qué preocupados hemos estado. Pero ahora te veo muy bien, ¿eh? —le sonrió.

Lucas observaba a Gabriel. El chico lo miraba cariñosamente un poco más lejos, como si no se atreviera a acercarse a la cama. Le tembló la voz al hablar.

—Pequeño viajero...

Y suspiró. Se acercó finalmente también a Lucas y le tocó la frente, como había hecho aquella enfermera días atrás. Apartó la mano al momento.

—Sabía que estarías bien. Tú eres un luchador nato, y no te ibas a rendir.

Lucas se emocionó. El peso de todo lo que había ocurrido en los últimos días pareció caer sobre él en aquel momento. Y luego estaba lo que aquella enfermera había dicho... el único superviviente...

Su amigo Gabriel le agarró del brazo.

—Todo está bien, ¿Vale Lucas? Bueno, todo no. Carlitos casi quema hoy la casa.

—¡Eso no es cierto!

—Tendrá valor porque te he avisado yo, que si no ¡jarde la cocina!

Lucas se echó a reír. Ver allí a sus amigos, como siempre, le gratificaba más

que cualquier otra cosa, y llegó a una determinación: en cuanto marchara a su casa les contaría lo que había ocurrido a lo largo de aquellos días. Sabía lo que le había prometido al misterioso V, pero había estado a punto de morir, y se hubiera ido al otro barrio sin que nadie supiera nada de aquella aventura... salvo Adriana, claro.

Lucas se había acordado muchísimo de la chica mientras estuvo en Cuidados Intensivos. Se preguntó una vez más si se habría enterado de lo ocurrido.

Entonces la puerta de la habitación volvió a abrirse y una asustadiza Mónica entró. Se acercó a Lucas rápidamente y lo miró indecisa. Al momento se agachó y le dio una bofetada.

—¡Ah! ¿Pero qué haces, Mónica? —dijo Lucas acariciándose la zona dolida.

La chica rompió a llorar.

—¡No vuelvas a hacer eso, Lucas! ¿Pero sabes tú los días que llevo? Hecha un manojo de nervios y preocupada. ¡No me des un susto así nunca más!

Y Carlitos la agarró por un brazo y la echó hacia atrás. Gabriel se echó a reír, y Lucas también sonrió.

* * *

Dos días después Lucas salía por la puerta del hospital. Se despidió del personal, agradeciéndoles todo lo que habían hecho por él y lo bien que lo habían tratado. Las enfermeras le dijeron adiós con la mano mientras entraba en el ascensor.

Gabriel lo esperaba abajo con el coche. Sonrió mientras Lucas se sentaba en el asiento del copiloto. Gabriel se ajustó las gafas de sol y arrancó el motor.

—¡Que ganas tenía de salir! Me han tratado muy bien, claro, pero necesito ir ya a mi casa.

—Claro que sí, Lucas. Que agradable ver que estás bien.

Salíó de la zona hospitalaria y se unió al tráfico de la avenida.

—Últimamente he estado... no sé, distante. Perdonadme si estos días he ido un poco a mi aire —dijo Lucas algo avergonzado. Ahora que había decidido contar a sus amigos toda aquella extraña experiencia se sentía un poco culpable de haber pasado de ellos.

—No te preocupes. Todos necesitamos a veces tiempo para nosotros mismos. —le contestó Gabriel quitándole importancia.

—Sí, es verdad —corroboró Lucas, y recordó que Gabriel también había estado bastante raro. “Aunque ahora vuelve a ser el de siempre” pensó mientras lo observaba. Parecía mentira que pocos días antes se lo hubiera encontrado en su habitación completamente abstraído en lo que fuera. Se sintió algo aliviado de ver bien a su amigo, aunque decidió hablar con Carlitos del tema en cuanto pudiera.

—¿Ha llamado mi padre? —preguntó Lucas. Deseaba que el hecho de que hubiera estado en peligro hubiera provocado un cambio en Matías Bermejo. Gabriel asintió con la cabeza.

—Sí. Le avisaron desde el hospital para contarle la noticia, y entonces nos telefoneó a nosotros. Para entonces ya estabas fuera de peligro, y dijo que tenía que marchar al sur pero que volvería en unos días. Supongo que te llamará pronto.

Lucas dio un seco cabezazo y agachó la cabeza, algo decepcionado. Esperaba que, a pesar de lo ocurrido, su padre hubiera ido a verle al hospital.

—Ah, por cierto. Llamó también una chica preguntando por ti.

—¿Sí? ¿Quién?

—Dijo que se llamaba Adriana —le respondió Gabriel.

A Lucas le dio un vuelco al corazón y levantó la cabeza mirando a Gabriel.

—¿Y qué te dijo? —Le preguntó nervioso.

—Dijo que hacía días que no sabía de ti, y que estaba preocupada. Le conté lo del accidente, y se sorprendió muchísimo porque no sabía nada. Se quedó bastante decaída cuando se lo dije.

Lucas intentó serenarse un poco. Se dijo que la llamaría en cuanto llegara a casa.

—¿Estás con esa chica, Lucas? —le preguntó Gabriel, aunque más que una pregunta pareció una orden. A veces Gabriel resultaba bastante intimidante.

—No. Te lo dije el otro día. Sólo somos amigos —le contestó en tono cortante.

Pero en el fondo él no sentía eso. Sin embargo, tampoco le gustaba la chica. Era algo completamente distinto, una atracción extraña que jamás había sufrido. Sentía como si la hubiera estado esperando toda la vida sin saberlo, y había llegado a él fruto de la casualidad... o del destino.

Y Lucas se sorprendía y se sentía extrañado del lazo que había formado con

aquella chica. Sólo se habían visto en dos ocasiones, pero le parecía conocerla de toda la vida, y le daba la sensación de que ella era la persona que mejor lo conocía a él. En su cabeza se decía que aquello era una locura, pero él sabía que esa chica era algo especial.

Gabriel asintió y no dijo nada más.

Llegaron a la puerta de su casa. Aparcaron el coche, y Gabriel sacó un manajo de llaves del bolsillo y se lo tendió a Lucas.

—Toma, sé que te hace ilusión —le dijo sonriendo, y el chico agarró nervioso el manajo y seleccionó la correcta.

Abrió la puerta, y le pareció la misma imagen que al regresar de su último viaje tropical. El familiar olor le hizo sonreír: Había vuelto a casa.

Cruzó el recibidor y subió las escaleras hasta su habitación, que estaba completamente igual. Se acercó a la ventana mientras agarraba su telescopio, y pensó en que había estado a punto de no volver a hacerlo. Había tenido mucha “suerte”... o casualidad.

Y analizándolo ahora, se daba cuenta de todo lo que su remitente le había dicho hasta ahora. Destino, sacrificio, perdón y suerte. Cada una de aquellas palabras había tenido gran significado en lo que le había ocurrido aquellos días. Le había mostrado que a veces el sacrificio realizado es enorme, como en el caso de Adriana o Emilio. Adriana llevaba toda su vida sacrificándose y tratando de salir adelante poco a poco, y Emilio había sacrificado su dignidad y amistad con Lucas por el bien de su familia. Le había hecho entender que el perdón es una virtud y no una debilidad. Había perdonado a Emilio, y también a Matías, pues en el fondo se daba cuenta de que lo que sentía por él era lástima. Su padre estaba completamente solo.

Y acerca de la suerte... había sido crucial. Si él se hubiera acomodado en cualquier otro asiento del vehículo no hubiera podido sobrevivir. Habría acabado como el resto de los pasajeros del autobús.

Y pensó que su remitente sabía todo eso. Él sabía todo lo que Lucas iba a hacer. Parecía una locura, pero ya se lo había demostrado con aquellas notas. Era como si pudiera ver el futuro o el destino. Lucas no pudo evitar asustarse y preguntarse el por qué, por qué aquel desconocido se había interesado en él y en la gente de su alrededor.

—¡Lucas! -Dijo la voz de Carlitos- ¡He llegado ya!

—¡Ahora bajo! —contestó Lucas, y tras una última mirada a la ventana salió de la habitación.

Sus compañeros le prepararon una buena cena de bienvenida. Se sentaron los tres a la mesa mientras encendían el televisor.

—Lucas, ahí tienes tu móvil —dijo Carlitos mientras se servía huevos rellenos y señalaba la mesita del sofá. En el accidente Lucas había perdido todo. Milagrosamente, sin saber todavía cómo, el teléfono móvil había sobrevivido, y lo habían encontrado intacto en la carretera.

A pesar de estar cenando, Lucas no pudo evitar la tentación y se levantó a por él. Fue agradable encenderlo y volver a sentir el roce de sus dedos con las teclas.

Comprobó que tenía muchísimas llamadas: De sus compañeros, los amigos de la infancia; y vio que había cinco de Adriana y dos de su padre.

—Disculpadme un momento —dijo a sus amigos, y salió al recibidor mientras llamaba a Adriana. Tras varios tonos, la chica contestó.

—¡Lucas! ¿Eres tú quien me llamas? —dijo. El chico se alegró de oír su voz.

—Sí, Adriana, soy yo. Me han dado el alta.

—¡Cuánto me alegro! He estado muy preocupada. Intenté ir a verte, pero estabas en UCI y no me dejaron pasar.

—Pues ya estoy bien. ¿Te apetecería quedar esta noche? Tengo que contarte un montón de cosas.

—Ya... lo siento mucho, Lucas. Pero esta noche no puedo. No estoy en la ciudad.

—¿Y dónde estás? —preguntó el chico, intrigado.

—En Cerever. He tenido que bajar a atender unos asuntos, y llegaré a casa bastante tarde. Mañana te llamo yo, ¿vale?

—De acuerdo, Adriana. Hasta mañana. Y muchas gracias.

—¿Gracias por qué?

—Por todo.

Colgó el teléfono y entró en el salón. Sus amigos, charlaban animadamente. Se sentó, y les sonrió.

—Por cierto, Lucas, Mónica pensaba venir esta noche pero al final no podrá. Y de Emilio no sabemos nada desde hace días.

—Oh, no hay problema. Mañana supongo que los veré. Escuchad chicos, tengo que contaros una cosa. Bueno... más de una.

Y comenzó a relatarles toda la historia: la misteriosa nota que le había dado el pájaro, y su aviso acerca de no comentarlo con nadie. El atraco y la aparición oportuna de Adriana, el Ámsterdam y la nota encontrada allí. La fuente del Ángel, el orfanato de Adriana y la tercera nota, acompañada de la foto. La conversación con Emilio, y el viaje a Cerever. Dolorosamente, habló de la discusión con su padre, y aquella frase final que lo había llenado de dudas. Llegó hasta el autobús, la nueva aparición del ave y la nota del asiento.

Cuando terminó, sus compañeros guardaban silencio. Carlitos, que lo había interrumpido un par de veces en su monólogo, lo miraba con la boca abierta, sorprendido. Gabriel, en cambio, se recostó en el respaldo del sofá y lo estudió en silencio con la mirada.

—¿Y bien, qué opináis? ¿Qué debo hacer?

Carlitos habló primero

—Ir a la policía, por supuesto. No sé cómo no lo has hecho desde el principio, Lucas. ¿Te das cuenta de que este asunto es muy feo? Tenías que habérselo contado antes.

—Lo sé, lo sé. Lo siento.

—Vamos, deberíamos ir ahora mismo a comisaría. Lucas, esa persona te vigila continuamente. Incluso ahora puede estar vigilándonos, ¿no? ¡Es una violación de la intimidad! ¿Cómo podía saber que aquí había cámaras? ¡Seguramente porque él también tendrá! Y no me extrañaría nada que lo del accidente fuera provocado. Vamos, si quieres te acompaño ahora —concluyó, y se levantó de la mesa.

—Quieto —dijo Gabriel. Hablaba por primera vez en todo el rato — Yo no creo que debamos ir.

Lucas lo contempló con interés.

—¿Y por qué, Gabriel?

—Bueno, desde la primera nota tu remitente te dice que no quiere hacerte daño. Desde luego sí que has sufrido, pero él no ha sido el causante del dolor, más bien todo lo contrario: Gracias a él te libraste de los atacantes del robo que te podrían haber hecho algo bastante malo, ¿no? Además, te abrió los ojos sobre tu padre. Él sólo te lo mostró. Si no, seguirías en la inopia sobre el tema. Vale, acojona un poco pensar que haya entrado en casa para desconectar las cámaras, pero más me asusta saber que tu padre tendrá montones de vídeos sobre nosotros. Además, gracias a él has conocido a esa chica, Adriana. No sé, hasta ahora pienso que te ha ayudado y tampoco te ha pedido nada a cambio, ¿no? Salvo que guardaras

138 / el secreto y no fueras a la policía. Y la primera parte ya no la has cumplido. Al menos, ahórrate el ir a comisaría.

Gabriel consiguió que Lucas se sintiera incluso culpable. Viéndolo así...

—Y además en el último mensaje que te escribió has dicho que ponía que quedaba poco para entenderlo todo, ¿cierto? Qué más da entonces esperar un poco más —concluyó Gabriel.

Lucas se removió nervioso en su asiento.

—Pues eso es lo que más me asusta, Gabriel. Con todo lo que ya me ha dicho tengo bastante. Me da miedo pensar en qué me querrá mostrar más. Parece saber más de mí que incluso yo mismo, y eso no me gusta. Creo que entiendo ahora la frase que me dijiste el otro día, Gabriel: No lo sabemos todo, en eso consiste la magia. Aunque sé que es lo mejor, hubiera preferido no saber lo que mi padre estaba haciendo, por ejemplo.

Gabriel asintió con la cabeza y le sonrió.

Lucas decidió esperar; Gabriel tenía razón: No lo consideraba una amenaza, y según la última nota quedaba ya poco para el final. Por mucho que lo asustara, Lucas quería comprender aquel gran misterio que se había adueñado de su vida. Carlitos pareció molestarse un poco con la decisión de Lucas, pero no dijo nada.

Terminaron de cenar y se sentaron en el sofá a seguir conversando.

Lucas agradecía muchísimo la comprensión de sus compañeros. Pero, a pesar de todo, había algo que no les había contado, algo que ni siquiera Adriana sabía: Los sueños.

Porque Lucas era consciente de que, desde su vuelta al país, había tenido aquellos extraños sueños, imágenes que se aproximaban mucho a la realidad, y que tenía cada vez más claro que eran eso mismo: La realidad. Cada vez que se había quedado dormido había soñado o, mejor dicho, presenciado, lo que ocurría en aquel momento y que estaba relacionado con él. Era como... si él mismo fuera una cámara como las que su padre había distribuido por su casa, salvo que él no se hallaba en un sitio establecido, ni podía escoger dónde aparecería la próxima vez que se quedara dormido. Recordó los dos primeros sueños, en los que un misterioso personaje tenía la atención puesta en él, y que ahora estaba convencido de que era el misterioso remitente de los mensajes. Y se estremeció al recordar de nuevo lo que había visto en su segundo sueño, cuando el pájaro que lo vigilaba en el Ámsterdam se había transformado en una persona humana. Le resultaba increíble, como el resto de aquella historia. Y sin embargo, todavía le impactaba más su último sueño, donde no había presenciado ninguna escena ocurrida a su

alrededor en el momento, sino que se había encontrado volando rápidamente por el cielo, y una tenebrosa voz le había hablado en susurros.” Aunque tal vez aquello sí que era un sueño” pensó Lucas, y sin embargo sabía que no, que también estaba relacionado con el resto de la historia...

Comenzaron entonces a pesarle los párpados, y bostezó.

—Me voy a la cama, chicos. Estoy agotado. Muchas gracias por la cena.

Se dieron las buenas noches, y Lucas salió del salón.

De repente le habían entrado unas ganas incontrolables de dormir. Caminó hacia la escalera y la subió mientras bostezaba sin parar. Entonces, comenzó a marearse. “Esto no es normal” pensó mientras cruzaba el pasillo en dirección a su habitación. Las piernas le flaquearon y cayó de bruces sobre el parqué. Intentó levantarse, pero las piernas no le respondían. Gritó, pero sólo un débil sonido salió de su garganta.

Y entonces lo oyó.

Un susurro, un murmullo que parecía provenir de todas partes, y que lo llamaba.

Lucas...

Lucas...

Te estaba esperando...

* * *

La luz de la pequeña lámpara de la mesa arrancaba extrañas sombras a las estanterías repletas de libros. La lámpara apuntaba directamente a un enorme cuaderno iluminándolo completamente. Sobre él, un hombre mayor prácticamente calvo y de gafas redondas se hallaba inclinado absorto en su lectura. A su lado, una muchacha de melena castaña esperaba impaciente.

—¡Ah, aquí está! —dijo el párroco sonriendo satisfecho. La chica dio un respingo y se inclinó.

—¿Adriana, veintiséis de Abril de 1991? —preguntó el hombre, y la chica asintió rápidamente con la cabeza. El hombre le entregó el papel que tenía entre sus dedos, y la muchacha lo agarró y lo leyó ávidamente. Al acabar suspiró, y cerró los ojos. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas mientras el párroco la contemplaba con gesto de preocupación.

—¿Te encuentras bien, hija mía? —le preguntó.

Adriana se sobrepuso.

—Sí, Padre, no se preocupe. Si no es mucha molestia, ¿Podría hacerme una copia de este documento?

—Claro, hija, ahora mismo.

Adriana asintió, agradecida.

* * *

Despertó. Veía borroso. Alguien lo arrastraba por el suelo mientras la voz susurrante continuaba hablando.

Imbécil... No puedes ayudarlo...

—G-Gabriel, Carlitos... so-co-rr-rro... —dijo, pero su voz sonaba extremadamente débil. Intentó levantar la cabeza para ver quién lo agarraba, pero le pesaba demasiado.

Y, de nuevo, se sumió en el mundo de la inconsciencia...

* * *

El frío era aterrador. Adriana tiritaba mientras abría la puerta del coche y entraba. Dejó una carpeta roja sobre el asiento del copiloto y suspiró. Acto seguido encendió el motor mientras se acomodaba en el asiento y se abrochaba el cinturón, y arrancó el coche, perdiéndose entre la niebla de la calzada.

* * *

Despertó. Todo estaba oscuro. La cabeza le daba vueltas. Se incorporó rápidamente y se golpeó la frente con algo duro.

Volvió a acostarse gimiendo de dolor mientras se frotaba la zona magullada. Y entonces se dio cuenta de que estaba encerrado.

Parecía hallarse dentro de una caja, con el espacio justo para mover los brazos. Comenzó a angustiarse y gritó pidiendo ayuda, pero no escuchó respuesta.

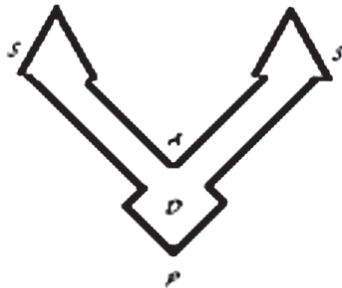
Empujó la parte superior y, para su sorpresa, descubrió que se movía un poco.

Hizo acopio de todas sus fuerzas y empujó de nuevo mientras apretaba los dientes. La tapa se levantó unos milímetros y Lucas la deslizó a un lado con los pies. La losa cayó haciendo mucho ruido y levantando una nube de polvo.

Lucas tosió mientras se incorporaba y observaba a su alrededor. Estaba en una pequeña habitación rectangular de techo bajo, sin puertas y con las ventanas tapiadas. La tenue luz de una bombilla en el techo apenas permitía visualizar en la penumbra las pocas figuras de la habitación: una mesa, un par de sillas, y una montaña de sacos acumulados en un rincón; y frente a él había un enorme espejo pegado a la pared.

Entonces bajó la vista a la caja en donde todavía se encontraba, y se quedó helado al ver lo que era: un ataúd.

Salió rápidamente. ¿Qué clase de broma macabra era aquella? Se acercó a la tapa que acababa de lanzar buscando algún tipo de inscripción, pero lo único que allí había grabado era el extraño símbolo que aparecía en todas las notas.



Se preguntó de nuevo qué significaría y, como respuesta, encontró en la pared de su izquierda, al lado del espejo, varias palabras garabateadas.

Destino

Sacrificio

Perdón

Suerte

Amor

Las palabras formaban un círculo alrededor de la gran V. Lucas se acercó y estiró la mano para tocarla...

Y entonces una voz habló. Poderosa e intimidante.

—Lucas Bermejo.

Dio un respingo, mirando hacia todos los lados, pero estaba solo en la habitación.

—Aproxímate al espejo —exigió la voz.

Y Lucas se asomó. El espejo le devolvió su reflejo.

—¿Qué es lo que ves? —le preguntó.

—Mi reflejo —contestó Lucas contemplándose.

—No exactamente. Ahora has renacido. Ya has aprendido casi todo lo que quería enseñarte.

—¿Y te parece normal encerrarme en un ataúd? ¿Y qué has hecho, drogarme para poder sacarme de mi casa?

—Era la única manera de traerte aquí. Y el ataúd es un símbolo más de esta historia, chico.

—¿Quién eres? —le preguntó Lucas.

—Te lo dije al principio. Soy un amigo. Y permíteme decirte que estoy muy contento contigo. Me has hecho caso hasta ahora a casi todo, aun sin conocerme de nada. Has confiado en mí, y yo te lo agradezco. Al final has hablado con tus amigos, pero no importa. Ese paso también era importante para ti: Aprender a confiar en los demás.

—¿Y por qué, por qué has hecho todo esto? ¿Qué interés tenías en mí, qué es lo que buscabas con esto?

—Simplemente quería ayudarte. Quería que vivieras sabiendo la verdad y que encontraras lo que de verdad siempre has buscado: Amor.

Y Lucas giró la cabeza y contempló aquella palabra escrita alrededor de la V.

—Pero yo no necesito ahora una novia...

—No estoy hablando de eso. Hay muchos tipos de amor, Lucas. Simplemente querías a alguien que te brindara cariño, protección. Algo más allá de la amistad. Saber que siempre ibas a ser querido por alguien, ocurriera... lo que ocurriera por la unión de la sangre.

Tu madre murió hace años. Desde que tienes consciencia, tu padre ha sido tu única familia. Pero sabes que vuestra relación no se basa en el amor, o al menos de la forma que a ti te gustaría. Y ahora, después de lo ocurrido siento lo que te mostré. Te quité de golpe la venda de los ojos. Pero merecías saber toda la verdad. Saber que no eres tú el único. Saber que hay otro.

A Lucas le dio un vuelco el corazón y sintió cómo se le aceleraba.

—¿Qué otro? ¿Es cierto entonces que mi padre tiene otro hijo?

—Sí.

Lucas se quedó de piedra.

—¿Quién es? ¿Dónde puedo encontrarlo?

—Ya lo has encontrado. Te lo he mostrado. Has estado buscando por el mundo algo que desde el principio tenías aquí, en Miranda. Te lo dije: Tú tuviste suerte. Tuviste la suerte de nacer como naciste, fruto del matrimonio de tus padres. Pero otra persona no tuvo esa fortuna. Ella nació del adulterio, de la lujuria de una noche de verano. Y por ello no pudo ser bien recibida en la familia. Su madre murió también, al poco de dar a luz. Y cuando tu padre se encontró con una hija ilegítima en sus brazos, la dio en adopción. Imagina lo que hubiera ocurrido si la gente se hubiera enterado. Podría haber significado el final de su carrera. Así que la llevó a un orfanato aquí, en Miranda. Y ya conoces el resto de la historia.

Y Lucas, impresionado, comprendió al fin la verdad.

—¿Ella es... ella... es... Adriana?

—Sí. Adriana es tu hermana.

La sorpresa inicial fue increíble. Y, sin embargo, en el fondo de su mente comprendía que, desde el principio, había visto algo en aquella chica, un vínculo especial que no había sabido identificar, y que por fin comprendía.

Las palabras de su padre “dedicación a la sangre” llegaron a su mente, y comprendió que los mensajes formaban parte de un conjunto mucho mayor.

La voz no hablaba. Parecía esperarle, darle tiempo para que lo asimilara.

—¿Y por eso me enviaste todas las notas, no? —preguntó Lucas.

—Sí. Quería que comprendieras, que pudieras entender antes de conocer la verdad. El perdón te sirvió para responder adecuadamente a Emilio. Te has dado cuenta de la influencia de la suerte sobre las cosas. Ni tú ni tu hermana tenéis la culpa de lo ocurrido, simplemente es suerte: Tú fuiste el hijo legítimo, y ella la bastarda. Has visto lo que ella ha sacrificado, los continuos sacrificios que ha realizado para seguir adelante. Pero ahora ya lo entiendes.

—Sí, lo entiendo. Y te agradezco lo que has hecho por mí. Pero, ¿Dónde estás?

—Mira sobre el espejo —dijo la voz.

Lucas levantó la vista y contempló un altavoz negro.

—Podrías haber venido en persona. Después de todo lo ocurrido...

—Prefiero hacerlo así.

El chico cambió de tema.

—Y esos sueños... ¿También tienes tú que ver en eso?

—En cierto modo, sí. Sé que últimamente, cada vez que duermes, sueñas con lo que ocurre a tu alrededor. Has visto lo que hacían tus amigos, tu padre, Adriana... y yo.

—Así que fuiste tú, ¿no? Tú hablaste con aquel chico, Hernán...

—Sí, fui yo. Pero ya oíste lo que le dije: No quería que te hicieran daño. Solamente pretendía forzar la situación para que encontraras a Adriana.

—¿Y por qué lo has hecho? ¿Por qué yo? ¿Qué interés has tenido en mí todo este tiempo? ¿Buscas dinero, fama o...? —volvió a preguntar Lucas. Su interlocutor se echó a reír.

—Veo que mi respuesta no ha satisfecho tu curiosidad. Te comprendo. Bueno, digamos que te aprecio mucho, y quería que fueras feliz de verdad. Te lo dije en el primer mensaje: Te iba a ayudar a encontrar el camino de la felicidad. Espero que, con tu hermana junto a ti, te sea más sencillo hallarlo.

La voz se detuvo. Lucas volvió a preguntar.

—¿Y cómo lo has hecho? Quiero decir, ¿Cómo has sabido en cada momento dónde iba a estar, qué era lo que me ocurriría o cómo yo respondería?

La voz silenció durante unos instantes. Al fin titubeó.

—Porque... lo he visto.

—¿Qué quieres decir? —preguntó asustado Lucas. Aunque ya imaginaba cual sería la respuesta.

—He visto tu destino, Lucas.

El chico abrió la boca para contestar, pero entonces sonó su teléfono móvil.

Lo sacó rápidamente del bolsillo sorprendido de que aquel hombre que le hablaba no se lo hubiera quitado, y le dio un vuelco al corazón al ver que lo llamaba

Adriana. Contestó rápidamente.

–¡Adriana!

–L... Lucas...

Se asustó. La voz de la chica sonaba muy, muy débil.

–¿Qué te ocurre? ¿Dónde estás?

–No lo sé... he perdido el control del coche, y no se pone en marcha. Lucas, tengo mucho frío. Ayúdame, por favor...

–Tranquila, escúchame, voy a buscarte, ¿de acuerdo?

Pero Adriana no contestó.

–¡Adriana! Contéstame. ¡Adriana!

Pero la chica seguía sin contestar.

Lucas se giró al espejo.

–¡Ayúdame! ¡Dime dónde está! ¡Sé que tú lo sabes!

Pero el altavoz se había quedado en silencio.

–¡Tienes que ayudarme! ¡Necesito tu ayuda! ¡Contesta!

Pero la voz no respondió. Lucas, furioso, golpeó el espejo con el pie. El cristal se hizo añicos y los pedazos se esparcieron por el suelo.

Y vio que detrás del espejo había una puerta, hasta entonces oculta por el objeto. Se acercó corriendo y giró la manilla. La puerta se abrió.

Se arrojó al amparo de la gélida noche, mientras la nieve y el viento agitaban su cabello y le helaban la cara. El frío era aterrador. Se dio la vuelta, y vio que acababa de salir de una pequeña edificación que había en medio del parque, no muy lejos de su casa.

Y echó a correr perdiéndose entre los árboles.

La habitación había quedado en silencio. El chico se había dejado la puerta abierta, y el viento se adueñó de la estancia. Entonces volvió a hablar la voz, aunque no había nadie en aquel lugar para escucharla.

–¡Muéstrame dónde está Adriana!

Y un susurro sobrenatural le contestó.

–¿Seguro, chico? Estás al borde del abismo...

—Sí.

—Muy bien. Que así sea.

Se oyó un rugido aterrador seguido de un grito, y la habitación quedó de nuevo en silencio.

* * *

Lucas corrió a toda velocidad a través del parque. Aunque estaba agotado, no podía parar de pensar en Adriana y lo que le esperaba si no se daba prisa.

Llegó a la puerta de su casa resoplando. El aire helado le dolía en los pulmones y le adormecía la boca y la nariz. Introdujo la llave en la cerradura, y la puerta se abrió.

Subió las escaleras de tres en tres. Quería pedirle a Gabriel las llaves de su coche para ir él mismo en busca de Adriana. Para su sorpresa, Gabriel tenía la puerta de la habitación abierta de par en par, y la luz estaba encendida.

Entró, y se encontró a su amigo tendido en el suelo, inmóvil, con los brazos y las piernas extendidos, y los ojos cerrados.

Se agachó velozmente a su lado y comenzó a zarandearlo y a golpearle la cara, pero no se despertó.

—¡Gabriel! ¡GABRIEL!

Pero el chico ni se inmutó.

Alarmado, comprobó que tenía pulso, aunque débil. Sacó el teléfono, dispuesto a marcar el número de emergencias, cuando en aquel momento Gabriel abrió los ojos y se incorporó bruscamente.

—Está helada...No puede más...

Y comenzó a respirar entrecortadamente. Lucas se agachó junto a él.

—¡Gabriel! ¿Estás bien? ¿Qué te ha ocurrido?

El chico respiró hondo, intentando calmarse. Cuando habló, su voz sonó temblorosa y aterrorizada. Lucas nunca lo había visto así.

—¡Lucas, lo siento! Pero me puse el colgante para encontrar a Adriana, y debí de...

—¿Cómo que te pusiste el colgante? ¿De qué hablas, Gabriel?

—Del colgante que me regalaste. Cuando me lo puse por primera vez, una voz me habló al oído en susurros. Y me enseñó muchas cosas. Vi lo que tu padre estaba haciendo, y lo que había hecho ya, y vi a Adriana, allí en el bar. Supe que era tu hermana. Y ahora, al escucharte hablar con ella, me lo he puesto para intentar encontrarla.

—¿Y sabes dónde está? Gabriel, ¿La has encontrado?

—Sí, se dónde. Escucha, Lucas. Te vi a ti. He visto tu futuro. Serás muy feliz, ahora que la has encontrado.

—Entonces, ¿Has sido tú? ¿Tú me has enviado todos esos mensajes, verdad?

—Sí. Lo hice para que supieras... y vieras lo que realmente importa. La vida es algo muy especial...y muy valioso.

—¿Y dónde está mi hermana? ¡Gabriel, por favor, tengo que ir a buscarla! Si no la encuentro pronto morirá congelada.

—Está en la carretera de Cerever, a la altura de un antiguo torreón medio derruido. Se ha estampado contra un árbol y el coche no arranca. Pero no te preocupes, Lucas, porque todo va a salir bien. Lo he visto. Coge las llaves de mi coche; están en la mesilla.

Lucas se incorporó y agarró las llaves.

—Cuando vuelva deberás contarme muchas cosas, Gabriel —le dijo a su amigo. Éste asintió.

—Sí, sí. Pero ahora debes irte.

Lucas salió corriendo de la habitación. Gabriel lo escuchó bajar a toda velocidad las escaleras y cerrar fuertemente la puerta.

Se levantó y se asomó a la ventana para ver su coche arrancar y girar rápidamente la esquina.

—Hasta siempre, Lucas —dijo, mientras una lágrima le resbalaba por la mejilla.

* * *

La carretera estaba en silencio. La espesa niebla no permitía ver a muchos metros de distancia, y se adhería a los árboles y arbustos de alrededor, como si quisiera engullirlos con ella en la fría noche.

Un coche pasó a toda velocidad rompiendo la oscura paz del lugar.

Lucas Bermejo sabía que iba demasiado rápido. El hielo podría jugarle una mala pasada y hacerle perder el control del vehículo como si se tratara de un balancín; pero un solo pensamiento cruzaba su mente: la posibilidad de perder a Adriana.

“Tengo que encontrarla, tengo que llegar a tiempo” se dijo. Desgraciadamente, la niebla le impedía ver las indicaciones que Gabriel le había dado: Un torreón semiderruido en la carretera de Cerever. Y entonces, como si su propio cerebro quisiera ayudarle, recordó otra cosa que Gabriel le había dicho. “No te preocupes, porque todo va a salir bien. Lo he visto”, y se tranquilizó un poco. Aun así, no dejó de acelerar.

“Tendría que haberla encontrado ya” se dijo, y se obligó a no dejarse llevar por el pánico.

Pensó que tal vez, por los nervios, la velocidad y la niebla había pasado de largo la torre sin darse cuenta...

Pero entonces, la vio.

Una imponente mancha que se recortaba frente a la niebla. Una superficie oscura situada sobre un pequeño montículo. Y a sus pies, una figura más pequeña.

Lucas frenó en seco y se metió hacia allí por un camino de piedras que encontró. Con los faros de su coche iluminó la imagen.

El torreón se alzaba, majestuoso, en lo alto de la colina. Sólo quedaban en pie dos paredes, pero aun así parecía bastante sólido. En lo alto de la torre pudo entrever los restos de un campanario.

A su izquierda, al pie de la colina entre la hierba, había un coche. Lucas observó cómo en su choque había partido una rama del árbol, que se hallaba sobre el capó.

Salió rápidamente de su vehículo y se dirigió al otro con el corazón desbocado, cuando llegó abrió de un tirón la puerta del conductor.

Adriana estaba allí sentada con la cabeza caída sobre el pecho, muy pálida y con los labios azulados.

Lucas la llamó.

—¡Adriana! ¡Despierta, Adriana!

Pero la chica no respondió.

—¡Adriana! ¡Vamos, despiértate! —le gritó, pero aunque la zarandó la chica permaneció inconsciente.

Lucas no pudo evitar que las abrasadoras lágrimas corrieran por sus mejillas. Agarró a Adriana y la apretó fuertemente contra su pecho. Estaba helada.

–Vas a salir de esta, ¿me oyes? ¡Vas a ponerte bien! ¡Eres mi hermana! ¡Y un Bermejo nunca se rinde, jamás! Tienes que despertar, ¡DESPIERTA!

Y, profundamente sorprendido, Lucas contempló a su hermana apretar los ojos y, finalmente, abrirlos.

Parpadeó un par de veces, y entonces vio al chico y lo reconoció.

– Lucas...

Comenzó a toser. Lucas se quitó la chaqueta y la colocó sobre sus hombros.

–Sí, Adriana. Estoy aquí. He venido a buscarte. No te preocupes. Vamos a mi coche e iremos al hospital, ¿vale?

La chica asintió mientras tiritaba descomunalmente. Lucas la cogió de las piernas y la espalda, y la alzó en el aire. Sin embargo, Adriana negó con la cabeza.

–Espera, Lucas. Tengo que coger... esa carpeta —dijo, señalando al asiento del copiloto. Lucas observó una carpeta roja apoyada en el respaldo.

Adriana agarró la carpeta, y juntos se encaminaron hacia el coche de Lucas.

–Gracias hermano —dijo Adriana cuando se recostó en el asiento trasero.

Y Lucas, mudo de asombro, no pudo evitar sonreír.

* * *

La sala de espera de urgencias estaba vacía. Sólo un chaval joven esperaba sentado en uno de los bancos leyendo un montón de papeles extendidos por la superficie. Parecía asombrado de lo que leía.

Lucas Bermejo cogió uno de aquellos papeles y lo leyó por décima vez.

CERTIFICADO DE NACIMIENTO

APELLIDOS: BERMEJO BIEL

NOMBRE: ADRIANA

FECHA DE NACIMIENTO: 26 DE ABRIL DE 1991

LUGAR DE NACIMIENTO: CEREVER

PROVINCIA: CEREVER

PADRE: MATÍAS BERMEJO SÁNCHEZ

MADRE: VERÓNICA BIEL VELERO

Y no continuó, pues en aquel momento dos personas aparecieron en la sala. Una era un hombre calvo de bata blanca y gafas que saludó a Lucas con la cabeza. La otra era Adriana.

La chica sonrió a Lucas en cuanto lo vio. Se acercó a él y le dio un fuerte abrazo. El médico sonrió y miró a Lucas.

—Adriana está bien, afortunadamente no ha habido congelación de ningún miembro. Podéis ir a casa, pero tu hermana debe descansar.

Lucas no pudo evitar sonreír de nuevo ante lo que había dicho el médico: Su hermana.

Ambos se montaron en el coche. Adriana estaba hablando por el móvil.

—Vale, Paco. Un beso, hasta mañana.

Colgó y guardó el teléfono en el bolsillo. Entonces miró a Lucas y sonrió.

—No le he dicho nada aún del accidente. Imagina como se pondría.

—Te tiene muy protegida, ¿verdad?

—Sí, soy eso mismo: su protegida.

Arrancó el motor, y salieron del aparcamiento en dirección a casa de Lucas.

Por el camino hablaron sobre el tema del que ambos estaban todavía sorprendidos.

—Me enteré de tu accidente cuando llamé a tu casa. Me contestó un chico. Se llamaba... no recuerdo...

—Gabriel —dijo Lucas.

—¡Eso, Gabriel! Y me dijo que estabas en UCI. Fui a verte pero no me dejaron pasar, dijeron que estabas inconsciente. Y me volví a mi casa...

Lucas se sintió enormemente agradecido de que la chica hubiera acudido de propio al hospital.

—Y entonces me encontré una nota —dijo la chica.

Lucas estuvo a punto de perder el control del vehículo al oír aquello. Tras varios golpes de claxon e insultos del conductor de detrás, se volvió a Adriana.

—¿Cómo que una nota? ¿Gabriel te envió otra?

Ella pareció desconcertada

—¿Qué Gabriel, tu amigo? No, no. Hablo del mismo que me había enviado las anteriores. ¿Por qué me preguntas si me la envió tu amigo?

Lucas prefirió no contestar a aquello todavía, no hasta que hubiera aclarado las cosas con Gabriel.

—¿Y qué te decía la nota? le preguntó.

—Me dijo... que ya estaba preparada para saber la verdad. Que hoy por la tarde tenía que ir a Cerever, a la iglesia de San Cristóbal. Me dijo que allí estaba mi partida de nacimiento.

Y cuando fui esta tarde un viejo párroco lo buscó amablemente y... ¡Oh, Lucas! ya sabes lo que encontré.

—Sí —Contestó el chico.

Giró el coche en la esquina a la izquierda. Ya llegaban a su casa.

—Bueno, ahora ya has encontrado a los tuyos —le dijo Lucas sonriendo.

—Sí, lo sé. Mi familia... eres tú. Siento decirte que para mí tu padre no lo será jamás. Me abandonó en un orfanato cuando era pequeña por ser su hija ilegítima. Pero estoy muy, muy contenta de saber que te he encontrado a ti, Lucas.

Y le dio un beso en la mejilla. Lucas sintió como su pecho se hinchaba de alegría.

—Yo también, Adriana. Me alegro de haberte encontrado. Ahora todo irá bien, ya verás.

Pero al llegar a la puerta de su casa vio una ambulancia aparcada y dos agentes de policía en la entrada, y supo que algo malo había ocurrido.

EPÍLOGO - UVÁN

La ambulancia tenía la puerta trasera abierta, y Lucas pudo ver un cuerpo tendido sobre la camilla cubierto por una sábana.

Se apeó del vehículo y se acercó rápidamente a la puerta de su casa con Adriana detrás. Un policía lo vio y se colocó en el umbral, impidiéndole el paso.

—Buenas noches.

—Hola. ¿Qué ha ocurrido?

—¿Tú eres Lucas Bermejo? —preguntó el policía.

—Sí —contestó el chico.

—Pasa al salón, allí está el inspector con tu amigo —contestó sombríamente el guardia.

Y se hizo a un lado para dejarle pasar. Adriana fue tras él.

Se acercó al salón, donde las luces estaban encendidas. La mesa estaba tal y como la habían dejado la noche anterior, con los restos de comida sobre el mantel. Había un hombre de poblado bigote de pie, y Carlitos estaba sentado en un sofá, con los ojos enrojecidos.

Ambos se dieron la vuelta cuando entró en la habitación. Carlitos se levantó y fue corriendo hasta él, dándole un abrazo tan fuerte que casi le partió las costillas.

—¡Lucas! por fin has llegado. Q-que horror —masculló sollozando.

El muchacho lo miró, mientras un presentimiento de horror llenaba cada rincón de su cuerpo.

—¿Qué ha ocurrido, Carlitos? ¿Dónde está Gabriel?

Y Carlitos comenzó a llorar más fuerte aún.

El policía de bigote se acercó a Lucas y le puso una mano en el hombro. Cuando habló lo hizo en un tono grave y pausado.

—Lucas, tu amigo Gabriel ha... muerto.

Un grito desgarrador resonó por la habitación. Lucas cayó al suelo de rodillas, con las manos en la cabeza, incapaz de entender lo que aquel hombre le había dicho. Gabriel no podía haber muerto, era imposible

Sintió unos brazos rodeándole, y escuchó a Adriana hablar.

—¿Cómo... cómo ha ocurrido?

El policía tomo aire antes de contestar.

—No lo sabemos muy bien. Parece ser que se ha caído desde la ventana de su cuarto a la calle. No sabemos todavía si fue un accidente... o un suicidio.

Carlitos seguía llorando. Lucas solo escuchaba a medias.

—Ahora vamos a cerrar la casa, y comenzaremos dentro de un rato la investigación. No os haré preguntas esta noche porque entiendo lo consternados que estaréis con el suceso, pero mañana tenéis que venir conmigo a la comisaria, ¿de acuerdo? ¿Tenéis algún lugar donde pasar la noche? No es conveniente que estéis aquí, no queremos que se toque nada, y tampoco sería bueno para vosotros.

—Sí. Pueden venir a mi casa —contestó Adriana.

El policía la miró

—Muy bien. Y ¿quién eres tú?

—La hermana de Lucas.

Carlitos levantó la cabeza al oír aquello y la miró lleno de asombro, pero Lucas no se dio cuenta. En su mente sólo había una imagen: Gabriel, frente al espejo de su cuarto... y el colgante que le había regalado sobre la mesa.

Carlitos y Lucas subieron las escaleras mientras Adriana y el policía los esperaban en la entrada. Carlitos se introdujo rápidamente en su habitación, y Lucas siguió andando por el pasillo. Al llegar a la altura de la habitación de Gabriel una especie de descarga recorrió su cuerpo. Sin poder evitarlo se asomó.

A pesar de saber que el cuerpo de su compañero estaba en la ambulancia, creyó durante un segundo que el cadáver aparecería allí, en el suelo. Pero la habitación estaba vacía, y la ventana abierta. Incapaz de estar allí más tiempo se dirigió a su habitación.

Llegó a su cuarto y encendió la luz. Se dirigió al armario y sacó un pijama y un par de camisetas que introdujo en una mochila. Salía ya de la habitación cuando algo brilló sobre su mesa.

Se acercó, y contempló que sobre el escritorio había dos cosas que antes no estaban allí: Un sobre blanco y, junto a él, un colgante de cuentas marrones con una pequeña concha marina en el centro.

Asombrado, corrió hasta la mesa y agarró el colgante. ¿Era posible que Gabriel lo hubiera dejado allí antes de morir? Sin poder evitarlo, soltó el cierre de la joya, y se la puso en el cuello.

Su habitación desapareció y se encontró volando entre las nubes a toda velocidad. Miró hacia abajo pero no veía nada, solamente cielo azul salpicado de blanco.

Y entonces aquella voz susurrante habló junto a él, mientras las nubes se sucedían y el viento agitaba su cabello.

—*Finalmente estás aquí, chico valiente.*

—¿Quién eres? —preguntó Lucas.

—*Soy Uván. El que todo lo sabe, y que siempre ofrece...*

—¿Qué le has hecho a Gabriel? —inquirió Lucas.

—*Ese chico fue un idiota. Quiso saber demasiado. Pretendía salvar a la bastarda, pero se dejó tentar por el destino. Me preguntó por el suyo propio, y se llevó una desagradable sorpresa.*

—¡No lo llares idiota! ¿Qué le dijiste?

—*Lo que quería saber: su destino. Pero lo que vio no le gustó mucho. Le quedaba muy, muy poco tiempo.*

—¿Lo mataste? —preguntó Lucas.

—*Yo no hice nada!* —le contestó bruscamente la voz, y le pareció a Lucas que se irritaba —*sólo le enseñé su futuro. Y vio que estaba a punto de morir. A muchos les pasa; se vuelven locos después de las visiones. Y hablando de ellas, ¿te gustaría echar un vistazo, muchacho? Tu destino es grande, Lucas Bermejo.*

El chico gritó, y con sus manos agarró el cordón del colgante y lo arrancó de un tirón.

Escuchó pasos por la escalera.

—Lucas, ¿Estás bien? —oyó a Adriana preguntar desde el final del pasillo. Su voz sonaba intranquila.

—Sí, sí, no te preocupes. Ahora bajo —dijo, y se agachó a recoger el colgante. La luz de la bombilla volvió a reflejarse en la pulida superficie de la concha, y Lucas no pudo reprimir una mirada de odio.

—Adiós, Uván —dijo, y arrojó el colgante a un cajón de su mesa.

Entonces vio el sobre encima de la mesa. A diferencia de los anteriores que su amigo le había enviado, no era su nombre el que aparecía allí escrito, sino otra palabra...

Viajero... y Lucas entendió al fin lo que aquella V con la que Gabriel había firmado en los mensajes significaba: Viajero...

—¡Lucas, vamos! —lo apremió Adriana. Lucas se apresuró a coger la mochila y ponérsela en los hombros. Titubeó, pero finalmente agarró la carta, y también la introdujo en su bolsa.

* * *

Amanecía. Lucas contemplaba la salida del sol desde la ventana del cuarto de Adriana. Su hermana seguía dormida, a su lado.

Parecía increíble cómo su vida había cambiado en tan poco tiempo. Y todo gracias a Gabriel.

Gabriel, que estaba muerto.

Gabriel, que había querido saber demasiado.

Y Lucas recordó una vez más la frase que su amigo le había dicho aquella noche, cuando toda la historia había comenzado: *“Porque no lo sabemos todo... en eso consiste la magia”*. Y comprendió que Gabriel había fallado a su propia teoría. Quiso saberlo todo...

Suspiró, y contempló a su hermana durmiendo sobre la cama. La presión que sentía en el pecho se aflojó, y dio paso a un increíble sentimiento de calma, de paz infinita; y comprendió entonces lo que Gabriel le había dicho: *“Todo irá bien... lo he visto”*. Ahora tenía a Adriana con él.

A los pies de la cama había una última nota. Lucas había pasado toda la noche leyéndola, y ya la había memorizado. No pudo evitar, sin embargo, volver a leerla una vez más, y se agachó y la recogió.

Porque no lo sabemos todo... en eso consiste la magia

No cometas el mismo error que yo, amigo mío. Tienes la oportunidad de ser feliz, así que aprovéchala. Para mí es tarde. El final se acerca, Lucas.

Destruye el collar. No dejes que el destino te tiente, Viajero.

Siempre contigo, Gabriel.

Lucas suspiró y cerró los ojos mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Al abrirlos, comprobó fascinado el increíble efecto del sol al salir a través de los árboles del parque, y se sintió agradecido de estar vivo, de poder ver amanecer un día más. Su amigo Gabriel ya no podría hacerlo, y comprendió que ahora valoraba el milagro de la vida. Poder hacer aquello cada mañana era un tesoro incalculable.

“Nuestro destino no está escrito en un antiguo collar poseído. En realidad, lo escribimos nosotros, cada día” se dijo con determinación el muchacho, y leyó una vez más la última frase que su amigo le había escrito: “*siempre contigo, Gabriel*”.

“Sí, conmigo” pensó Lucas, “*Yo... jamás te olvidaré*”.

